

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO
DE LA VELA
TORCIDA



de

Un gran camión, propiedad de la Skinner Hills Karakul Company, que transportaba algunas ovejas «karakul», detuvo repentinamente su marcha. El conductor no hizo señal alguna. Un automóvil conducido por Arthur Bickler, embistió la parte trasera del camión y sufrió averías de bastante importancia. Así comienza un nuevo caso de este famoso abogado.

Bickler acude a Perry Mason para que, en su nombre, pida una indemnización a la compañía. Antes de poder iniciar los trámites, reciben una llamada ofreciéndoles mucho más dinero del que pensaban pedir. Esto, despierta el instinto de Mason y pone a Drake a investigar. Esta compañía esta comprando numerosas tierras para, en teoría, la cría de ovejas.

Perry Mason sospecha que hay algo más y decide entrevistarse con su representante, Fred Milfield. Mientras está en su casa, hablando con su esposa, el teniente Tragg del departamento de homicidios le comunica que su marido ha sido asesinado en un barco.

El caso se vuelve muy enredado, con pistas que llevan a diferentes direcciones (la posición del cuerpo, una vela torcida, el flujo de las mareas...) y que solo una mente tan brillante como Mason puede resolver.



Autor

El caso de la vela torcida

Perry Mason # 24

ePUB r1.0

Ronstad 23.04.2013

Título original: *The case of the crooked candle*

Erle Stanley Gardner, 1944

Traducción: Julio Vacarezza

Primer editor: Mega

Segundo editor: Ronstad (r1.0)

ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BURBANK Roger: Hombre de industria, de pasado perjudicial.

BURBANK Carol: Hija de Roger, dispuesta a defender a su padre con todas las argucias.

BURGER Hamilton: Fiscal de distrito y rival de Mason.

BURWELL Douglas: Joven enamorado de Daphne Milfield.

DRAKE Paul: Titular de una agencia de detectives.

JACKSON J: Eficaz abogado, de la oficina de Mason.

LASSING J. L.: Misterioso contratista de obras.

MASON Perry: Nuestro héroe, el famoso abogado criminalista.

MILFIELD Fred: Negociante en pieles «karakul» asesinado a bordo de un yate.

MILFIELD Daphne: Atractiva esposa de Fred.

NEWARK J.: Juez de la causa contra Burbank.

NUYS Harry Van: Junto con el asesinado Milfield, del negocio de pieles de oveja.

PALERMO Frank: Pastor de ovejas; zafio..., pero listo.

STREET Della: La hermosa y eficiente secretaria de Mason.

Capítulo 1

Perry Mason abrió la puerta de su despacho particular y sonrió a Della Street, que se hallaba sacudiendo el polvo de su mesa escritorio con esmerada solicitud.

—Buenos días, jefe —saludó Della.

Mason depositó gravemente su sombrero en el guardarropa, se dirigió hacia su mesa-escritorio y miró la correspondencia, cuidadosamente dispuesta en tres montones, sobre el primero de los cuales había una etiqueta: «Debe ser leída. No necesita contestación». El segundo montón estaba rotulado: «Debe ser leída, pero puede ser contestada sin necesidad de que usted dicte la respuesta». El tercero estaba compuesto por media docena de cartas que habían sido marcadas: «Deben ser leídas y contestadas personalmente por usted».

Della entró en su despacho, contiguo al de Perry Mason. Dejó caer el trapo en un cajón de su mesa-escritorio, volvió al despacho de Mason y, con un lápiz en la mano y su cuaderno de taquigrafía sobre las rodillas cruzadas, esperó a que Mason empezara a dictar.

Mason empezó con el montón de cartas que requerían su atención personal; leyó la primera, hizo una pausa para mirar por la ventana, y luego, con los ojos fijos en el cielo sin nubes de la California meridional, dijo bruscamente:

—Hoy es viernes, Della.

Della asintió con la cabeza y preparó el lápiz.

—¿Por qué ejecutan invariablemente a los asesinos en viernes?

—preguntó bruscamente Mason.

—Probablemente porque se considera que es desafortunado iniciar un viaje en viernes —contestó Della.

—Exacto —anunció Mason—. Es una costumbre bárbara.

Debíamos darle al asesino la oportunidad de iniciar el viaje al otro mundo en un día propicio.

—Otras personas mueren los viernes lo mismo que en cualquier otro día —observó Della—. ¿Por qué habría de eximirse de ello a los asesinos?

Mason dejó de mirar por la ventana y contempló a Della.

—Della, está usted convirtiéndose rápidamente en una realista. ¿Nunca se le ha ocurrido que podríamos volvernos rutinarios?

—Lo último que podría ocurrírseme en el mundo es que fuera posible volvernos rutinarios en esta oficina —contestó Della con tono muy convencido.

Mason señaló hacia la serie de oficinas, más allá de las puertas cerradas que conducían a la biblioteca jurídica y la sala de recepción.

—Detrás de esas puertas, Della, hay un zumbido de actividad rutinaria. Gertie en la centralilla telefónica haciendo llamadas, consiguiendo los nombres, las direcciones y la ocupación de los clientes que nos visitan. En la oficina adjunta a la sala de recepción, Jackson trabaja con su acostumbrada eficiencia. He ahí algo sobre lo cual puede usted reflexionar, Della...; un hombre que ha llegado a empaparse tanto de la ciencia jurídica que un caso de aborto intencionado le emociona mucho más que cualquier partido de *base-ball*. Ha vivido siempre tan ocupado por los preceptos de la ley, que sencillamente no puede adaptarse a nada nuevo. El...

Alguien golpeó con los nudillos en la puerta que daba a la biblioteca jurídica.

Mason explicó a Della:

—Ésta será la prueba «A» en apoyo de mi punto de vista... Jackson mismo. ¡Adelante!

Jackson abrió la puerta. Su delgada figura parecía algo encorvada por el peso de la dignidad que tenía que soportar. Su cara, delgada y aguda, surcada por líneas reveladoras de una profunda concentración, mostraba una nariz larga y una boca fina que comenzaba a torcerse agudamente hacia abajo en los extremos. Dos arrugas profundas descendían desde sus fosas nasales, pero su frente era completamente lisa, lo que evidenciaba la existencia de una tranquilidad completa. La convicción de Jackson de que todo

debía hacerse de acuerdo con la ley, estaba abonada por la seguridad de que sabía exactamente lo que era la ley, la cual le confería una serenidad absoluta.

Jackson, demasiado absorto por su problema legal para desperdiciar tiempo en dar los «buenos días», dijo:

—Tengo un caso muy complejo. Apenas sé si debo continuar adelante con él. Un gran camión, propiedad de la Skinner Hills Karakul Company, que transportaba algunas ovejas «karakul», detuvo repentinamente su marcha. El conductor no hizo señal alguna. Un automóvil conducido por Arthur Bickler, que ahora pide que asumamos su representación, embistió la parte trasera del camión y sufrió averías de bastante importancia.

—¿Le acompañaba alguien en el coche?

—Sí, su esposa, Sarah Bickler.

Mason, sonriendo dijo:

—Supongo que el conductor del camión dice que hizo una señal; que iba a detener la marcha; que estaba mirando por el espejo y que vio que el automóvil se aproximaba rápidamente; que pudo ver que el conductor del coche hablaba con la mujer y ni siquiera miraba el camino; que tocó la bocina tres veces y agitó frenéticamente la mano, luego encendió y apagó la luz trasera de su camión, tratando de atraer la atención del hombre mientras detenía su marcha.

Jackson ni siquiera sonrió. Se concentró intensamente mientras consultaba sus anotaciones mirando a través de sus lentes y dijo:

—No. El conductor del camión insiste en que hizo una señal y que pudo observar por el espejo que el automóvil se aproximaba rápidamente; que el coche no hizo nada por detenerse, sino que chocó contra la parte trasera de su camión. No dice nada de que el hombre que conducía el «sedán» no observase su mano.

Mason miró a Della con expresión divertida y dijo:

—Probablemente es un conductor de camiones inexperto.

—Se produjo enseguida una situación muy especial —continuó diciendo Jackson—. Arthur Bickler bajó del «sedán». El conductor salió de detrás del volante. Se produjo el intercambio usual de comentarios, recriminaciones y afirmaciones. Luego Arthur Bickler sacó un lápiz del bolsillo y escribió el nombre Skinner Hills Karakul Company que estaba escrito en un cartel colgado en el costado del

camión. Nadie le hizo objeción alguna.

—¿Y por qué habían de hacerla? —preguntó Mason.

Jackson pestañeó con aire pensativo.

—Eso es justamente lo especial del asunto —dijo—. Mister Bickler fue a la trasera del camión y anotó el número de la patente. Tan pronto como lo hubo hecho, el conductor del camión extendió la mano, exclamando: «¡Malo, malo!», se apoderó del lápiz y la libreta de apuntes de Bickler y, tras metérselos en el bolsillo, volvió a subir al camión y se alejó de allí.

—¿Algunas lesiones físicas? —preguntó Mason.

—Mistress Bickler tuvo un ataque de nervios.

—¿Está en la guía de teléfonos el nombre de la Skinner Hills Karakul Company?

—No. Y lo que es más: no tiene en el Registro ninguna declaración de razón social ni nombre supuesto.

—Muy bien —manifestó Mason—. Ponga a Drake a trabajar en eso. Hay muy pocos criadores que vendan ovejas «karakul». Drake puede ponerse en contacto con ellos y averiguar si han vendido recientemente ovejas para ser entregadas en el distrito de Skinner Hills o si saben algo acerca de la Skinner Hills Karakul Company. No debe de ser muy difícil localizarlos.

—Nos enfrentamos aquí con todas las incertidumbres de los casos de accidentes comunes —señaló Jackson—. A nuestro cliente puede achacársele «negligencia culpable». También existe la cuestión de la negligencia concurrente. Tengo ciertas dudas de que...

—No se debe llevar por ese camino —interrumpió Mason—. Un abogado irresoluto no vale un camino para sí mismo ni para su cliente. Si cree usted que tenemos alguna probabilidad favorable, adelante con ello.

—Muy bien. Pero ya que hay que adelantar dinero para una investigación, pensé que debía contar con su permiso antes de incurrir en gastos.

—Lo tiene —manifestó Mason.

Jackson cerró la puerta tras sí y Mason miró a Della Street con expresión jocosa.

—Tendrá usted que admitir que Jackson es algo conservador.

Della preguntó sencillamente:

—¿No lo son todos los abogados?

Mason levantó las cejas y Della añadió rápidamente:

—Un abogado impulsivo podría ser peligroso.

—Lo malo es que los abogados cautos siempre se hallan en apuros —manifestó Mason—. Tome, por ejemplo, a Jackson. Su mente siempre está con excepciones dilatorias, con alegatos, confesiones y descargos. No utiliza lo extemporáneo. Ha refrenado todos sus impulsos. Nunca confía en sus propias ideas. A menos que pueda encontrar un caso en que todo sea favorable, teme hasta el pensamiento. Cuando se casó, lo hizo con una viuda. Sin duda no se atrevió a acercarse con fines románticos a una mujer hasta que tuvo pruebas de que sus actividades románticas habían sido previamente establecidas, teniendo, por tanto, la seguridad del precedente y...

Sonó el teléfono. Mason hizo una señal a Della. Ésta contestó a la llamada, se volvió hacia él y dijo:

—Gertie quiere saber si contestará usted a una llamada de mister Sticklan, de la firma Sticklan, Crowe y Hoss. Insiste en hablar personalmente con usted.

Mason extendió el brazo para coger el teléfono.

—Diga a Gertie que me ponga en comunicación con él... ¡Hola!

—C. V. Sticklan, de Sticklan, Crowe y Ross.

—Sí, mister Sticklan.

—¿Representa usted a un individuo apellidado Bickler...?

—¿Arthur Bickler? ¿Un caso de accidente automovilístico? Sí.

—¿Cuánto pide su cliente para llegar a un acuerdo? —preguntó Sticklan.

—¿Cuánto está usted dispuesto a pagar?

La voz de Sticklan se tornó más cautelosa.

—Por una suspensión completa de todas las acciones judiciales mi cliente quizá llegase hasta los trescientos dólares.

—¿Representa usted a la Skinner Hills Karakul Company?

—Sí.

—Le telefonearé enseguida.

—Llámeme lo antes posible —dijo Sticklan—. Mi cliente está impaciente por terminar este asunto.

Mason colgó el receptor, sonrió a Della y dijo:

—Esto va bien, Della. Diga a Jackson que venga.

Un momento después, Della volvió seguida por Jackson.

—¿Está Bickler todavía en su oficina? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Cuánto pretende por desistir completamente de su demanda?

—No he discutido eso. Mister Bickler tasa las averías de su automóvil en doscientos cincuenta dólares.

—¿Hasta qué punto fue realmente averiado?

—Bueno —contestó Jackson con gesto de duda—, si uno pudiese conseguir los repuestos, el daño no sería tan considerable. Pero, por supuesto... Bueno, de cualquier modo, doscientos cincuenta dólares es lo que él quiere.

—¿Y cuánto quiere mistress Bickler por su shock nervioso?

—Habla de quinientos dólares.

—¿Arreglarían todo por setecientos cincuenta?

—Oh, incuestionablemente. Quinientos serían considerados como un buen arreglo.

—Vaya a consultarlo —dijo Mason—. Averigüe si se conforman con quinientos.

Jackson estuvo de vuelta en menos de dos minutos.

—Quinientos dólares en efectivo sería un arreglo muy aceptable —dijo.

Los ojos de Mason brillaban. Alzó el receptor del teléfono y dijo a Gertie:

—Póngame en comunicación con C. V. Sticklan, de Sticklan, Crowe y Ross.

Unos instantes más tarde, estando ya Sticklan al teléfono, Mason dijo:

—Me encuentro con que la situación es un poco más seria de lo que sospeché al principio. No solamente hay daños materiales, sino que mistress Bickler sufrió un grave shock nervioso...

—¿Cuánto?

—Dos mil quinientos dólares.

—¿Qué? —gritó Sticklan.

—Usted me ha oído —manifestó Mason—. La próxima vez no me interrumpa cuando estoy haciendo la lista de los perjuicios de un cliente.

—Eso es absurdo, es exagerado, está fuera de toda razón.

—Muy bien —contestó Mason—. Haga usted lo que quiera —y colgó el auricular rápidamente.

Jackson tenía los ojos muy abiertos.

—¿Qué se propone usted? —preguntó.

Mason puso su reloj sobre el escritorio y dijo:

—Concédale a Sticklan cinco minutos. Eso le dará una oportunidad para comunicarse con su cliente y hacerme una contraoferta.

—¿Como supieron esos abogados que nosotros nos ocupábamos del caso?

—Probablemente trataron de ponerse en contacto con los Bickler, averiguaron que estaban en la oficina de un abogado, preguntaron a los vecinos... ¿Cómo demonios puedo saberlo yo, Jackson? La cuestión es que están frenéticos por terminar con el asunto.

Mason observaba el minuterio de su reloj. Sonó el teléfono.

—Dos minutos y diez segundos —anunció alegremente Mason, alzando el auricular.

—Mister Mason —manifestó Sticklan con la voz ronca por la ansiedad—, me he comunicado con mi cliente. Opina que las pretensiones de su representante están completamente fuera de razón.

—Muy bien —dijo jovialmente Mason— iniciaremos juicio y veremos qué es lo que opina un jurado. Nosotros...

—Pero mi cliente —interrumpió Sticklan, muy apurado— se halla dispuesto a ofrecer mil doscientos cincuenta dólares para llegar a un arreglo completo.

—No interesa —anunció Mason.

—Mire, señor —rogó Sticklan—. A fin de terminar con el asunto, yo asumiré la responsabilidad de pedir a mis clientes que agreguen a su oferta doscientos cincuenta dólares más para hacer un total de mil quinientos dólares.

Mason dijo:

—Mistress Bickler sufrió un grave shock nervioso.

—Confío en que no será nada que no pueda curarse con una pequeña cantidad de dinero —comentó sarcásticamente Sticklan.

—Eso es hacerle una injusticia a mi cliente —reprochóle Mason—. Le diré lo que voy a hacer, Sticklan. Diga a su cliente que si paga dos mil dólares dentro del término de una hora nosotros suscribiremos un arreglo. ¿Cuánto tiempo tardará usted en contestarme?

—Un momento —contestó Sticklan—. No corte.

Mason escuchó un débil murmullo de voces y luego se oyó la voz de Sticklan en el teléfono:

—Muy bien, mister Mason, dentro de media hora uno de mis empleados estará en su oficina llevando un cheque certificado. Haga que sus clientes esperen ahí, por favor. Deberán firmar un desistimiento en forma y queremos que se haga ante notario.

Mientras colgaba el receptor, Mason sonrió a Jackson.

—Probablemente —anunció Mason— mi conciencia debiera reprocharme por lo que acabo de hacer, pero no es así.

Jackson frunció el ceño.

—No sé cómo puede usted hacer eso. Yo lo hubiera arreglado por quinientos —dijo Jackson malhumorado—. Viví cien años en esos dos minutos y diez segundos.

Mason dijo:

—Una cosa antes que se vaya, Jackson. Me parece recordar que he oído recientemente algo acerca de Skinner Hills. ¿No tenemos en la oficina algún asunto que se relaciona con ciertas propiedades en ese distrito?

Jackson movió la cabeza, pero enseguida pareció recordar algo y dijo:

—¡Espere un momento! Está el asunto Kingman.

—¿Y a qué se refiere ese asunto? —preguntó Mason.

—¿Recuerda usted que recibió una carta de Adelaide Kingman y me la pasó a mí? Y le escribí aconsejándole que iniciara juicio para conseguir un título supletorio. Pero creo que ella pensó que no tiene dinero suficiente para costear los gastos de un juicio, por lo que supongo que el asunto fue virtualmente abandonado.

—Dígame algo más acerca de ese asunto —instó Mason.

Jackson se aclaró la garganta con la pomposa formalidad que constituía la característica preliminar de todas sus exposiciones legales.

—Adelaide Kingman posee título provisorio de una extensión de terreno en el distrito Skinner Hills, ochenta acres situados al lado de las montañas. Hizo un contrato de venta con un criador de ovejas llamado Frank Palermo. El precio de venta oscila, creo, alrededor de quinientos dólares. El terreno, virtualmente, no tiene valor alguno excepto unos pocos acres que son aptos para el pastoreo de ovejas. Palermo no pagó el precio convenido en el contrato, pero insiste en que tiene derecho a la propiedad, a causa de algún fallo imaginario por parte de Adelaide Kingman. Palermo ha estado en posesión del terreno durante varios años, lo ha hecho inscribir a su nombre y paga los impuestos. Dice que tiene un título de posesión real. Al parecer, se trata de un individuo inteligente, astuto, agresivo, de esos que, sin reparar en los medios, tratan de sacar tajada de todas las oportunidades que se les presentan.

—¿Y Adelaide Kingman no quiso iniciar demanda para conseguir título supletorio? —preguntó Mason.

—No. Sufrió un accidente..., una pierna fracturada. Tengo entendido que está internada en un hospital de San Francisco. Tiene sesenta y cinco años de edad y se encuentra virtualmente sin recursos. Pensó que, en esas circunstancias, no podría afrontar los gastos del juicio ni adelantar las costas preliminares.

Mason dijo:

—Siéntese, Jackson. Vamos a pensar un poco.

Jackson sentóse encima de la mesa-escritorio.

Mason preguntó:

—¿Por qué supone usted que esta Compañía Skinner Hills Karakul llegó a un arreglo en la forma en que lo hizo y en el momento en que lo hizo?

—Es indudable que temieron ir a los tribunales cuando se enteraron del modo violento con que el conductor del camión se apoderó de la libreta de apuntes y del lápiz de Arthur Bickler.

—Hubo un accidente automovilístico. Sin duda se abrió un informe de eso. Nada se hizo hasta después de las diez de esta mañana. Fije con precisión ese punto en su mente, Jackson. Fue después de las diez.

—¿Y qué tiene que ver eso con el otro asunto? —preguntó Jackson.

Mason contestó:

—Precisamente es algo sobre lo que debemos reflexionar. ¿Qué tiene de significado las diez de la mañana?

—¿No es la hora a que abren los Bancos? —sugirió Della Street.

—Y la hora en que los altos empleados van a trabajar —agregó Mason—. Supondremos que el informe del accidente fue entregado a un empleado subalterno, quien a su vez lo colocó sobre el escritorio de un alto empleado a las diez de la mañana. Éste trató de ponerse en contacto con Bickler y, a tal efecto, mandó enseguida a un mediador a su casa. El hombre se encontró con que Bickler había ido a ver a un abogado. Probablemente uno de los vecinos le dio el nombre del abogado. Inmediatamente, el alto empleado, quienquiera que fuere, telefoneó a sus abogados y les dijo que arreglasen el asunto a cualquier precio. ¿Por qué?

Jackson movió la cabeza y dijo:

—No lo entiendo.

Mason manifestó:

—Yo sí creo entenderlo. Della, llame por teléfono a Paul Drake, de la agencia de detectives Drake. Dígale que investigue acerca de la Skinner Hills Karakul Company; que se ponga en contacto con los criadores de ovejas karakul y que averigüe a quiénes han vendido ganado. Que investigue todo cuanto pueda relacionarse con la Skinner Hills Karakul Company. Cuando traigan el documento para que lo firme Bickler, trate de recuperar la libreta de apuntes de nuestro cliente. Luego consiga el número de la patente del camión que transportaba las ovejas. Creo que el número de la patente de ese camión es la clave que conducirá directamente a la solución de todo este asunto.

Jackson parecía algo confundido.

—Me tomo la libertad de confesar —anunció— que he fallado al seguir su razonamiento, mister Mason.

—No se moleste en hacerlo —manifestó Mason, y agregó, haciendo una mueca—. Ni yo mismo estoy seguro de seguir lo que usted llama razonamiento. Estoy corriendo un albur. Llame por teléfono a Adelaide Kingman. Ruéguele que no lleve a cabo arreglos de ninguna clase ni firme nada hasta que nosotros se lo digamos, y que nos comunique cuando alguien ande haciendo averiguaciones

sobre el asunto. Avísele también que vamos a sacarla de la sala del hospital y que la pondremos en un cuarto particular con enfermeras especiales. Luego, disponga que sea llamado a consulta, mañana temprano, el mejor especialista en huesos que se pueda hallar en San Francisco.

Los ojos de Jackson miraban a Mason con expresión estupefacta.

—¿Y quién paga los gastos? —preguntó.

—Nosotros —contestó Mason.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Paul Drake, alto y delgado, con su desgana de siempre, se tumbó en el gran sillón de cuero y sonrió a Mason.

—¿A qué viene el súbito interés por las pieles de «karakul», Perry?

—No sé, quizá quiera comprarme un abrigo de piel. ¿Qué ha averiguado, Paul?

Drake respondió:

—Esa compañía de pieles de «karakul» es como el conejo en el sombrero de un prestidigitador... Lo ve uno un momento y un rato después ya no lo ve más. Está a la vista y, sin embargo, no se ve. La compañía ha comprado muchas tierras en el distrito Skinner Hills.

—¿Con qué propósito?

—Para criar ovejas «karakul».

—¿Y por qué en Skinner Hills? —preguntó Mason.

—Algunos charlatanes compradores de bienes raíces me han estado explicando eso. Ese distrito tiene justamente la cantidad exacta de sol, justamente la cantidad conveniente de lluvia y posee cierto porcentaje de minerales en el terreno que son altamente ventajosos.

—¿Quiénes manejan a los compradores charlatanes? —preguntó Mason.

—Un sujeto, llamado Fred Milfield, parece ser el principal. Vive en el dos mil doscientos noventa y uno de West Uarliam Avenue..., una casa de apartamentos. Está casado. Su esposa es Daphne Milfield. Ambos vinieron de Nevada; residieron algún tiempo alrededor de Las Vegas.

—¿Algunos otros compradores? —preguntó Mason.

—Un hombre llamado Harry Van Nuys, treinta y cinco años, delgado, cintura estrecha, tez pálida, ojos negros, algo insolente. También ha residido en Las Vegas, vive en la habitación seiscientos dieciocho del «Hotel Cornish», si es que alguna vez puede uno encontrarle allí. Hasta ahora mis agentes no han podido hallarle en el hotel.

—¿Y qué hay de Milfield?

—Todavía no hemos estado en contacto directo con él, solamente hemos tropezado con su pista. Tiene, más o menos, cuarenta y cinco años; parece muy satisfecho de sí mismo; tiene barriga prominente, cabello rubio..., el poco que le queda; sus ojos grandes, azules y un poco saltones le dan una expresión de extremo candor. Ha estado recorriendo ese distrito de Skinner Hills a todo vapor.

—¿Comprando o arrendando?

—Comprando y contratando.

—¿Por qué dice usted que la Compañía es como el conejo en el sombrero de un prestidigitador, Paul?

—Hay alguien detrás de todo esto a quien no se puede localizar. Un hombre a quien nunca se ve y que nadie conoce.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por muchos pequeños detalles.

—Ése —anunció Mason—, ése es el hombre a quien yo necesito.

—Va a ser muy difícil encontrarlo. Pero puedo decirle esto: Milfield hizo una compra que requería una gran cantidad en efectivo y con gran premura. Él y el hombre con quien trataba fueron a un Banco de Bakersfield. Milfield sacó de su bolsillo un cheque en blanco, lo llenó por la suma de dinero que necesitaba y lo entregó en la ventanilla. El cheque causó gran revuelo en el Banco y tuvieron que esperar más o menos el tiempo necesario para hacer una llamada telefónica a Los Ángeles. La firma del cheque que Milfield había llenado era de una caligrafía extraña y vertical. El hombre que esperaba el dinero no pudo ver cuál era el primer nombre de la firma, pero dice que el último era Burbank. ¿Le sugiere esto algo a usted?

—Absolutamente nada —contestó Mason—, excepto que es muy probable que Burbank sea el hombre que yo necesito.

—¿Y para qué lo necesita usted, Perry?

—En una palabra, quiero venderle en cien mil dólares, más o menos, ochenta acres de terreno para la cría de ovejas.

—¿Cuál es su idea? —preguntó Drake.

—¿No olió usted nada mientras hacía esta investigación, Paul?

—¿Qué quiere usted decir?

Mason aspiró el aire y dijo:

—Puedo olerlo.

—¿Qué?

—Petróleo.

Drake silbó.

—¿Cuánto han estado pagando por los terrenos? —preguntó Mason.

—No más de lo que se veían obligados a pagar. Comprenda que hemos empezado el sábado. He estado trabajando en este asunto poco más de veinticuatro horas. Y, no obstante, la cantidad de hombres que he puesto a trabajar en esto, he tenido que dedicarlos a los puntos más importantes. Como están las cosas ahora, uno no puede...

—Lo sé —interrumpió Mason con expresión de simpatía—, pero yo mismo estoy trabajando contra reloj. Una vez que hayan conseguido los terrenos que necesitan, ya no se mostrarán tan tímidos. Mientras sigan comprando, cualquier dueño de los terrenos en ese distrito podrá imponerles condiciones. Yo quiero imponerles las mías... en beneficio de una mujer llamada Adelaide Kingman, que se halla postrada en su lecho en un hospital de San Francisco con una pierna fracturada y que cree que no posee un centavo en el mundo.

—Bueno —manifestó Drake—, usted puede dirigirse a Milfield o a Van Nuys...

—No los quiero a ellos —anunció Mason—. Necesito al hombre que está detrás de todo este asunto; al misterioso hombre que entró en su despacho ayer a las diez de la mañana y se encontró con que un hombre llamado Bickler había apuntado el número de la patente de uno de sus camiones; al individuo a quien tal hecho produjo tanta confusión que telefoneó a sus abogados para que arreglasen con nuestro cliente ese asunto, sea cual fuere la cantidad que éste

pidiese por ello. Ése es el hombre con quien yo puedo hacer negocio.

—¿No se puede averiguar nada con el número de la patente del camión? —preguntó Drake.

Mason rió y dijo:

—Nada absolutamente. Devolvieron, sí, a Bickler su libreta de apuntes y su lápiz. Era una libreta de hojas movibles. Una de las hojas ha desaparecido. No se puede probar nada. Es una de las tantas cosas que ocurren. Muy bien; ellos están trabajando muy deprisa y yo entraré en acción más deprisa todavía.

—Bien —manifestó Drake—, eso es todo lo que he conseguido hasta ahora, Perry. Mis hombres están trabajando todavía en el asunto, pero todas las pistas conducen a Milfield y Van Nuys, y nos es imposible encontrar a ninguno de los dos.

Mason miró su reloj, luego tamborileó con los dedos sobre el escritorio y preguntó:

—¿Están ellos pagando los precios corrientes para las tierras de pastoreo de ovejas? —preguntó.

—Así aparece en los recibos de venta —contestó Drake—, pero los más inteligentes, que se resistían a vender los terrenos, al parecer consiguieron una bonificación en efectivos que no aparece en ninguno de los documentos. No puede probarse, pero puede suponerse. Tenga paciencia, Perry. Concédame hasta el lunes por la tarde y le presentaré un bosquejo completo del asunto y...

—El lunes podría ser demasiado tarde —anunció Mason—. Voy a ver a Daphne Milfield. ¿Qué han averiguado sus hombres acerca de ella?

—Nada absolutamente —contestó Drake—, excepto que es la esposa de Fred Milfield y que vive en esa casa de apartamentos de West Narlian Avenue.

Mason hizo una señal a Della Street y dijo:

—Quédese por aquí durante media hora. Probablemente no averiguaremos nada; pero, de cualquier modo, voy a intentarlo.

Capítulo 3

El edificio de la West Narlian Avenue era una casa de apartamentos de la mejor clase. Evidentemente, allí se había tenido la intención de crear una atmósfera de dignidad exclusiva, y el hombre que se hallaba sentado detrás del escritorio del vestíbulo parecía afanarse por dar a Perry Mason la impresión de que únicamente la escasez de servicio doméstico era la causa de que en la casa se hubiese suprimido el empleado que antes tenía a su cargo la centralilla telefónica.

—¿Mister Fred Milfield? —repitió—. ¿Su nombre, por favor?

—Mason.

—¿Le espera a usted, mister Mason?

—No.

—Un momento, por favor... Hemos tenido tantas dificultades en conservar a los telefonistas, que ahora tenemos que arreglarnos como podemos. Dispénsese un momento, por favor.

Se trasladó a una silla frente a la centralita, insertó una clavija y habló por un transmisor en tal forma que hizo imposible que Mason oyese lo que decía.

Unos instantes después, se volvió hacia Mason y dijo:

—Mister Milfield no se halla en casa. No volverá hasta las últimas horas de la tarde.

—¿Y mistress Milfield, se encuentra en casa? —preguntó Mason con tono indiferente.

El hombre se volvió una vez más hacia el teléfono y, tras una corta conversación, anunció:

—Mistress Milfield no le recuerda a usted, mister Mason.

Mason dijo:

—Dígale que he venido a discutir el negocio de las ovejas

«karakul».

El escribiente pareció chasqueado, pero transmitió el mensaje y anunció enseguida:

—La señora le recibirá. Es el departamento catorce B. Puede usted subir.

Un negro de librea azul con galones dorados condujo al ascensor con mano insegura, lo que demostraba que era un principiante.

El ascensor se detuvo unos ocho centímetros debajo del piso; luego, mientras el muchacho trataba de corregir el error, pasó la marca unos once centímetros; volvió la palanca a un punto que dejó el ascensor en peor posición que al principio; sonrió, lo trajo a unos cuantos centímetros del piso y abrió la puerta.

—Tenga cuidado —avisó a Mason.

—Creo que deberé tenerlo —contestó Mason y, saliendo del ascensor, comenzó a caminar por el corredor mientras el muchacho se quedaba intrigado por su comentario.

Mason apretó el botón del timbre en el departamento 14 B, y unos segundos más tarde la puerta fue abierta por una mujer de unos treinta años. Tenía una figura bien cuidada y su cara parecía demostrar que era una mujer inteligente.

—¿Sí? —preguntó desde el umbral—. ¿Quería usted preguntarme algo acerca de las pieles de «karakul»?

—Sí.

—¿Puede decirme de qué se trata, por favor? Mi esposo no se encuentra en casa en este momento.

Mason miró una vez más hacia ambos lados del corredor.

—Bajaré al vestíbulo con usted —anunció con indiferencia mistress Milfield; luego vaciló, pensando, al parecer, en algo que la hizo cambiar de idea, y agregó—: ¡Oh, bueno! Quizá quiera usted entrar.

Mason la siguió a un departamento bien amueblado. Momentáneamente, la luz que entraba por una ventana dio en el rostro de la mujer y Mason pudo observar que había estado llorando. No dejaba lugar a dudas la inflamación que se notaba alrededor de los párpados y debajo de los ojos. Había sido causada, no por una súbita explosión de lágrimas, sino por un llanto prolongado.

La mujer pareció advertir enseguida la deducción de Mason y en el acto sentóse dando la espalda a la ventana. Indicando una silla que tenía delante, dijo a Mason:

—¿Quiere usted sentarse?

Mason sentóse frente a la luz. Sacó un tarjetero del bolsillo y dijo:

—Soy abogado.

Mistress Milfield tomó la tarjeta que le extendía Mason y manifestó:

—Oh sí, he oído hablar de usted. Creí que era un abogado criminalista.

—Atiendo toda clase de asuntos —anunció Mason—. Mi oficina se ocupa de toda clase de asuntos judiciales.

—¿Y puedo preguntarle por qué se interesa usted por las ovejas «karakul»?

Mason contestó:

—Tengo una cliente que necesita dinero.

Ella sonrió.

—¿Y no necesitan dinero todos los clientes?

—La mayor parte de ellos. Pero ésta lo necesita realmente y yo voy a conseguírselo.

—Me parece que hace usted muy bien. ¿Y eso tiene algo que ver con mi esposo?

—Tiene que ver con el negocio de las ovejas «karakul».

—¿Puede usted explicarse mejor?

—El nombre de mi cliente es Kingman. Adelaide Kingman.

—No me sugiere nada ese nombre. Ya comprenderá usted que no conozco los detalles del negocio de mi esposo.

—Es de suma importancia que yo le vea enseguida.

—Temo que no podrá verle usted hasta principios de la semana próxima, mister Mason.

—¿Puede decirme cómo puedo ponerme en contacto con él?

—No. Me parece que no.

—¿Puede usted ponerse en contacto con él... inmediatamente?

Mistress Milfield reflexionó un instante y luego contestó:

—Inmediatamente.

Mason dijo:

—Tan pronto como pueda ponerse en contacto con él, dígame que yo tengo una nariz muy sensible y que he andado olfateando por los alrededores del distrito Skinner Hills, y que lo que he olido no huele a pieles de «karakul». ¿Puede usted recordar eso?

—Pues... me parece que sí. ¡Qué mensaje más extraño, mister Mason!

—Y dígame que, si es necesario, haré que mi cliente hable con sus vecinos; pero agregue también que quizá sea mejor que no lo haga..., mejor para él. Y no se olvide de decirle que el nombre es Adelaide Kingman.

Ella sonrió al contestar:

—Se lo diré.

Mason dijo:

—Es importante que su esposo comprenda mi posición, y que reciba mi mensaje enseguida.

—Muy bien.

—¿Se ocupará usted de que reciba el mensaje?

—Mister Mason, ¿no tratará usted de sacar ventaja leyendo mi expresión? Me preocupan dos cosas: el deseo de ser cortés con usted y el esfuerzo por conservar una faz tranquila.

Mistress Milfield sonrió y Mason advirtió que por un momento la mujer había olvidado que su cara mostraba las huellas de un llanto prolongado.

Mason hizo una inclinación de cabeza.

—De ninguna manera me atrevería siquiera a procurar que usted traicionara secretos de los negocios de su esposo, mistress Milfield —aseguróle Mason—; pero si quiero que se dé cuenta de la necesidad de que su esposo reciba inmediatamente mi mensaje.

Mistress Milfield dijo bruscamente:

—Mister Mason, yo voy a confiar en usted. Le necesito a usted. Yo..., yo voy a decirle algo.

Mistress Milfield hizo una pausa, pareció ponerse tensa e hizo una profunda inspiración como hacen las personas que están a punto de expeler un torrente de palabras.

El timbre del teléfono paralizó en sus labios la primera de las palabras. Miró al aparato con fastidio bien definido.

Su contrariedad era tan evidente que Mason no pudo resistir a

decir:

—Quizá sea su esposo el que llama.

Ella se mordió los labios, moviéndose intranquila en su silla. El teléfono llamó una vez más.

Mason quedóse sentado, esperando tranquilamente, dejando que mistress Milfield hiciese el próximo movimiento.

La indecisión de mistress Milfield se hizo más visible mientras se debatía, al parecer, entre la idea de contestar lo que era evidente una llamada inoportuna por encontrarse Mason presente, o traicionarse a sí misma rehusando hacerlo mientras el abogado estuviese allí.

Súbitamente dijo:

—Discúlpeme —y alzó el auricular.

Al reflejarse la luz sobre su perfil, su cara se volvió una máscara en relieve:

—¿Sí? —preguntó con la voz cuidadosamente modulada de quien está en guardia con el fin de no traicionar sus pensamientos con cualquier inflexión vocal.

Mason observaba la cara de mistress Milfield y vio que adquiría una expresión de perplejidad.

—Pues no, yo no conozco a mister Tragg... Teniente Tragg. No... Oh, ya veo... Dígame que mi esposo no volverá hasta las últimas horas de la tarde... ¿Sí? Yo no puedo... Él está... ¡Oh!

Mistress Milfield dejó el auricular en su sitio y dijo a Mason con tono irritado:

—¡Caramba con el hombre! Ya sube hacia aquí. Bien, no voy a contestar al timbre.

—Un minuto —dijo rápidamente Mason—. ¿Sabe usted quién es el teniente Tragg?

—Supongo que es algún soldado solitario que...

—El teniente Tragg —anunció Mason— no es un soldado. Es un teniente de Policía. Es de la Jefatura y pertenece a la división de Homicidios. No sé por qué ha estado usted llorando, mistress Milfield, pero el teniente Tragg no se ocupa de los delitos sin importancia... Si está usted relacionada con algún homicidio, es mejor que empiece a pensar... ¡y que piense rápidamente!

Mistress Milfield se volvió hacia Mason y éste vio la expresión

de espanto de sus ojos.

Mason la miraba fijamente.

—¿Sabe usted de alguien que haya sido asesinado? —preguntó.

—¡Cielo santo! Nadie, excepto quizá mi...

—Continúe —instó Mason mientras ella se contenía en mitad de la frase.

—No. ¡No! Nadie.

—Usted dijo «mi» y luego se detuvo —le recordó Mason—. Ese pronombre posesivo la denuncia. ¿Iba usted a decir «mi esposo»?

—¡Cielo, no! ¿Qué le hizo concebir esa idea? ¿Qué está tratando de hacer...? ¿Poner palabras en mi boca?

—¿Por qué ha estado llorando? —preguntó Mason.

—¿Quién dijo que yo estuve llorando?

—Mire. No disponemos de todo el día para reflexionar sobre esos detalles. A propósito, si algo le ha ocurrido a su esposo y Tragg me hallase aquí, la pondría a usted en situación apurada. Nunca llegaría a convencerle de que usted no me había llamado a su casa. ¿Hay alguna salida trasera?

—No.

—¿Tiene usted algunas cebollas en casa?

Mistress Milfield abrió mucho los ojos, con expresión de perplejidad.

—¡Cebollas! ¿Qué tienen que ver las cebollas con todo esto?

Mason dijo:

—Voy a zambullirme en la despensa. No le diga a Tragg que estoy aquí. Ponga algunas cebollas en la pila. Colóquese un delantal. Cuando Tragg toque el timbre, vaya a la puerta con un cuchillo en la mano y dígame que estaba pelando unas cebollas... es decir, si quiere evitarse una cantidad de disgustos. Éste es el consejo gratuito de una amistad casual. Usted...

La «chicharra» de la puerta del pasillo resonó fuertemente.

Mason colocó a mistress Milfield el delantal y se lo anudó a la cintura.

—Consiga las cebollas. Es la única manera de explicar la inflamación de sus ojos.

Ella abrió un cajón y Mason echó algunas cebollas a la pila.

La «chicharra» sonó de nuevo... un toque prolongado, agudo y

estridente.

Mason abrió un cajón, encontró cuchillos de cocina, tomó uno, cortó unos trozos de cebolla, tomó la mano derecha de mistress Milfield, la untó con cebolla y dijo:

—Muy bien, vaya a la puerta. Tenga cuidado con lo que dice. Recuerde que debe decirle que estaba pelando cebollas en este momento, y de ningún modo mencione que yo he estado aquí. ¡Buena suerte!

Mason palmeó el hombro de mistress Milfield y la empujó con suavidad hacia la puerta, justamente cuando el teniente Tragg tocaba el timbre por tercera vez.

Mason cruzó silenciosamente la cocina, abrió la puerta de la despensa, encontró un banquillo y se sentó lo más cómodamente que pudo.

Oyó que se abría la puerta del pasillo y un murmullo de voces iniciando la conversación. Escuchó también cómo se cerraba la puerta y las voces se tornaban más fuertes y las palabras más rápidas. No podía percibir las palabras, pero sí el murmullo de la voz del teniente Tragg y las notas más altas de las contestaciones de mistress Milfield.

Bruscamente Mason oyó que mistress Milfield daba un grito reprimido a medias; después hubo varios instantes de silencio... Un silencio que fue roto de pronto, una vez más, por el murmullo insistente de la voz del teniente Tragg.

Luego, la conversación siguió un tono más bajo y finalmente cesó del todo.

Mason miró con impaciencia su reloj de pulsera, abrió un centímetro la puerta de la despensa y escuchó.

Pudo oír que algunas personas se movían en la habitación delantera. Oyó que una puerta se abría y cerraba. Luego, una vez más, la voz de Tragg. Estaba haciendo una pregunta sobre unos zapatos.

Mason cerró suavemente la puerta de la despensa, volvió a su posición en el banquillo, dejó que su mirada vagase sobre los alimentos que había en los estantes de la despensa y luego cedió a la tentación de coger una caja de galletitas.

El abogado alzó la tapa, metió la mano en la caja, y enlazando

las piernas en las traviesas del banquillo, comenzó a engullir galletitas.

Un momento más tarde encontró un frasco de mantequilla de cacahuete. Con su cortaplumas untó la crema dorada sobre las galletitas. Estaba casi cubierto de migas cuando la puerta de la despensa se abrió bruscamente.

Mason no levantó la mirada hasta que hubo terminado de untar con mantequilla la galletita que sostenía en la mano. El teniente Tragg dijo:

—Está bien, Mason. Ya puede salir de ahí.

—Gracias —contestó Mason con mucha frescura—. Empezaba a necesitar un vaso de leche.

—La leche está en la nevera —manifestó mistress Milfield—. Se la traeré —su voz era ahora muy suave. Tragg examinó a Mason de pies a cabeza y de repente rompió a reír.

—¿Qué estaba usted haciendo? —preguntó.

Mason contestó:

—Estaba echándole una mano, teniente.

—¡Echándome una mano! —exclamó Tragg.

—Así es.

—No entiendo.

Mason manifestó:

—Vine a entrevistar a mistress Milfield por un asunto de negocios. Yo no sabía para qué venía usted, pero pensé que si me encontraba aquí colocaría a mistress Milfield en una situación embarazosa y a usted en una pista equivocada. Así que decidí esconderme hasta que usted se hubiese retirado.

Mistress Milfield dijo:

—Aquí está la leche, mister Mason.

Mason llevó la botella hasta la pila. Mistress Milfield le dio un vaso. Mason lo llenó y sonrió a Tragg.

—Brindo por usted, teniente.

Tragg preguntó:

—¿Cree que me va a engañar con eso, Mason?

Mason, con la boca llena de galletitas, consiguió hablar lo suficiente claro como para ser entendido.

—No, por cierto. Estaba tratando solamente de que usted no se

equivocase. ¿Quién es la víctima esta vez, teniente?

—¿Qué le hace a usted creer que hay una víctima?

—¿No es la suya una visita profesional?

—Hablemos primeramente de su visita.

Mason sonrió.

—Yo no tengo nada que ocultar. Vine simplemente a desayunar.

Tragg dijo, con tono irritado:

—Eso no nos lleva a ninguna parte, Mason.

—Pero a mí sí me lleva a un buen desayuno. Muy buena la mantequilla de cacahuete, mistress Milfield. Permítame que la felicite.

—Gracias.

Tragg manifestó:

—Muy bien, «vivo». El esposo de mistress Milfield ha sido asesinado.

—Es muy lamentable —murmuró Mason, con la boca llena de galletas.

—Supongo que usted no sabe nada de eso —dijo Tragg.

—Solamente lo que usted me dice.

Tragg miró las cebollas que estaban en la pila.

—¿Éstas son las cebollas que usted estaba pelando? —preguntó el teniente a mistress Milfield.

—Sí.

—¿Dónde están las que ya había pelado?

—Yo..., yo acababa de empezar cuando usted tocó el timbre.

Tragg dijo «¡Hum!» y un momento después miró con expresión de sospecha a Mason.

—¿Dónde fue asesinado el esposo de mistress Milfield? —preguntó Mason, tomando dos o tres sorbos de leche.

Tragg sonrió al contestar.

—Oficialmente se sabe que fue en un lugar dentro de los límites de Los Ángeles.

—Eso es interesante —observó Mason—. Le da a usted algo que hacer. ¿Quién lo mató?

—No lo sabemos.

—Muy interesante —comentó Mason.

Tragg no dijo nada.

—¿Cómo supo usted que yo estaba aquí? —preguntó bruscamente Mason.

—Yo se lo dije —contestó mistress Milfield.

—¿Por qué? —preguntó Mason, sirviéndose otro vaso de leche.

Tragg dijo:

—Está consiguiendo abrirme el apetito, Mason.

—Sírvasse —le invitó cordialmente Mason—. Usted sabe que ésta es una de las prerrogativas de la Policía. ¿Por qué se lo dijo, mistress Milfield?

—Creí que sería mejor, después de enterarme de qué se trataba. No quería colocarme en una situación comprometida.

—Lo comprendo —observó Mason, lavándose las manos en la pila de la cocina y arrancando una toalla de papel del rollo que estaba colgado en la pared.

—Comuniqué al teniente Tragg —continuó diciendo mistress Milfield— que usted vino a visitarme por otro asunto..., algo relacionado con el negocio de mi esposo que cuando usted se enteró de su llegada creyó que sería mejor que no le encontrase aquí.

Tragg sonrió.

—Usted no necesita ayudarle, mistress Milfield. Él conoce todas las respuestas, inclusive las de usted.

Mason movió tristemente la cabeza y dijo:

—Ya se lo dije, mistress Milfield. El teniente Tragg no confía en mí. Bueno, voy a retirarme. Lamento mucho la muerte de su esposo. ¿No le dio el teniente detalles?

Ella contestó:

—Pues, sí. Me dio todos los detalles. Parece que...

—¡Deténgase! —le interrumpió de manera brusca Tragg—. Lo que yo le dije no debe ser comentado.

Mistress Milfield guardó silencio.

Tragg fue a mirar las cebollas que se hallaban en la pila. Fruncía el ceño con gesto pensativo.

Mason dijo:

—Bueno, me voy. Mis sinceras condolencias, mistress Milfield.

—Gracias —contestó mistress Milfield; y volviéndose hacia el teniente Tragg, dijo—: Eso es todo cuanto sé. Le he participado a usted, con toda franqueza, la situación completa.

Tragg, que aún observaba las cebollas de la pila, manifestó:

—Me alegro de que lo hiciera así. Siempre conviene ser absolutamente franco con la Policía.

Mistress Milfield hablaba ahora rápidamente, ofreciendo, al parecer, a Tragg, su más completa confianza.

—Fue idea de mister Mason —explicó— el que no le encontrase usted aquí. Yo, por supuesto, no tenía la menor idea de por qué usted venía a mi casa. Estoy terriblemente impresionada por lo del pobre Fred; pero, al fin y al cabo, sentí que debía decirle a usted todo...

Mason dijo:

—En ese punto entré yo en el caso.

Tragg contempló a Mason pensativamente y anunció:

—Querrá decir que en este punto va usted a salir.

En el umbral, Mason se volvió sonriendo y dijo:

—Es más o menos lo mismo, en cuanto a mí concierne, teniente.

Capítulo 4

Había un teléfono en la farmacia de la esquina. Mason dejó caer una moneda en la ranura y marcó el número privado de su oficina, que correspondía al teléfono colocado sobre su propio escritorio.

Después de varios segundos, Della Street contestó.

—Hola —dijo alegremente Mason—. ¿Ya comió?

—Todavía no. Usted me indicó que esperase aquí.

—Yo he comido.

—¡Bueno, me gusta eso!

—Y tenemos un crimen.

—¿Otro?

—Así es.

—¿Quién es la víctima?

—Fred Milfield.

—¡Jefe! —exclamó Della—. ¿Cómo sucedió?

—No lo sé.

—¿Quién es nuestro cliente?

Mason rió.

—No tenemos ninguno. No sea tan esclava de los convencionalismos, Della. ¿No puedo tener un crimen sin cliente?

—No proporcionaría ganancia alguna.

—No —admitió Mason—; me parece que tiene usted razón. Diga a Paul Drake que se ponga en contacto con los muchachos de la Prensa, y que vea qué es lo que puede averiguar acerca del asesinato de Milfield.

—Jefe —protestó Della—, necesito alguien a quien cargarle esto... Se trata solamente de una cuestión de contabilidad y...

—Muy bien —contestó Mason—. Cárgueselo a miss Kingman.

—¿Qué quiere que averigüe Drake acerca del crimen? —

preguntó Della.

—Todo. Usted váyase a comer algo. Yo iré enseguida.

Mason tomó un taxi, fue a su oficina y allí encontróse con Della, que le estaba esperando.

—Hola —saludó Mason sorprendido—. Creí que había ido a comer algo.

—Iba justamente a salir cuando vi que una mujer joven y bien vestida trataba frenéticamente de introducirse en la oficina; me compadecí de ella y le expliqué que usted no estaría aquí hasta el lunes por la mañana. Pálida y desesperada, manifestó simplemente que debía verle a usted.

Mason dijo con impaciencia:

—No dispongo de tiempo para ver a nadie ahora, Della. Este caso de homicidio ha paralizado todo lo demás. Milfield ha sido asesinado. Su esposa estaba...

—Esta joven —interrumpió Della Street— es Carol Burbank.

—No me importa quién sea. Yo... ¡Oh, espere un minuto! ¿Burbank, eh?

Della Street asintió.

—¿Tiene alguna relación con el Burbank de las pieles «karakul»?

—Creo que sí tiene alguna relación con eso.

Mason silbó.

—Hablaremos con Carol Burbank —accedió—. ¿Parece excitada?

—Más que excitada. Está pálida por la desesperación.

—¿Está en la oficina exterior?

Della Street asintió.

Mason dijo:

—Muy bien. Vaya a la oficina de Paul Drake. Dígame lo del asesinato de Milfield y que la Policía está al tanto del crimen. Él puede averiguarnos los detalles. Dígame que se preocupe de eso y de nada más. Hable con Drake; mientras tanto, yo trataré de ver si esta Carol Burbank tiene alguna relación con el Burbank que nosotros buscamos.

Della Street dio unos pasos, y ya con la mano sobre el picaporte, preguntó:

—¿Cómo recibió la noticia mistress Milfield?

Mason contestó:

—La oí gritar. No creo que fue una noticia inesperada para ella. Cuando yo llegué a su casa, ella había estado llorando.

—¿Es atractiva?

—Mucho.

—¿Inteligente?

—¡Ya lo creo! ¡Me arrojó a la boca del lobo!

Della Street alzó las cejas.

—Fui sacrificado para que ella pudiese ganarse la confianza del teniente Tragg —agregó Mason.

—¿Cómo ocurrió eso? —preguntó Della.

Mason dijo:

—Tragg llamó a la puerta. Yo pensé que sería mejor para mistress Milfield que él no me encontrase allí. Ella había estado llorando y la visita de Tragg significaba que se había cometido un homicidio. Me escondí en la despensa, mas ella dijo a Tragg que yo estaba allí.

—¿Por qué?

—Al parecer, para ganarse la confianza de Tragg.

—¿Qué edad tiene mistress Milfield? —preguntó Della Street.

—Alrededor de treinta años.

—Puede, entonces, resultar peligrosa —comentó Della.

—Creo que lo es.

—Muy bien, haré que Paul comience a trabajar en el caso Milfield. Carol Burbank espera en la oficina exterior.

Della Street corrió por el largo pasillo y el eco de sus pisadas resonó en el silencio reinante en el edificio comercial aquel sábado por la tarde.

El sobresalto convulsivo que conmovió a Carol Burbank cuando oyó el ruido de la puerta demostraba el estado en que se hallaban sus nervios. Sus grandes ojos se volvieron hacia Mason.

No había pánico en estos ojos, sino un rastro de temor quizá, mas estaban poseídos de una resuelta determinación. Era una mujer joven que trataba desesperadamente de mantener el dominio sobre sí misma y de conservar su mente clara.

—¿Mister Mason?

—Sí.

—Creo que usted intervino como abogado en un caso de accidente automovilístico que ocurrió ayer... Un tal mister Bickler que alcanzó a un camión de la Skinner Karakul Company.

—Así es.

—Mi padre cree que usted llevó muy hábilmente el asunto.

—Gracias.

—Dijo, además que, en caso de que nos encontrásemos alguna vez en apuros, sería una buena idea que lo tuviésemos a usted de nuestra parte y no en contra.

—¿Su padre está relacionado con la Skinner Karakul Company?
—preguntó Mason.

—Indirectamente.

—¿El nombre de su padre?

—Roger Burbank.

—¿Y ahora ha surgido alguna dificultad?

La joven contestó:

—Mister Milfield, socio de mi padre, ha sido asesinado... a bordo del yate de mi padre.

—¿Es posible? ¿Y qué desea usted que yo haga?

—Mi padre está en una situación muy especial... muy precaria. Quiero que usted le ayude.

—¿Estaba él a bordo del yate en el momento en que fue cometido el crimen?

—¡Cielos, no! Ahí está la dificultad. Él quería que la gente creyese que estaba a bordo, pero resulta que no estaba allí.

—¿Dónde está ahora su padre?

—No estoy segura de saberlo.

Mason dijo cautelosamente.

—Antes que usted diga nada, miss Burbank, mejor será enterarla que temo no poder representar a su padre.

—¿Por qué no?

—Tengo un interés opuesto.

—¿En qué sentido?

—Adelaide Kingman tiene un título de propiedad de ochenta acres que...

—Frank Palermo es dueño realmente de esa propiedad —
interrumpió ella.

—Lo lamento, pero está equivocada.

—Él está en posesión de los terrenos.

—Con un contrato de venta.

—Pero el contrato no tiene valor alguno. Palermo está en posesión de los terrenos hace más de cinco años.

—En virtud de ese contrato.

Ella vaciló un momento y preguntó:

—¿Cuánto quiere usted?

—Mucho.

—Como campo para pastoreo de ovejas eso...

—Virtualmente no tiene valor alguno —interrumpió Mason—. Pero como terreno petrolífero es valioso.

—¿Quién mencionó el petróleo?

—Yo.

La mirada de ella era firme y escrutadora al decir:

—Temo no ver la relación que hay entre una cosa y la otra.

—Adelaide Kingman —anunció Mason— quiere cien mil dólares en efectivo por esa propiedad.

—Es absurdo por completo; es exagerado.

—Y ése es el motivo por el cual temo no poder representar a su padre —terminó Mason.

Mason añadió alegremente:

—Lo lamento mucho. Ustedes querían un abogado para que los representase, pero es sábado por la tarde, y me parece que les costará mucho trabajo encontrar...

—Nosotros le necesitamos a usted, mister Mason.

—Temo que, éticamente, no podría representarlos a ustedes, ya que tengo la parte contraria en...

—Mire —dijo la joven—, pasaremos ese detalle por alto. Si usted quiere representar a papá, podrá continuar con el asunto de la propiedad Kingman y cuando se encuentre con papá trate de hacer el mejor negocio posible.

—Será un negocio difícil —previno Mason.

—Así lo creo... ahora.

—¿Tiene usted poder para hablar por su padre?

—Sí, en una situación de emergencia como ésta puedo hablar en su nombre. Sé que puedo hacerlo.

Mason anunció:

—No quiero que haya divergencias sobre este punto.

—No las habrá.

—¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Quiero que venga usted conmigo a ver a mi padre.

Sencillamente, tenemos que encontrarle.

—¿Qué está haciendo su padre?

—Está trabajando en algo de tan vital importancia, que es absolutamente esencial que lo haga en el más impenetrable secreto. A nadie se le habría permitido saber dónde está o qué está haciendo. ¿No advierte usted la posición en que eso le coloca?

—¿A causa del crimen?

—Sí, Fred Milfield fue asesinado en su yate. Comúnmente, papá sale todos los viernes por la noche en su yate y lo ancla en el estuario. Es su plan para descansar, para alejarse de los negocios. Este viernes tomó el yate y lo ancló como siempre, pero no permaneció allí. Está trabajando en un asunto que es tan grande y tan importante que..., bueno, que jamás permitiría a nadie saber lo que está haciendo.

—¿Sabe usted dónde está él?

—Tengo cierta idea. Abrigo la esperanza de encontrarle. Tenemos que llegar allí antes de que lo haga la Policía. Simplemente tenemos que llegar allí antes que lo haga la Policía, mister Mason. ¿Entiende usted?

—¿Por qué?

—Así podremos decirle lo que ha sucedido.

—La Policía se lo dirá.

—Lo atraparán antes en ciertas aclaraciones.

—¿Qué clase de aclaraciones?

—¿No se da cuenta, mister Mason? Mi padre está trabajando en algo de tan vital importancia que, en el caso de que la Policía comenzara a interrogarle, caería enseguida en una trampa.

—¿Quiere decir que él jurará haber estado a bordo del yate a la hora en que fue cometido el crimen?

—Sí.

—¿Y si lo encontrásemos a tiempo? —preguntó Mason.

—Entonces podríamos explicarle las cosas.

—¿Y luego qué?

—Tendríamos oportunidad para reflexionar sobre lo que realmente necesita decir a la Policía.

—¿Alguna buena mentira?

—Por supuesto que no. Él dirá a la Policía tanto de la verdad como crea conveniente.

—Estimo que tendré que saber algo más. ¿Qué está haciendo su padre?

—Tiene algo que ver con una situación política. Creo que está trabajando para algunos de los grandes dirigentes de la industria petrolífera, y papá estaba poniendo las bases del asunto. Sería absolutamente suicida dejar que se supiera el caso antes que fuesen completados todos los planes.

—Comprendo.

—Tenemos que encontrar a mi padre.

Mason tamborileó con los dedos sobre el escritorio y dijo:

—Usted tiene muchos más datos que yo para guiarse. De todos modos, ¿qué posición ocupo yo?

—Quiero que trabaje para mí.

—¿Por qué?

—Para proteger los intereses de mi padre.

—¿Algo más?

—Bueno..., usted podría actuar como apoderado de la familia..., algo así como un apoderado general.

—¿Qué es exactamente lo que vamos a hacer?

—Iremos a varias partes.

—¿Adónde?

—Eso es tan confidencial que ni siquiera a usted se lo diré antes. Coja su sombrero y su abrigo y saldremos de esta oficina para empezar ahora mismo —contestó la joven, consultando una vez más su reloj.

—¿Cuándo estaré de vuelta?

—Después que hayamos encontrado a mi padre.

Mason fue con ella hasta su despacho particular, abrió la puerta del guardarropa, tomó su sombrero y su abrigo y, volviéndose a Carol Burbank, preguntó:

—¿Está usted lista?

Por tercera vez ella consultó su reloj, estuvo a punto de decir algo, luego cambió de idea y en su lugar anunció:

—Sí, estoy lista.

Al pasar por la puerta de la agencia de detectives Drake, Mason la abrió y llamó: «¡Della!».

Della salió de una de las oficinas interiores.

Mason le guiñó el ojo izquierdo y dijo:

—Voy a salir. Vaya usted a comer alguna cosa. No me espere.

—¿Cuándo estará de vuelta, jefe?

Fue Carol Burbank quien contestó la pregunta:

—Eso es imposible decirlo —repuso con tono muy firme.

Capítulo 5

Carol Burbank cogió del brazo a Mason y le condujo desde la entrada del edificio hacia un estacionamiento de coches situado a media manzana más abajo.

—Debía estar aquí —dijo frunciendo el ceño y mirando a la gente que había en los alrededores del lugar.

—¿Quién..., su padre?

—No. Judson Beltin.

—¿Quién es Judson Beltin?

—El brazo derecho de mi padre.

—¿Está él enterado del crimen?

—Sí.

—¿Sabe adónde va usted?

—No.

Después de algunos instantes, la joven consideró su escueta respuesta y dijo:

—Judson no sabe absolutamente nada, excepto que tiene que buscar el coche, llenar completamente el tanque de gasolina y preparar además, de reserva, un par de latas de cinco galones en la maleta. Debía estar aquí hace ya cinco minutos, esperándome. Por supuesto, puede haber tenido algún contratiempo; pero... Allí viene ya.

Un coche, avanzando rápidamente por entre el tránsito, deslizóse frente a otro automóvil y, casi sin aminorar la marcha, viró para entrar al estacionamiento.

—Ése es Beltin. Simule que no le conoce —advirtió Carol—. Quédese ahí parado como si esperase que nos entregaran algún coche.

—¿Por qué todo este misterio?

—Por favor —rogó la joven—, confíe en mí. No puedo explicárselo. Espere y haga lo que yo le digo.

Un hombre delgado, de unos treinta y cinco años, algo encorvado, llevó el coche hacia donde se hallaba un empleado que, después de cobrarle veinticinco centavos, le entregó un boleto que arrancó de un talonario. Dejando el estacionamiento, Beltin se encaminó hacia donde se hallaban Carol Burbank y Mason, pasando cerca de ellos. No dio muestra alguna de reconocerlo, pero extendió el brazo y la mano de Carol cerróse sobre el boleto.

Carol dijo:

—Vamos a ver si alguien le sigue... ¡Ahí..., ahí está el hombre! Mire. Bajó de ese automóvil estacionado. Vea..., está siguiendo a Judson.

Mason manifestó:

—Al fin y al cabo, ésta es una ciudad muy populosa. Si en cualquier momento uno se vuelve para mirar hacia atrás, se encontrará con un par de cientos de personas que caminan detrás de uno. ¿Quiere decir eso que le siguen?

Ella no repuso nada, pero esperó a que Judson hubiese doblado la esquina. Luego, tuvo especial cuidado de dirigirse a un empleado distinto al que había estacionado el coche de Beltin. Le entregó con mucha calma el boleto y esperó hasta que el coche hubo sido sacado a la puerta del estacionamiento. Seguidamente se deslizó detrás del volante, esperó que Mason tomase asiento a su lado, detuvo la marcha por un instante frente a la acera y luego se internó hábilmente entre el tráfico, conduciendo con una destreza que fue puesta de manifiesto por la entusiasta, pero silenciosa aprobación de Mason.

—Ahora —dijo la joven—, asegúrese de que nadie nos sigue.

Enfiló el coche con brusquedad hacia la izquierda, justamente enfrente de una ola de tráfico que se había precipitado adelante al cambiarse la señal reglamentaria.

—¿Viene alguien? —preguntó Carol mientras enderezaba el coche.

Mason emitió un largo suspiro y ni siquiera miró hacia atrás.

—Si alguien hubiese venido siguiéndonos, a estas horas ya hubiéramos oído el estrépito del choque —contestó.

La joven viró hacia la derecha en la esquina siguiente y aminoró la marcha hasta llegar a otra señal de parada. Después, al operarse el cambio de luces, lanzó el coche hacia delante una vez más para cortar a través de la línea de tráfico que se venía encima, tal como lo había hecho en la esquina anterior.

Habiéndose convencido a sí misma de que nadie la seguía, Carol se acomodó bien detrás del volante para conducir tranquilamente, llevando el coche a través de Hollywood, por Cahuenga Grade, hacia el bulevar Ventura, siempre a buena velocidad, pasando a los vehículos que se dirigían más lentamente en la misma dirección. Mason respetaba el silencio de la joven mientras fumaba recostado en el asiento. Llegaron al tope de la cuesta más allá del Conejo Grande, luego bajaron a toda velocidad por las montañas, entrando en Camarillo por el bulevar Ventura, mientras Carol miraba una vez más su reloj de pulsera.

—Espero que lleguemos a tiempo —manifestó la joven.

Ésas fueron las primeras palabras que pronunció desde que dejaron Los Ángeles.

Mason no dijo nada.

A mitad de camino entre Ventura y Santa Bárbara aminoró la marcha del coche súbitamente y enseguida se hallaron en un campamento de turistas, donde unas cabañas estucadas, de techos de tejas, se destacaban contra el fondo de verdes palmeras y el azul del océano.

—¿Bajamos aquí? —preguntó Mason.

—Sí.

Mason la siguió a la oficina de la administradora.

—¿Tiene usted registrado a un señor llamado L. C. Lassing? —preguntó Carol.

La administradora miró el registro y contestó:

—Cabaña catorce. Hay cinco personas allí.

—Gracias —contestó Carol sonriendo amablemente a la administradora y haciendo una seña a Mason.

Caminaron por el sendero de grava. El sol arrojaba sus rayos desde el Oeste, reflejando sombras alargadas sobre los edificios, y ahora que estaban fuera del coche, advirtieron que un viento frío azotaba el canal, un viento que obligaba a Carol a inclinarse hacia

delante y apretarse la falda contra las rodillas.

La cabaña que buscaban estaba oscura y silenciosa. No había coche alguno en el garaje.

Carol subió corriendo los tres escalones de cemento y golpeó frenéticamente la puerta. Como no obtuvo respuesta a su llamada, probó el picaporte.

La puerta estaba sin llave y el viento la abrió apenas la joven hubo girado el picaporte.

Carol Burbank saltó hacia delante y agarró la puerta, justamente cuando ésta golpeaba contra un amortiguador de goma.

—Supongo —dijo Carol con risa nerviosa— que entraremos.

Mason penetró tras ella y cerró la puerta. Alzó la voz y llamó:

—Hola... ¿Hay alguien en casa?

No hubo respuesta.

La cabaña era un edificio grande, de cuatro habitaciones, que podía ser dividida en dos cabañas dobles. La gran habitación del frente tenía camas gemelas y era lo suficiente espaciosa para servir de sala. Los muebles podían compararse a los de un hotel de lujo. Las camas estaban cuidadosamente tendidas. Alrededor del sofá, tres sillas habían sido agrupadas en semicírculo, y parecía que todos los ceniceros de la casa hubiesen estado en uso; había gran cantidad de colillas de cigarrillos. Sobre un taburete reposaban cinco copas. La cesta que había al lado del sofá estaba llena de botellas de licores vacías y de cocteleras. El cuarto se hallaba impregnado del olor de colillas de cigarros apagadas y de licor añejo.

Carol dijo:

—Temo que se hayan ido. Vamos a echar un vistazo para ver si encontramos algún equipaje.

Mason la siguió por varias habitaciones.

No había señal alguna de equipaje. Los cuartos de baño contenían toallas sucias. En uno de los estantes de un cuarto de baño había una brocha y una máquina de afeitar. Carol las vio y, alzando la brocha, exclamó:

—¡Es la de papá!

—Quizá vuelva —comentó Mason.

—No, su maleta no está. No ha dejado nada más que sus útiles de afeitar. Siempre se olvida cosas así.

—¿No cree usted que vuelva?

—No. Esta cabaña ha servido ya para el propósito para que fue alquilada.

—¿Y cuál era?

—Una conferencia entre algunos de los políticos más destacados de Sacramento. No puedo decirle quiénes eran ni atreverme siquiera a mencionar lo que estaban tratando. Es verdadera dinamita política..., algo tan grande, tan estupendo, que un descubrimiento prematuro arruinaría la carrera política de los hombres que tomaron parte en la conferencia.

—Muy bien —contestó Mason—. Éste es asunto suyo. ¿Qué va usted a hacer ahora?

Ella respondió:

—Nada. Me limitaré a llevarme las cosas de papá. Nada podemos hacer.

Mason no repuso.

Carol vaciló, luego levantó lentamente la brocha y contempló la máquina de afeitar que estaba sobre el estante de vidrio.

—Papá ni siquiera la limpió —dijo luego agregó, dirigiéndose a Mason—: ¿Cree usted que debo lavarla y limpiarla?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De que usted crea importante establecer el hecho de que su padre se hallaba aquí.

—Mi padre nunca admitiría que él estuvo aquí.

—¿Por qué no?

—Ya se lo he dicho a usted. Significaría el suicidio político para las personas reunidas aquí...

—¿No dañaría en nada la carrera política de su padre?

—¿Qué?

—Si se supiera que él había estado aquí.

—No. La de mi padre, no. Estoy pensando en los otros.

—Supongamos que su padre no cita sus nombres.

—¿Por qué? ¿Qué ganaría con eso?

—En caso de que su padre necesite demostrar que estuvo aquí anoche —expuso Mason—, esa máquina de afeitar podría servir de prueba. Podría hacerse un examen microscópico de los pelos,

compréndalo.

El semblante de Carol se iluminó al percatarse súbitamente de la importancia de las palabras de Mason.

—¡Tiene usted razón! —exclamó—. ¡Cuánta razón!

—Usted podría ir a la oficina de la administradora, explicarle que desea alquilar esta cabaña para una semana y pagar el alquiler en efectivo y al contado, advirtiéndole que se deje en el mismo estado en que está, que no se permita a nadie absolutamente entrar en la cabaña, ni siquiera a las sirvientas.

—¡Es una buena idea! —exclamó Carol—. ¡Vamos!

Mason dijo:

—Deberíamos cerrar con llave esa puerta del frente. ¿No ve usted una llave por alguna parte?

Registraron toda la cabaña, pero no pudieron encontrar llave alguna. La puerta que daba a la cabaña trece estaba cerrada con llave, pero ésta se hallaba por dentro, pues no había llave alguna para la puerta de la cabaña catorce.

—No hay nada que hacer —manifestó Mason—. ¿Dónde supone usted que está su padre ahora?

Los ojos de la joven expresaron su temor al contestar:

—Ha vuelto al yate —dijo con expresión de desaliento—. La Policía le estará esperando para interrogarle y él les dirá alguna mentira terrible acerca de su paradero..., cualquier cosa para no confesar que estuvo aquí.

—Vamos a hacer los arreglos que sean necesarios con la administración y luego iremos a Los Ángeles para tratar de encontrar a su padre.

Mason sostuvo la puerta para que saliera Carol, mientras contemplaba con expresión divertida cómo el viento levantaba la falda de la joven poniendo al descubierto sus bien formadas piernas. Carol tuvo que bajarse nuevamente la falda y Mason hizo un esfuerzo para cerrar la puerta que con furia batía el frío viento oeste que soplabá del Océano.

—Hable usted con la administradora —dijo Carol, y luego agregó súbitamente—: Espere; es mejor que cuente con algún dinero para los gastos.

Puso un rollo de billetes en la mano de Mason. El abogado miró

el dinero. Eran billetes de veinte dólares rodeados por un papel engomado que llevaba el sello de un Banco de Los Ángeles, y la cantidad contenida en el rollo de billetes..., quinientos.

Mason manifestó:

—Difícilmente podrá costar tanto.

—Guárdelo. Usted tendrá que hacer otros gastos. Arreglaremos cuentas más tarde.

Mason deslizó los billetes en el bolsillo de su americana, entró en la cabaña que ostentaba un cartel que decía «Oficina» y quedó esperando en el mostrador hasta que salió la administradora.

La sonrisa de la administradora era un reflejo automático.

—¿Encontraron a las personas que buscaban? —preguntó.

Mason apeló a sus modales más simpáticos.

—La situación —explicó— es bastante extraña y algo complicada.

La sonrisa desapareció inmediatamente de la cara de la mujer. Su mirada era fría y dura al dejar de observar a Mason para contemplar atentamente a la joven que se hallaba al lado de él.

—¿Sí? —preguntó fríamente—. ¿Por qué es una situación complicada, por favor?

Mason manifestó:

—Estábamos buscando al padre de esta joven, que debía encontrarse con nosotros en la cabaña catorce, pero nos retrasamos y temo que salió a buscarnos por el camino. Tendremos que irnos para tratar de ponernos en contacto con él.

La mirada inquisidora de la mujer conservaba su expresión fría y dura. No dijo nada; esperó mientras Mason hacía una pausa, mas sin darle ningún signo de aliento.

—Así que —continuó diciendo Mason— creo que lo único que podemos hacer es rogar a usted que no alquile esa cabaña de nuevo.

—El alquiler está pagado hasta mañana a las doce —anunció la mujer.

—¿Figura en el registro el nombre de todas las personas que ocuparon la cabaña? —preguntó Mason.

—¿Por qué?

—Quiero estar absolutamente seguro de que es la persona que buscamos.

—¿Es Lassing el nombre que buscan?

Carol dijo rápidamente:

—Ése es el apellido de uno de los componentes del grupo, pero no es el nombre de mi padre. Me pregunto si todos los nombres fueron registrados.

—¿Cuál es el nombre de su padre, querida? —preguntó la mujer.

Carol Burbank sostuvo firmemente la mirada de la administradora.

—Burbank —contestó—. Roger Burbank.

La mujer se ablandó un poco.

—No registramos comúnmente el nombre de todos los miembros de un grupo... cuando se compone de muchas personas. Un hombre registra su nombre; por lo general, el dueño del automóvil, pero escribe solamente la marca y número de patente de su coche. Un minuto y les informaré. No, el registro dice solamente «J. C. Lassing y compañía».

Mason dijo:

—La cabaña está limpia y en orden. No hay necesidad de que nadie entre allí hasta mañana por la mañana.

—¿Por qué habría de entrar alguien allí? —preguntó la administradora.

—Las sirvientas podrían ir a cambiar las toallas —contestó Mason.

—Bueno, ¿y qué inconveniente hay en ello?

—Preferiríamos que la cabaña quedase en el mismo estado en que se encuentra.

—El alquiler es ocho dólares diarios —dijo fríamente la mujer.

Mason le entregó cuarenta dólares y dijo:

—Con esto queda pagado el alquiler de cinco días.

La mujer pareció ablandarse a la vista del dinero.

—¿Quiere usted un recibo? —preguntó.

La voz de Mason era tan fría como había sido la de ella:

—En efecto.

Capítulo 6

—¿Se le ocurre algo? —preguntó Carol a Mason mientras salían del campamento de turistas y conducía el coche de regreso hacia Los Ángeles.

—Todavía esto es asunto suyo —contestó Mason; después de un momento, preguntó—: ¿Se propone tomar algún refresco?

La joven sonrió y contestó con otra pregunta:

—¿Apetito?

—Estoy prácticamente muerto de hambre. El viento frío me abre el apetito.

—Comeremos algo más adelante. Estoy impaciente por encontrar a mi padre.

—¿No cree que es demasiado tarde para eso? ¿No piensa que la Policía ya le habrá encontrado a estas horas?

—Probablemente.

El sol se había ocultado, dejando un tinte color de acero azul en el océano, cuya superficie era agitada sin cesar por el viento. Hacia la derecha se veían las siluetas agudas de las islas del canal recortadas sobre el azul verdoso del cielo del oeste.

—Creo que será mejor encender las luces —anunció Carol, y encendió los faros.

Después que pasaron Ventura y se aproximaron a Camarillo, Mason preguntó:

—¿Cuánto tiempo supone usted que hace que su padre dejó ese campamento?

Ella dejó de mirar al camino lo suficiente para lanzar a Mason una rápida mirada y contestó:

—No lo sé. ¿Por qué?

—Me lo preguntaba, nada más.

—No tengo medios para saberlo.

—Ya lo veo.

El coche roncaba suavemente subiendo por el Conejo Grande, pasando por una meseta cubierta de robles enormes. El viento se había calmado y las estrellas tempranas de la tarde resplandecían en un cielo tan claro como el cristal. Campo afuera, encontraron la señal que indicaba los límites de la ciudad de Los Ángeles, y quince o veinte minutos más tarde Carol dijo bruscamente:

—Un poco más adelante hay un restaurante donde suele comer mi padre cuando viaja por este camino. Hay una probabilidad de que le encontremos allí..., si es que no abandonó ese refugio de automóviles a una hora avanzada de la tarde.

—En ese caso —comenzó Mason—, debemos de haberlo pasado en el camino.

—Estoy segura de que debió suceder así —manifestó Carol—. Es aquel que se ve allí. El título rojo dice «Dobe Hut Restaurant».

Mason no contestó.

Carol condujo el coche hasta el lugar de estacionamiento, cerró el contacto y corrió el seguro de la puerta izquierda. Cuando echaba la llave a la puerta del coche Mason le señaló la luz roja de un coche estacionado en la otra fila.

—Parece que la Policía también come aquí —dijo.

—Oh, sí. La Policía de carretera también come aquí y...

—Ese coche no es de la Policía de carretera.

Carol no dijo nada, y Mason, cogiéndola suavemente del brazo, la guió a través del umbral de la casa de adobes.

En el comedor había unas quince mesas. En el lugar opuesto a la puerta se veía un hogar donde crepitaban unos troncos de roble que esparcían un calor agradable. La dueña, vestida con un traje español de baile, era una mujer de cabello muy oscuro, ojos intensamente negros y labios muy pintados. Sonrió a Mason y condujo a los recién llegados hasta una mesa.

Súbitamente, Carol soltó a medias una exclamación viró hacia el rincón izquierdo y se acercó a una mesa donde tres hombres se hallaban conversando.

Mason vio a un hombre corpulento, de cabello muy corto, bigote entrecano y ojos grises de expresión inteligente, que levantó la vista

para mirar a Carol y sonreírle, mientras ésta le decía:

—¡Hola, papá! ¿Qué estás haciendo aquí?

Los tres hombres se pusieron en pie. Mason, acercándose por detrás de Carol, saludó al hombre de bigote gris y dijo:

—Presumo que usted es mister Roger Burbank.

—Perry Mason, papá, el abogado —explicó rápidamente Carol Burbank.

La mano poderosa de dedos gruesos de Burbank se extendió por encima de la mesa para estrechar la de Mason.

—Y el teniente Tragg —anunció Mason sonriendo al policía, que le miraba con expresión algo intrigada—. Permítame que le presente a Carol Burbank, teniente. Supongo que el caballero que le acompaña pertenece a la sección de Homicidios.

—George Avon —admitió Tragg; poco después y como reflexionando sobre si debía descubrir la información, agregó—: Experto en huellas dactilares.

Mason estrechó la mano de Avon.

—¿No quiere usted sentarse? —preguntó cortésmente Roger Burbank.

La dueña, mostrando sus blancos dientes al sonreír, se acercó a la mesa.

—No sabía que tenían ustedes que encontrarse con unos amigos —dijo—. Camarero, dos sillas enseguida, por favor.

El camarero trajo dos sillas; Mason sostuvo la silla para que Carol tomase asiento y luego sentóse él mismo, exclamando:

—¡Estábamos casi muertos de hambre!

Tragg dijo secamente:

—No tardaron mucho en llegar sus refuerzos, ¿verdad, Burbank? Éste levantó las cejas con expresión de extrañeza al contestar:

—¿Mis refuerzos?

—Su abogado.

Burbank manifestó:

—Temo que hay algún error. Yo no mandé a buscar a mister Mason.

—¿No le ha dicho usted nada todavía? —preguntó Carol a Tragg.

Tragg contestó:

—No hace mucho que llegué. Estuve haciéndole unas preguntas.

—¿Si me ha dicho qué? —preguntó Burbank a Carol.

Tragg interrumpió:

—Quiero que entienda bien esto, mister Burbank: es de suma importancia que yo sepa exactamente dónde estaba y qué estuvo haciendo usted en la tarde y noche de ayer. Hasta ahora no ha hecho más que contestar con evasivas. Es necesario que hable usted más claramente.

—¿Y por qué mis andanzas habrían de significar algo para usted?

Mason dijo:

—Vamos, vamos, caballeros. Conservemos la serenidad.

Carol Burbank dijo:

—Papá, tienes que decirles exactamente a estos hombres dónde estabas. Si no lo deseas, no tienes que decir los nombres de las personas que estaban contigo. Pero debes decirles dónde estabas y cuándo fuiste allí. Es importante.

Mason dijo suavemente:

—Fred Milfield fue asesinado a bordo de su yate.

El teniente Tragg hizo un gesto de irritación.

—¡Esto sucede por tratar de ser cortés! Debía haberle llevado a usted a la jefatura apenas llegué, para interrogarle allí.

—¡Fred Milfield asesinado! —exclamó Burbank.

—Así es papá. Toda la tarde hemos estado tratando de encontrarte.

—¿Y creyó usted que era necesario traer un abogado consigo? —preguntó Tragg.

Carol se enfrentó con Tragg con mirada firme y fría.

—¡Claro que sí! Y si usted conociera todos los hechos del caso...

Burbank manifestó:

—Yo simplemente, no puedo comprender por qué alguien mató a Milfield. ¿Está usted seguro de que fue asesinado, teniente?

Carol dijo:

—Papá, ¿no quieres confiar en mí? Por favor, por favor, ¿no quieres decírmelo?

Roger Burbank contestó:

—Primeramente, vamos a oír lo que tiene que decir el teniente

Tragg.

Carol dijo con impaciencia al teniente Tragg:

—Papá no estuvo allí ayer por la tarde. Papá ha estado mezclándose en política...; sobre esas cosas debe guardarse secreto absoluto. Ni aun ahora puedo darle a usted detalles..., pero supongo que papá tenía una cita con algunos políticos muy influyentes de Sacramento... gente que insistió en que la conferencia debía efectuarse en el mayor secreto. Le sería imposible decirle quiénes eran esos hombres, y cada uno de éstos negaría que se había efectuado la reunión si se le preguntara. Suponga que ellos tomaron todas las precauciones necesarias para mantener el asunto en secreto, que se encontraron en un campamento de automóviles allá arriba, en el camino de la costa; que tuvieron una conferencia que duró cerca de veinticuatro horas, en la que discutieron sus planes, y que se separaron hace poco rato. Pensé que quizá mi padre se detendría aquí para cenar... y aquí estamos.

—Muy interesante —manifestó Tragg—. ¿Dice usted que ninguno de esos hombres admitiría que estuvo en la conferencia?

—Ninguno se atrevería a hacerlo.

Tragg repuso:

—Está bien. Dejémoslos de rodeos. Si hay algo de cierto en esto, queremos saberlo y probar que es verdad..., y si no es cierto —aquí la voz de Tragg se tornó agresivamente dura—, queremos averiguarlo también.

—Háblales tú, papá —dijo Carol.

Burbank no dijo nada. Frunció el ceño con gesto de desaprobación mientras miraba a su hija.

—Muy bien —anunció Carol— ya que tengo que hacerlo, lo haré. Debe usted investigar en el «Surf and Sun Motel», en la carretera general entre Ventura y Santa Bárbara. Es ese edificio grande, a la izquierda, fuera de...

—Sí, sé dónde está —anunció Tragg—. ¿Y allí fue donde se celebró la conferencia?

—Le sugiero que vaya allí.

Tragg se volvió hacia Burbank y dijo:

—Si hay algo de cierto en esto, será mejor que usted lo confirme.

Burbank parecía irritado.

—Oh, bueno —manifestó con gesto de fastidio—, mi hija lo ha descubierto todo. Pero yo no voy a confirmarlo. Si usted me lo pregunta, yo..., maldito sea, yo lo negaré.

—¿Alguna prueba? —preguntó Tragg a Carol.

—Por supuesto que hay pruebas..., si usted quiere buscarlas ahora mismo. Los ceniceros y botellas vacías están allí todavía. Dijimos a la administradora que dejase las cosas tal cual estaban. Papá hasta dejó sus útiles de afeitar sobre el estante del cuarto de baño.

—¡Por Dios! —exclamó Burbank—. Siempre me olvido de esa maldita máquina de afeitar.

Tragg dijo secamente:

—¿Hay alguna otra prueba real, aparte de esos útiles de afeitar?

—Papá, ¿no trajiste contigo la llave? No está en el campamento.

Lentamente, Roger Burbank deslizó la mano en el bolsillo de su americana y sacó una típica llave de hotel, de cuyo ojo pendía una cadena. Prendida a ella había una tarjeta de cartón que decía: «Surf and Sun Motel» y, más abajo, en números grandes la cifra 14.

Del otro lado de la tarjeta podía leerse la advertencia usual de que si alguien se llevaba inadvertidamente la llave, solamente sería necesario poner un sello en la tarjeta e introducirla en cualquier buzón.

Tragg cogió la llave, empujó su silla hacia atrás y llamó al camarero.

—Anule nuestros pedidos —dijo— y dé la cuenta a ese muchacho «inteligente» —y, con ademán irritado, señaló con el dedo a Mason.

Capítulo 7

Una luz brillaba en la oficina de Mason mientras el abogado caminaba, muy silenciosamente gracias a sus tacones de goma, por el pasillo embaldosado. Introdujo suavemente la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Della Street se hallaba sentada junto al escritorio de Mason, con la cabeza apoyada sobre el brazo. Estaba profundamente dormida.

Mason cerró suavemente la puerta, colgó su americana y un sombrero, caminó hacia su escritorio y quedóse en pie un momento, mirando a Della con tierna expresión. Luego deslizó la mano por el hombro de ésta.

—¿Nunca se va usted a su casa? —preguntó Mason tiernamente.

Della despertó sobresaltada, volvió la cabeza, pestañeó al mirar la luz y sonrió a Mason.

—Quería saber lo que había sucedido —dijo Della—, y para eso tenía que esperar.

—¡Mentira! Usted estaba esperando aquí porque pensó que yo podría necesitar algo y telefonear. ¿Cenó?

—No.

—¿Almorzó?

—Mandé a Gertie para que me trajese un par de emparedados y una botella de leche.

Mason dijo:

—Después de esto la voy a llevar siempre conmigo...; por lo menos comerá con regularidad.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Della.

Mason observó a la joven atentamente y vio huellas de cansancio en su cara.

—La novedad —dijo— es que usted se irá a su casa a dormir un

poco.

—¿Qué hora es?

—Algo más de las once.

—¡Cielos! He estado durmiendo más de una hora.

—¿Dónde está Paul Drake?

—Se fue a su casa.

—Allí es donde irá usted también. Traiga sus cosas.

—Temí que usted llamase —dijo ella—. Yo...

—Olvidelo —interrumpió Mason—. Tengo el número de su departamento. Podría haberla llamado allí. No tome tan en serio este empleo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Della.

—Dimos un paseo muy bonito por la carretera de la costa —dijo Mason, ayudándola a ponerse el abrigo—. Fuimos a un campamento de turistas precioso. Tenemos que ir allí alguna vez, Della. Está situado en un lugar muy hermoso. Se llama «Surf and Sun», y, considerando que hoy soplabla un viento frío y crudo desde el océano, que imagino que sería delicioso en otra oportunidad, especialmente en verano.

—¿Encontró allí a Roger Burbank?

—En un restaurante del bulevar Ventura, a media hora de automóvil de allí, una vieja casa de adobes que ha sido convertida en restaurante.

—¿Qué tiene que ver con el campamento el asunto?

—Pues se supone —contestó Mason— que Burbank debió de encontrarse allí con algunos políticos destacados..., gente que tomó toda clase de precauciones para que no fuese posible seguirles los movimientos. Burbank, por ejemplo, quería que se supiera que se hallaba a bordo de su yate. Al parecer, cada uno de esos hombres había hecho sus planes para negar su asistencia a tal conferencia.

—¿Por qué?

—Son políticos influyentes. Quizás el gobernador mismo se hallaba allí. Estaban planeando alguna operación política. Si los diarios lo hubiesen sabido, habría sido como dinamita.

—¿Estaba realmente allí el gobernador?

Mason respondió:

—Quizá sea un hecho significativo el que no fuese invitado.

—¿Quiere usted decir que algunos de los principales legisladores estaban conspirando contra él?

—Sí, podría haber sido eso..., en la forma en que Carol lo contó. Della frunció el ceño.

—Comprendo por qué en esas circunstancias sería un gran inconveniente que se hubiera cometido un crimen en el yate de uno de ellos.

Mason dijo:

—Y además... —se interrumpió para empujar la lengua contra la mejilla formándose un bulto en la cara.

—¿Qué es eso? —preguntó Della—. ¿Está mascando tabaco?

—No. Era solamente para mostrarle a usted que tenía la lengua contra la mejilla. Vamos, señorita, Apague las luces.

Della apagó las luces. Mason cerró la puerta y probó el picaporte para asegurarse de que había quedado bien cerrada.

Mientras marchaban por el pasillo, Mason dijo:

—Parece que el teniente Tragg y un perito dactiloscópico llamado Avon localizaron a Burbank en ese restaurante poco antes que nosotros llegáramos allí..., un minuto o dos antes, creo.

—¿Eso fue en el restaurante de adobes?

—Sí.

—¿Y qué sucedió?

—Carol rogó a su padre que dijera sencillamente dónde había estado y finalmente el viejo no negó su estancia allí.

—Es una posición bastante extraña para un hombre, ¿no es así? —preguntó Della—. Quiero decir, que manifieste a la Policía que ha estado con varios hombres que negarán que se encontraban allí con él.

—Muy extraña —admitió Mason—. Significa un problema para Tragg. Y lo peor del caso es que, en cuanto concierne a Tragg, está tratando con políticos influyentes. Si confía en la palabra de Burbank de que no estaba a bordo de su yate cuando fue cometido el crimen, quizá no pase de ahí la cosa. Pero se insiste en corroborar la verdad de lo que dijo Burbank y quiere certificar las pruebas, quizá despierte a la colmena. Tragg, ¿sabe usted?, debe tener más o menos buena voluntad hacia los políticos.

Mason apretó el timbre para llamar el ascensor.

—De todos modos, ¿hubo alguna prueba confirmatoria? —preguntó Della.

—Hubo una prueba confirmatoria de mucho peso —contestó Mason— y fue presentada en el momento psicológico de un modo bien calculado para convencer.

—¿Qué era?

—Burbank metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Enseguida sacó la llave de la cabaña que había sido ocupada por los políticos..., una llave que indudablemente procedía de la cabaña catorce de «Surf and Sun Motel».

—¿Qué dijo Tragg a ello?

—Eso convenció tanto a Tragg —contestó Mason— que de un salto se levantó de la mesa y salió a toda velocidad carretera arriba. El teniente Tragg nunca deja que la comida sea más importante que su trabajo.

—¿Quiere decir que Tragg pasó por alto su cena?

—Ni siquiera esperó que trajesen la comida, y eso que se trataba de una cena estupenda. Sopa verde de tortuga, unas hermosas costillas con ensalada y una fuente de garbanzos, tortillas...

—¡Jefe! ¿Está tratando de abrirme el apetito?

—¿Tiene hambre?

—No la había advertido. Creí que estaba solamente...; bueno, creí que no lo sentía realmente, pero... sí, tengo hambre.

—Así es como debe ser —anunció Mason—. Va a comer algo caliente... y no quiero que se quede otra vez en esa antipática oficina los sábados por la tarde y por la noche. ¿Qué ha averiguado Paul del homicidio?

—Ha escrito un informe. Contiene los detalles principales. Ahora me doy cuenta de que no pensé en los diarios. En las ediciones de la noche debe de estar la noticia del crimen.

Mason apretó su pulgar contra el botón del ascensor y tocó durante algunos segundos.

—Va a tomar —dijo— un buen cóctel, sopa caliente y una costilla.

—Un poco de sopa caliente me vendrá bien —admitió ella—. ¿Adónde vamos?

—A ese restaurante tan simpático de la calle Nueve. Tomaremos

un reservado y charlaremos. ¿Dónde está el informe de Drake?

—En mi cartera.

—Muy bien. Iremos al restaurante y conseguiremos una mesa.

Llegó el ascensor y el botones miró a Mason con adustez por aquella segunda llamada del timbre.

Mason y Della bajaron en silencio. Salieron a la calle y sonrieron en silencioso comentario por el enojo del ascensorista. Marcharon del brazo por la calle Nueve, entraron en un pequeño y modesto restaurante, a cuyo dueño conocían, y tomaron asiento en un reservado cerca de la entrada.

El propietario, hombre corpulento y simpático, ataviado con delantal y gorro de cocinero, entró para darles la bienvenida.

—¡Ah... el gran Perry Mason! ¡Y la tan encantadora Della Street! ¡Bienvenidos! ¡Pierre, con sus propias manos, les preparará la comida y les servirá las bebidas!

—Me alegro mucho —manifestó Mason—. Es un gran honor. Un «Martini» seco para Della, un whisky con soda para mí. Luego un buen filet mignon para Della, con algunas patatas al gratín y café para dos. ¿Tendrá usted por casualidad un buen filet mignon, Pierre?

—¡Para miss Street, sí! Todo lo que ella quiera. Enseguida les traeré las bebidas.

El hombre se deslizó entre las cortinas de la puerta. Della abrió su cartera y entregó a Mason el informe de lo que Paul Drake había averiguado acerca del crimen.

—Hay algunas fotografías pequeñas agregadas al informe —dijo—. Paul dice que puede conseguir unas ampliaciones mañana o el lunes.

El propietario del restaurante trajo las bebidas y quedó mirando a la pareja con cierta solicitud paternal.

—¡Venir aquí a hablar de negocios! —exclamó—. ¡Con una chica tan linda! ¡Ah, si Pierre tuviese veinte años menos...! ¡Puf! ¡Negocios!

Mason brindó con Della Street, sorbió un trago y bruscamente extendió la mano sobre la mesa para ponerla encima de la de Della Street.

—Muy bien, Della —dijo—, desde ahora en adelante no nos

preocuparemos tanto por el trabajo. Usted siempre dijo que sería mejor que yo me quedase sentado en la oficina esperando que la gente me trajese asuntos, tal como lo hacen los otros abogados. Pierre tiene razón. Hablamos demasiado de negocios.

Della dijo tranquilamente:

—Es mejor que examine usted el informe de Paul.

Mason iba a decir algo, pero luego, cambiando de idea abrió el informe de Drake y comenzó a leerlo. Estaba cuidadosamente escrito a máquina, y decía así:

RESUMEN

Perry: Éste es un resumen de la información detallada. Encontrará usted las fotografías en las páginas siguientes. Roger Burbank es un financiero. Generalmente no le atraen las inversiones para especular. Fred Milfield y Harry Van Nuys consiguieron que Burbank costeara el proceso de las ovejas de Skinner Hills..., sea lo que fuere eso. Probablemente la idea de usted acerca del petróleo es cierta. No creo que la Policía haya tropezado todavía con Van Nuys. Mis hombres le han localizado en el Cornish Hotel y le vigilan. El crimen fue cometido a bordo del yate de Burbank, a hora temprana de la tarde del viernes. Es un yate a vela de unos once metros de largo. Burbank lo utiliza para descansar, no para hacer cruceros. Generalmente Burbank sale en su yate los viernes por la noche y con la marea alta lo encalla en los bancos de arena, donde se entretiene arponeando tiburones. Cuando baja la marea ancla el yate en el canal, lee, estudia y holgazanea. A veces un joven llamado Beltin, que es un hombre de confianza, va a entregarle algún mensaje de importancia. Algunas veces Milfield ha ido al yate y, aparentemente, esas citas han sido concertadas de antemano. En una ocasión llevó consigo a Van Nuys. Burbank es un ferviente entusiasta de la navegación a vela. Lo único que tolera Burbank a bordo del yate es un bote a motor, con cinco galones de gasolina. Hasta la comida se hace en una estufa de leña. El yate es alumbrado con velas. Cuando fue encontrado el cadáver, éste había rodado hasta el lado de estribor de la cabina, pero hay

pruebas que indican que el crimen fue cometido en el lado de babor y que cuando el yate tocó fondo, con la marea baja, el cuerpo fue rodando hacia el lado opuesto. La muerte fue ocasionada por un solo golpe en el cráneo, y hasta ahora no he podido recoger muchos detalles acerca de la teoría sustentada por la Policía. Una pista importante la constituye la huella sangrienta de un zapato de mujer, impresa en medio del último peldaño de la escalera que va de la cabina a la cubierta. La Policía considera que es una pista de suma importancia. He conseguido los nombres, direcciones, situación del Yacht Club y un plano del yate, todos los cuales se hallan adjuntos al presente resumen, así como los informes de mis empleados. Esto no es nada más que un resumen. Por si fuera necesario estaré a la espera de su llamada. Della dice no sabe cuándo regresará usted.

Paul.

* * *

Mason examinó los papeles agregados al informe de Drake y estudió las fotografías. Della Street lo observaba en silencio, terminando su cocktail, mientras fumaba un cigarrillo.

Pierre trajo la comida, frunció el ceño ante la abstracción de Mason y dijo galantemente a Della Street:

—Daría mi brazo derecho por ser veinte años más joven. No — corrigióse bruscamente—, con veinte años menos, Pierre necesitaría su brazo derecho.

Mason alzó la vista y sonrió.

—Tiene razón, Pierre. Atienda; usted tiene en su escritorio un teléfono de línea extensible. ¿Quiere traérmelo? Deseo hacer una llamada.

Pierre suspiró.

—Siempre los negocios —contestó—. ¡Así era yo también en mi juventud..., pero se trataba de otra clase de negocios, por cierto!

Salió del reservado y pasó por encima del tabique un teléfono portátil de línea extensible. Mason marcó el número de Paul Drake

y acercó sus labios al teléfono de modo que su voz no pudiese ser oída fuera del reservado.

Cuando Drake atendió al teléfono, Mason dijo:

—Hola, Paul. ¿Tiene un lápiz a mano?

—Sí.

—Muy bien, anote esto. J. C. Lassing, L-a-s-s-i-n-g. ¿Lo anotó ya, Paul?

—Sí.

—Muy bien. Se supone que J. C. Lassing alquiló ayer la cabaña catorce del «Surf and Sun Motel». Me gustaría saber mucho más acerca de mister Lassing.

—Muy bien, me ocuparé de eso enseguida.

—Estaba leyendo su informe en este momento —dijo Mason—. ¿Quién descubrió el cadáver, Paul?

—Un criador de ovejas llamado Palermo. Quería ver a Milfield y sabía que se encontraba a bordo del yate de Burbank.

—¿Cómo fue Palermo a bordo? —preguntó Mason.

—Palermo parece bastante tacaño —contestó Drake—. No iba a pagar cincuenta centavos por el alquiler de un bote cuando podía emplear un bote plegable de su propiedad. En el distrito de Skinner Hills hay un lago donde la gente va a cazar patos, y Palermo les sirve de guía y les suministra botes y útiles para cazar mediante el pago de diez dólares diarios. Así que cargó en una camioneta su bote plegable y lo llevó consigo.

—¿Nada más que para ahorrarse cincuenta centavos? —preguntó Mason.

—Eso es lo que él dice. Yo no he hablado con él. Los periodistas dicen que el sujeto parece estar diciendo la verdad. Hay algo más, Perry. Van Nuys dijo a su empleado del hotel que si él no hubiese evitado que mistress Milfield tomase un aeroplano para San Francisco en la tarde de ayer, ella se encontraría en un buen apuro a estas horas. Mi empleado andaba por el vestíbulo del hotel y pudo oír buena parte de la conversación.

—Buen trabajo, Paul. Veré lo que dice Van Nuys acerca de eso.

—Trate de no mezclar a mi empleado en esto, si puede hacerlo.

—Muy bien —dijo Mason—. Póngase en contacto con Lassing. Creo que charlaré con Van Nuys... si es que puedo hacerlo antes

que la Policía. ¿Están en el «Cornish Hotel»?

—De acuerdo con los últimos informes que he recibido, Van Nuys está allí.

—¿Cuándo recibió el informe?

—Hace unos treinta minutos.

—Muy bien —dijo Mason—, lo buscaré. ¿Cómo es que la Policía no le ha interrogado?

—Aparentemente, la Policía no sabe mucho acerca del asunto de Skinner Hills. Recuerde que nosotros empezamos a trabajar en ese caso de las pieles «karakul» y que eso nos dio la pista.

—Muy bien —dijo Mason—. Le llamaré si hay alguna novedad.

—Recibiré informes hasta eso de las dos o dos y treinta —anunció Drake—; pero, por amor de Dios, no me llame después de esa hora, a menos que sea por algo muy importante.

Mason colgó el auricular y echó a un lado el teléfono.

—¿Qué tal la comida, Della? —preguntó.

—Deliciosa. Hábleme de Carol.

—¿Qué quiere saber de ella?

—¿Por qué empujó usted su lengua contra la mejilla cuando regresó?

Mason metió la mano en el bolsillo de la americana y extrajo el rollo de billetes de veinte dólares que Carol le había dado.

—¿Qué es eso? —preguntó Della.

—Dinero para gastos.

—Parece que ella pensó que usted iba a tener muchos gastos.

—¿Verdad que sí?

—¿Y qué piensa usted hacer?

Mason dijo:

—¿A qué hora cierran los Bancos, Della?

—¿Qué quiere usted decir? Oh, ya veo. Hoy es sábado.

—Exactamente. Aquí tenemos quinientos dólares en billetes de veinte dólares. Están rodeados por una tira de papel engomado que tiene el sello de Seaboard National Trust and Savings Bank. Bonitos billetes nuevos..., ¿no es así?

—Piensa usted que Carol sacó del Banco este dinero para gastos antes que...

—Exactamente.

—Pero ella no tuvo noticia del crimen antes del mediodía, ¿no es así?

Mason sonrió.

—No se lo pregunté. Me cuidé de no hacerlo. ¿Qué haría usted, Della, si tuviese que enfrentarse con el problema de procurarse una coartada?

—¿Quiere usted decir si debiera procurarme una coartada sin tener absolutamente nada en qué basarme?

—Sí.

—¡Cielos! No lo sé. Me parecería un problema imposible de resolver.

Mason dijo:

—Aunque uno pudiese disponer de mucho tiempo para pensarlo, no discurriría nada mejor que pretender que ha tenido que asistir a una conferencia política de tanta importancia que las personas de gran influencia que han tomado parte en ella no se atreverían a revelar su identidad, y que hasta negarían haber estado allí. Y luego, si uno pudiese conducir a algún testigo al lugar donde la conferencia se realizó y señalarle los ceniceros llenos de colillas de cigarros y cigarrillos una cesta llena de botellas vacías, cuartos de baño con toallas sucias y, como toque final, «la máquina de afeitar de papá sobre el estante del cuarto de baño», sería, según creo, un trabajo muy artístico.

—Indudablemente.

—Si la Policía descubriese a «papá» justamente en el momento oportuno, y «papá» no pareciera impaciente por establecer su coartada, y solamente lo hiciera después de haber sido presionado y además, con bastante repugnancia metiera la mano en el bolsillo de la chaqueta para extraer una llave de la cabaña donde se supone que se llevó a cabo la conferencia..., sería un buen trabajo para establecer una coartada, ¿no es así?

—¿Cree usted que todo este asunto fue inventado?

—No lo sé. Solamente estoy puntualizando hechos.

—¿No puede la Policía comprobar cada detalle?

—¿Qué quiere usted decir? ¿Puede hacerlo... o bien si lo hará?

—¿Cuál es la diferencia?

—Pregunta: ¿Qué haría usted si fuera un oficial de Policía... y

tuviese que decidir si debe descubrir el secreto que algunos políticos influyentes tratan de mantener oculto?

Della contestó:

—Yo quizá trataría de averiguar la verdad, y luego abandonaría el asunto... rápidamente.

—Exactamente —manifestó Mason.

—Al parecer —dijo Della Street—, Carol Burbank es una chica muy poco corriente.

—O su padre es un hombre muy poco corriente —declaró Mason—. Me interesa averiguar cuál de ellos...; mientras tanto, termine su cena porque va a irse a su casa a dormir un poco.

Della Street sonrió a Mason dijo:

—No me iré si quiere usted llegar antes que la Policía al hotel «Cornish». Una libreta de apuntes podría hacerles falta allí.

Mason sonrió.

—Eso le costará a usted su postre.

—De todos modos, no quería postre.

—Pero le hará subir la presión a Pierre.

Della Street abrió la cartera y empezó a pintarse tranquilamente los labios.

—Uno puede deducir —dijo— que, durante los últimos cuarenta años, la presión de Pierre ha estado bajando y subiendo con intervalos.

—También —comentó Mason— quiere decir que Pierre comenzó a tener presión a los catorce años, más o menos.

—Bueno —anunció Della Street, poniendo en la cartera su lápiz de labios y polvera—, digamos entonces que hace cuarenta y dos años.

Capítulo 8

El «Hotel Cornish» era uno de esos hoteles con pocas pretensiones, y estaba situado en los límites del distrito comercial. El empleado nocturno, un hombre de más de sesenta años, de frente alta y cabello rizado que le asomaba por encima de las orejas, miró a Perry Mason y a Della Street a través de sus lentes y dijo secamente:

—El hotel está lleno. No hay una sola habitación desocupada en la casa.

Mason preguntó:

—¿Se aloja aquí un señor llamado Harry Van Nuys?

—Así es. Van Nuys, de Las Vegas, Nevada, habitación seiscientos dieciocho. ¿Quiere dejarle un recado?

—Desearía que le llamara para decirle que estoy aquí.

—¿Le espera él?

—Exactamente, no.

—Es tarde.

—Sé la hora que es.

El empleado vaciló, luego enchufó una clavija con evidente mala gana y dijo:

—Aquí hay una dama y un caballero que desean verle a usted.

Esperó un momento y volvió la cabeza para preguntar a Mason:

—¿Quiere decirme su nombre otra vez?

—Mason.

El empleado dijo por teléfono:

—Mister Mason... Muy bien. No estaba seguro de si se había acostado o no.

El empleado sacó la clavija del conmutador y dijo con cierta descortesía:

—Pueden subir.

Mason hizo una señal a Della Street.

Era un ascensor automático y, crujiendo y balanceándose, pareció tardar un tiempo interminable en llegar al sexto piso.

Harry Van Nuys estaba esperándoles en la puerta del 618.

Mientras le estrechaba la mano, Mason tuvo la oportunidad de examinarlo.

—Mister Mason, creo —exclamó cordialmente Van Nuys—. ¿Y mistress Mason?

—Miss Street.

—Oh..., perdón. Hagan el favor de entrar. Tendrán que disculpar el aspecto del cuarto. No esperaba visitas y está algo desarreglado. Siéntese en esa silla, miss Street, es muy cómoda. Permítame que quite las revistas y los periódicos.

La voz era suave, agradable, bien modulada y expresiva.

Los ojos eran tan negros que resultaba muy difícil encontrar expresión alguna en ellos, pero la voz compensaba esa falta. Su conversación no era monótona; por el contrario, cada una de sus palabras tenía una expresión sumamente viva. Los movimientos, que hacía para arreglar el cuarto estaban llenos de gracia; acompasados y eficaces.

Mason preguntó con tono de chanza:

—¿Es usted tan hospitalario con todos sus visitantes? Usted sabe que podríamos ser vendedores de libros o andar solicitando donativos caritativos.

Van Nuys sonrió cordialmente:

—¿Y qué hay con que lo sean, mister Mason? Ustedes se han tomado el trabajo de venir a verme a una hora avanzada. Me imagino que esta visita les ha causado un importante sacrificio de tiempo y merecen, pues, que los atienda con la mayor cortesía. Soy vendedor y creo que cualquiera tiene derecho a que se le escuche.

—Bueno —admitió Mason—, en cierto modo quizá tenga usted razón. ¿No sabe quién soy yo..., lo que hago?

—No.

—Soy abogado.

—Mason... Mason... ¿No será Perry Mason?

—Así es.

—¡Claro que he oído hablar de usted, mister Mason! Daphne me dijo que usted había ido a verla.

—¿Daphne? —preguntó Mason.

—Mistress Milfield.

—Oh, sí. A causa de ella le hago yo esta visita.

—¿De veras?

—¿La conoce usted bien?

—Oh, sí.

—¿Y conocía a su esposo?

—Muy bien, por cierto, mister Mason.

—Entonces, ¿por qué cambió ella su propósito de ir a San Francisco en avión el viernes por la tarde? —preguntó bruscamente Mason.

Van Nuys no pudo hablar fríamente aunque sus ojos y su cara parecían los de una máscara.

—Lamento mucho que haya sucedido eso —contestó en un tono de voz que demostraba que estaba verdaderamente turbado—. Pensé que nadie sabía absolutamente nada de ello.

—¿Puedo pedir una explicación? —preguntó Mason.

—Temo que eso no tenga nada que ver con lo que a usted le interesa, mister Mason.

—¿Quiere usted decir que a mí no me importa?

—No, no, por favor, no me comprenda mal, mister Mason. Yo..., yo simplemente no me creo con derecho a ponerle en antecedentes de todas las ramificaciones del asunto.

—¿Por qué no?

—Para empezar, le diré que existe una situación personal. Yo soy quien fue al aeropuerto e hice volver a mistress Milfield. En cierto modo, eso tiene relación indirecta con mi amigo, quien me habría dado o no permiso para referirle a usted el asunto si estuviese vivo, pero en las presentes circunstancias... Bueno, él ya no podrá concederme ese permiso ahora.

—¿Se refiere usted a Fred Milfield?

—Sí.

—¿Está relacionado con él?

—Es un asunto de familia.

Mason dijo:

—Mire, Van Nuys, yo no quiero andar con rodeos. La Policía está investigando un crimen. No va a dejar ningún detalle sin averiguar. Yo estoy investigando ese mismo crimen y tampoco estoy dispuesto a pasar por alto ningún detalle.

—¿Puedo preguntar cómo se enteró usted de lo que sucedió en el aeropuerto? —preguntó Van Nuys.

—Porque estoy investigando el asesinato de Milfield y creo que la suspensión de ese viaje puede tener alguna relación con el crimen.

—No tiene ninguna.

—Preferiría juzgar yo mismo esa circunstancia.

—Todavía no me ha dicho cómo se enteró.

—Exactamente. No voy a decirle cómo me enteré de ello ni cómo sé que usted se relaciona con esa circunstancia. No estoy obligado a hacerlo.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo con usted.

Mason dijo:

—¡Condenado sea! Estoy tratando de decírselo amablemente y usted me obliga a expresarme incorrectamente. Lo que intento decirle es que si no cuenta todo lo que sabe acerca de esto y me da una explicación satisfactoria, entonces mi único recurso será ir a la Policía y dejar que ellos consigan la explicación.

—¿Por qué?

—Porque represento a ciertas personas que tienen interés en que se aclare el misterio de la muerte de Fred Milfield.

—Yo también estoy interesado en lo mismo. Si lo que me pregunta tuviese algo que ver con el crimen, se lo diría.

—Dígamelo, de todos modos —dijo Mason—. Yo decidiré si tiene algo que ver con el crimen.

Van Nuys miró a Della Street y bajó la pierna que tenía sobre la otra; tras un momento, las cruzó de nuevo, extrajo de su bolsillo una pitillera de plata y preguntó a Della:

—¿Fuma?

—Gracias —contestó Della.

Mason también se sirvió un cigarrillo. Encendieron y Mason dijo:

—Este pretexto del cigarrillo debe de haberle dado todo el

tiempo necesario para pensar una explicación.

—Me dio tiempo —admitió tristemente Van Nuys—, pero no me ha enseñado lo que debo hacer.

—Tómese más tiempo —dijo Mason acomodándose en la silla.

—Muy bien —dijo Van Nuys—. ¿Sabe usted algo acerca del pasado de Daphne?

—Nada absolutamente.

—Es una mujer extraña. Tiene cierta inestabilidad emocional.

—¿Qué quiere decir eso?

—Está sujeta a ciertos caprichos emocionales.

—¿Está usted tratando de decirme que es una perdida? —preguntó Mason.

—No, no... Definitivamente, no. Ella..., ella es más bien una gitana emocional.

—¿Qué significa eso?

—Sufre devastadoras tormentas emocionales. Por lo general, se recobra pronto. Son cortas, graves y violentas.

—¿Y en la actualidad sufre una de ellas?

—Sufría una.

—¿Un asunto con usted?

—¡Conmigo! —Van Nuys rió—. No soy más que un amigo de la familia. Nos conocemos demasiado bien. No; era un joven de San Francisco. Ella había resuelto terminar con su esposo. Dejó a Fred la acostumbrada nota que reciben los maridos en tales circunstancias y estaba a punto de marcharse de San Francisco para reunirse con su amante y dejar que Fred consiguiese el divorcio o hiciera lo que se le ocurriese. Así es Daphne. Cuando sufre uno de esos ataques, no repara en las consecuencias. Hay que reconocer que es sincera.

—Habla usted como si esa conducta constituyera una costumbre de mistress Milfield.

—No es precisamente una costumbre —declaró Van Nuys—. Es algo difícil de explicar, mister Mason.

—Así parece.

—Daphne es una mujer que siempre tiene que estar violenta y locamente enamorada de alguien.

—Tiene un marido —sugirió Mason.

—Vamos, vamos, mister Mason, usted es un realista, o debiera

serlo. El matrimonio es una relación atormentadora... Tiene momentos de verdadero aburrimiento. Esto es lo que le sucede a Daphne. No puede sentirse aburrida, y tiene que estar enamorada..., locamente enamorada, y es muy difícil sentir pasión intensa por un marido durante los trescientos sesenta y cinco días del año.

—Parece que usted la defiende mucho —manifestó Mason.

—Quiero que la comprenda.

—Muy bien, haré honor a lo que usted me dice. Ella es una gitana emocional. Estaba a punto de partir para San Francisco. ¿Qué hizo usted?

—Evité que se fuera.

—¿Por qué?

—Porque sabía que sería más desgraciada aún si se iba.

—¿La alcanzó usted en el aeropuerto y le dijo que regresara?

—Así fue.

—De modo que regresó a Los Ángeles con usted. Y después, ¿qué hizo usted?

—Hablé con ella. Le dije exactamente qué clase de tontería había estado a punto de cometer.

—¿Y ella qué hizo?

—Primero lloró, y al final estuvo de acuerdo conmigo y me dijo que yo era el mejor amigo que había tenido.

—¿A qué hora fue eso?

—A continuación de dejar el aeropuerto.

—¿La llevó usted a su casa en automóvil?

—Sí.

—¿Cuánto tardaron en llegar a casa de mistress Milfield?

—De veinte a veinticinco minutos.

—¿Cuánto tiempo permaneció usted en la casa?

—Una media hora o cuarenta y cinco minutos.

—¿Cómo sabía usted que la encontraría en el aeropuerto?

—Ésa es una coincidencia bastante peculiar.

—Las coincidencias peculiares me interesan mucho —manifestó Mason.

—Fred y yo tenemos..., teníamos cierta asociación comercial. Nos repartíamos el trabajo.

—¿Quiere usted decir que trabajaba con Milfield para la Skinner Hills Karakul Company?

—En cierto modo, sí. Mi relación con la compañía era un tanto indirecta.

—¿Qué da usted a entender con eso?

—Bueno, yo estaba..., yo trabajaba en otras cosas además de... Oh, bueno, mister Mason, dejemos eso a un lado. Hay ciertos asuntos comerciales que no puedo discutir.

—Usted quiere decir que estaba trabajando en el negocio del petróleo y...

—Por favor, mister Mason, no ponga usted las palabras en mi boca. Todo lo que puedo decir es que estaba asociado con Fred. Él me pidió que fuese a su casa y que le trajera una cajita que contenía ciertos papeles. Me dijo exactamente el lugar donde la encontraría. Por si Daphne no estuviera en casa, me dio la llave del departamento. Pensó que su esposa pudiese haber salido para hacer compras o cualquier otra cosa.

—¿A qué hora fue eso?

—Un poco después del mediodía.

—¿Por qué no fue el mismo Milfield a buscar los papeles?

—Estaba citado a almorzar, para tratar un asunto de importancia.

—¿Y usted tenía que reunirse con él después del almuerzo?

—No. A eso de las cuatro.

—¿Sabe usted dónde se proponía ir él después? ¿Qué se proponía hacer con los papeles?

—Eran documentos que deseaba mostrar a mister Burbank. Éste le esperaba... a bordo de su yate.

—¿Pero no insistía Burbank en estar solo a bordo de su yate..., no rehusaba ser molestado por asuntos de negocios?

—Por lo general, sí. Pero éste era un caso excepcional. Mister Burbank quería ver a Fred, y, en efecto, le había dicho que fuese en su ayuda.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—Suponga que Roger Burbank no estuvo a bordo de su yate el viernes por la tarde ni tenía intención de estar allí.

Van Nuys movió la cabeza. Tanto su gesto como su sonrisa eran de confianza.

—Creo que llegará usted a saber que eso no es así, mister Mason.

Mason estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea. Reflexionó sobre la contestación de Van Nuys durante unos momentos y dijo:

—Muy bien, usted fue a buscar los papeles. ¿Qué sucedió?

—La nota estaba prendida con un alfiler en el sofá.

—¿Qué hizo usted con ella... leerla y dejarla luego donde estaba?

—Nada de eso. Fred podía llegar en cualquier momento. La quité de allí y me la guardé en el bolsillo.

—¿La nota estaba dirigida a Fred?

—Sí.

—¿Tiene usted la nota?

—Realmente, mister Mason, esta investigación está llegando demasiado lejos, ¿no lo cree así?

—No.

—Esa nota, mister Mason, afecta a la felicidad de...

—Esa nota —interrumpió Mason— es una prueba. Por lo menos, de una parte del caso que yo estoy investigando. Si a usted le interesa evitar la publicidad, creo que será mejor que me suministre la información que necesito.

Van Nuys dudó un momento y miró con gesto de interrogación a Della Street. Ésta le hizo una señal de asentimiento y dijo:

—Es el mejor camino. Debería darse cuenta de ello.

—Oh, muy bien —rindióse Van Nuys—. Quizá, después de todo, sea mejor que los hechos ciertos estén en su posición, mister Mason.

Abrió una cajita, sacó una hoja de papel y se la entregó a Mason.

El abogado pudo advertir que la hoja de papel había estado prendida con un alfiler. De los dos agujeros que tenía en la parte superior y el aspecto arrugado del papel, se deducía naturalmente que había estado prendida en alguna parte.

La nota estaba escrita con tinta y en letra muy igual; decía así:

Querido Fred:

Sé que pensarás que soy muy mala, especialmente por todo lo que ocurrió en el pasado, pero yo no puedo remediarlo. Como te he dicho una docena de veces, no puedo dominar mi corazón. Solamente puedo hacerlo con mis emociones. Pero, sencillamente, no puedo dominar ese algo tan profundo y peculiar que está, quizá, relacionado con la emoción, que está saturado de ella y que, sin embargo, está lejos de ser un simple estado de ánimo.

He reflexionado sobre este paso durante mucho tiempo. Creo que me harás justicia al advertirlo. Pienso, quizá, que has reconocido mis síntomas, pero que temiste diagnosticarlos, tal como yo lo temí al principio. En resumen, Fred: estoy enamorada de Doug, y eso es todo. No es por algo que hayas hecho, ni por algo que hayas dejado de hacer. No hay nada que tú ni yo podamos hacer ahora. Te has portado maravillosamente conmigo y siempre sentiré admiración y respeto por ti. Tengo que admitir que empecé a sentirme solitaria durante las cuatro o cinco últimas semanas, cuando parecía que, durante cada minuto del día y de la noche, estabas ocupado enteramente en ese asunto del petróleo. Pero sé cómo son esos asuntos y advierto que estás trabajando muy bien y que te encuentras en situación de ganar mucho dinero. Te felicito. Está de más decir, Fred, que no necesito un solo centavo. Puedes empezar con los trámites del divorcio, con la separación de bienes o con lo que sea necesario en estos casos. Tu abogado te lo dirá. Espero que siempre podremos ser amigos. Adiós, querido.

Daphne

—Una hermosa nota —manifestó Mason.

—Ella fue sincera..., sincera en cada una de sus palabras —dijo Van Nuys.

—Ya lo creo. ¿Quién es Doug?

—El hombre con quien Daphne iba a encontrarse en San Francisco.

—¡Qué deliciosamente definido! ¿Cuál es el resto de su nombre?

Van Nuys movió la cabeza y dijo:

—Realmente, hay un límite, compéndalo.

—¿Límite para qué?

—Límite para lo lejos que podemos ir, al complicar a otros en este asunto.

—¡Oh, tonterías! Usted está complicado ahora en un caso de asesinato. ¿Quién es Doug?

—Temo no poder tomarme la libertad de suministrar esa información —contestó Van Nuys con tono muy serio y digno.

Mason empujó bruscamente su silla hacia atrás y se puso en pie.

—Muy bien, Van Nuys; gracias por lo que me ha dicho.

—¿Puedo confiar en que lo guardará usted en secreto?

—En absoluto.

—Tenía entendido que lo haría.

—Entonces no comprendió bien.

—Creí que usted dijo que la alternativa era de que daría la información a la Policía.

—Eso es absolutamente correcto.

—No les dará la información, ¿verdad?

—Al contrario, voy a dársela. Lo único que evitaría que lo hiciera sería una sensación muy precisa de que existe alguna razón para no hacerlo.

—Le digo que todo esto no tiene nada que ver con la muerte de Fred. Ésa es una cuestión entre él y..., bueno, entre él y otra persona.

—¿Dice usted que este hombre está en San Francisco?

—Sí.

—¿Escribió alguna vez a mistress Milfield?

Van Nuys evitó la mirada de Mason.

Mason dijo:

—¡Bah! La Policía averiguará todo esto. No hay ningún misterio acerca de ello. Harán que mistress Milfield dé cuenta de todos sus movimientos del viernes por la tarde. Si miente, se verá en un apuro terrible.

—No existen cartas que la Policía pueda encontrar jamás —aseguró Van Nuys.

—¿Quiere usted decir que han sido destruidas?

—Quiero decir que la Policía jamás las encontrará.

Bruscamente Mason extendió el brazo y cogió la cajita que Van

Nuys había colocado al lado de su silla.

—¿Quiere usted decir —preguntó— que las tiene en su poder?

—¡Mister Mason, por favor! Esa cajita es mía.

Mason dijo a Della Street:

—Llame al teniente Tragg.

Hubo un momento de tenso silencio. Della se levantó y dirigióse hacia el teléfono.

Van Nuys esperó hasta que Della hubo alzado el auricular y dijo de repente:

—Cuelgue, miss Street. Las cartas están en el compartimiento derecho de la caja, mister Mason.

Della colgó el auricular. Mason abrió la cajita, sacó las cartas y las miró, introduciéndolas enseguida en su bolsillo.

—¿Qué van a hacer con ellas? —preguntó alarmado Van Nuys.

—Voy a estudiarlas —contestó Mason, y si su opinión me parece correcta y las cartas no se relacionan con el caso, se las devolveré a usted.

—¿Y en caso contrario? —preguntó Van Nuys.

—Me las guardaré —contestó Mason.

Se dirigió hacia la puerta, hizo una pausa y dijo:

—¿Así que cuando usted encontró esa nota, salió a escape hacia el aeropuerto?

—Sí.

—¿Sin concurrir a la cita con Milfield?

—Le llevé los papeles que él necesitaba y luego corrí al aeropuerto.

—¿Dónde se encontró con él?

—Afuera, enfrente de este hotel. Tenía prisa por irse al Yacht Club. Llevaba media hora de retraso. Estaba bastante emocionado.

—¿A raíz de qué?

—Algún problema de negocios. Dijo que alguien había estado mintiendo acerca de él.

—¿Mentiras que habían sido contadas a Burbank?

—Así lo entendí. De cualquier modo, en ese momento yo tenía demasiado en qué pensar para pedirle detalles. Fred sentía mucho apuro porque se había retrasado y temía no encontrar a Burbank... Ése es un punto en el que parece haberse usted equivocado, mister

Mason. Burbank y Milfield tenían una cita a las cinco en el Yacht Club. Exactamente a las cinco, Burbank se dirigía al muelle en su canoa automóvil.

—Ya veo. ¿Así que usted tuvo que esperar en el hotel durante media hora hasta que llegó Milfield?

—Así es..., treinta y cinco minutos, para ser exacto. Estuve de pie afuera, esperando.

—¿Por qué llegó tarde Milfield?

—No lo sé. Estaba terriblemente nervioso.

—¿Y mistress Milfield se encontraba todavía en el aeropuerto cuando usted llegó allí?

—Afortunadamente, sí. No había podido conseguir pasaje, y se había quedado esperando porque le habían prometido asignarle un asiento en caso de que alguien anulara su viaje en el último momento.

—¿Así que usted la llevó en automóvil a su casa?

—Sí.

—¿Le mostró la nota que había encontrado?

—Sí, por supuesto.

—Quiero reflexionar un poco sobre esto.

Van Nuys dijo tristemente:

—Siento mucho, mister Mason, que usted no vea tan bien a mistress Milfield como yo la veo.

Mason dijo:

—Voy a pensar un poco acerca de ella.

—No creo realmente que trate de hacerlo —afirmó Van Nuys.

—Quizás esté usted en lo cierto —admitió Mason—. No quiero ver a las personas como otros las ven, quiero verlas como yo las veo. Buenas noches.

">

Capítulo 9

Mientras esperaban el ascensor, Mason dijo a Della Street:

—Ahora voy a llevarla a su casa y usted se irá a dormir.

Ella rió:

—No sea tonto.

—Está cansada.

—¡No, por favor! Si usted cree que puede ocultarme lo que contienen esas cartas, está muy equivocado.

Mason sonrió.

—¿Quiere devorar todas las líneas?

—Todas —admitió ella—. ¡Por favor!, ¿no tiene usted cierta tolerancia con la curiosidad femenina?

—Estoy tratando de tener tolerancia con el cansancio femenino.

—Ya no me encuentro cansada, en absoluto. La cena ha hecho que me sienta mucho mejor y..., ¡por Dios!, jefe, podría permanecer sentada durante toda la noche escuchando a Van Nuys.

—Van Nuys tiene una voz interesantísima —admitió Mason—. Y eso probablemente indica una personalidad bastante atrayente.

—Una mujer es muy afortunada con un amigo así —dijo seriamente Della—. Alguien que realmente la comprende y simpatiza con ella... y trata de salvarla.

—¿Salvarla de qué? —preguntó Mason.

—De sí misma, por supuesto.

—Evidentemente, Daphne Milfield no quería que la salvaran de sí misma.

—Por supuesto. Pero quiero decir que es magnífico para ella contar con un amigo como Harry Van Nuys. ¿Cuándo va a leer esas cartas, jefe?

Mason sonrió.

—Mañana por la mañana —contestó.

Cruzaron el vestíbulo del hotel.

—Buenas noches —dijo Mason al empleado.

La respuesta del hombre se redujo a un gruñido inarticulado.

—Vamos, jefe, ¿dónde va a leerlas?

—En la oficina, por supuesto.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

Della rió y dijo:

—Ésta es una buena oportunidad. Vamos, encenderemos la luz interior del automóvil y las leeremos allí.

Se sentaron en el coche, uno al lado del otro. Había media docena de cartas, todas escritas con tinta. Las que tenían los sellos más antiguos del correo, llevaban como dirección del remitente el nombre de Douglas Burwell, domiciliado en un hotel de San Francisco. Las más recientes tenían simplemente al dorso las letras D. B. y la dirección del mismo hotel de San Francisco. Las cartas habían sido escritas en un período de seis semanas e indicaban una intimidad progresiva.

—¿Y qué hay? —preguntó Mason a Della Street cuando hubieron terminado de leer las cartas.

—Me parece que se trata de un buen muchacho —anunció Della.

—¿Un muchacho?

—Bueno, él... parece carecer de experiencia en esa clase de asuntos.

—¿Qué la hace pensar así?

—Solamente el modo en que se expresa. La... oh, no lo sé. Parece estar trastornado, y nada más. Es ingenuo e idealista. Nunca habría sido feliz con ella. Van Nuys tenía razón. Habría sido una gran tragedia.

—Bueno —dijo Mason—, vamos a ver lo que dice él mismo en su favor.

—¿Qué quiere usted decir?

—Vamos a llamarle a conferencia telefónica. No tenemos tiempo para ir a entrevistarnos con él. Y aun así, una entrevista no serviría de nada. Vamos a ganar por la mano a la Policía y veremos lo que mister Douglas Burwell puede decir en favor de sí mismo.

Le llamaron desde una cabina de conferencias de uno de los hoteles más importantes y, por la hora, la llamada fue hecha con tanta rapidez que al cabo de pocos segundos la telefonista informó al abogado:

—Mister Mason, en contestación a su llamada a Douglas Burwell... Mister Burwell ha salido de la ciudad por unos días.

—¿Sabe usted dónde podría hablársele por teléfono? —preguntó Mason.

La chica dijo dulcemente:

—Si lo desea, puede usted hablar con el empleado del hotel. El único informe que nosotros podemos dar es que mister Burwell se encuentra fuera de la ciudad.

—Muy bien —manifestó Mason, y por encima del hombro informó a Della Street—: Apostaría a que está en Los Ángeles. ¿Qué quiere apostar, Della?

Un momento más tarde una voz masculina dijo: «Hola».

—Estoy tratando de ponerme en contacto con Douglas Burwell. Es muy importante.

—Está usted en Los Ángeles, ¿no es así?

—Sí.

—Bueno, pues él está allí.

—¿Puede decirme dónde le encontraré?

—En el «Hotel Claymore».

—Gracias —dijo Mason, y colgó—. Ahora bien —dijo a Della Street—: hay una cosa definitiva y cierta. Usted se irá a su casa, para acostarse.

—¿Qué dijeron de Burwell?

—Que está aquí.

—¿Dónde?

—En el «Hotel Claymore».

—No queda a más de dos manzanas —dijo Della, y agregó mientras Mason vacilaba—, y si me voy a casa en medio de todo esto, de ningún modo podré dormir.

—Usted debería aprender a no excitarse por un crimen —le dijo Mason.

—¡Esto no es un crimen! Es un «romance». Esto es algo enteramente distinto. Vamos, jefe.

Capítulo 10

Douglas Burwell era un hombre alto, de unos treinta años, pómulos salientes, grandes ojos negros, cabello oscuro y ondulado y aspecto de tuberculoso. Tenía grandes orejas, el cabello en desorden y, sobre la mesa, colocada al lado del sillón más cómodo que había en la habitación, se veía un cenicero lleno de cigarrillos, ninguno de los cuales había sido fumado hasta más de la mitad.

Su voz demostraba la tensión nerviosa por la cual estaba embargado; sus modales no tenían absolutamente nada de la cordial hospitalidad que había caracterizado a Harry Van Nuys.

—Bueno, ¿qué se les ofrece? —preguntó bruscamente.

Mason, dedicándole una mirada escrutadora, le espetó sin ninguna clase de preliminares:

—Quiero hacerle a usted unas preguntas acerca de mistress Milfield.

Si Mason, sin prevenirle, hubiese golpeado al hombre en el estómago, su reacción no habría indicado una sorpresa o desaliento mayores.

—Acerca de... Acerca de...

—Acerca de mistress Milfield —repitió Mason, cerrando la puerta de un puntapié e indicando un cómodo sillón a Della Street.

—Siéntese, Della.

—Pero si yo no sé nada acerca de mistress Milfield.

—¿Conoce a Fred Milfield? —preguntó Mason.

—Le conozco, sí.

—¿Tiene negocios con él?

—Sí.

—¿Cuándo conoció a la esposa de Fred Milfield?

—Yo..., pues, creo haberla visto sola una vez, mister... ¿Cómo

dijo que se llamaba?

—Mason.

—Solamente la vi una vez, mister Mason. ¿Y puedo preguntar la razón de todo esto? No me agrada que irrumpa usted en mi habitación para interrogarme de esta manera. ¿Pertenece usted a la Policía?

—¿Ha oído usted decir que ha sido asesinado el esposo de mistress Milfield?

—Sí.

—¿Cómo supo que había sido asesinado?

—Ella me lo dijo.

—¡Ah!, ¿entonces usted la ha visto?

El tono de la voz de Burwell era ahora digno y cauteloso.

—Llamé por teléfono a casa de Milfield para tratar de ponerme en contacto con él. Mistress Milfield me contó lo que había sucedido.

—¿Fue ésa la única razón por la cual telefoneó a la casa?

—Sí.

—¿No tiene usted amistad íntima con la esposa de Milfield?

—Mister Mason, le digo que solamente he visto una vez a esa mujer. Me causó la impresión de ser una mujer muy atractiva, pero puedo asegurarle que no podría describírsela. Me entró por un ojo y salió por el otro.

Mason dijo:

—Muy bien. Eso aclara el caso para mí.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Burwell.

Mason contestó:

—Usted puede entablar un buen pleito contra una persona y yo quiero representarle en ese pleito.

—¿Es usted abogado?

—Sí.

—¡Oh! Yo creí que era usted de la Policía.

—No directamente —manifestó Mason—. Pero la Policía, naturalmente, esperará que usted entable una demanda y yo estoy en situación de representarle.

—¡Entablar una demanda! ¿Qué quiere usted decir?

—Es un proceso de falsificación.

Mason metió la mano en el bolsillo y extrajo el paquete de seis cartas.

—Contra la persona que falsificó el nombre de usted en estas cartas —dijo—. Contra la persona que escribió a mistress Milfield estas cartas tan interesantes, algo ingenuas y bastante apasionadas, y que las firmó con el nombre de usted.

La resistencia escapó de Burwell como el aire de un neumático pinchado.

—¡Mis cartas! —exclamó.

—¿Sus cartas?

—Sí.

—Creí que usted había dicho que apenas conocía a la mujer.

—Mister Mason, ¿de dónde sacó usted estas cartas?

—¿Es necesario contestar a eso?

—Sí.

—Me las han dado —manifestó Mason.

—¿Quién?

—Puede haber sido la Policía —contestó Mason— o quizás un periodista o un cliente. No puedo decirle dónde las recibí. Pero sí puedo decirle lo que voy a hacer con ellas.

—¿Qué?

—Voy a entregárselas a la Policía.

—Mister Mason, por favor, no haga eso.

—¿Por qué no?

—Los diarios se enterarían de ellas.

—Yo no puedo remediarlo. No tengo derecho a ocultar pruebas a la Policía.

—¿Pruebas?

—Sí.

—¿De qué?

—Pruebas relacionadas con el asesinato de Fred Milfield.

—Mister Mason, ¿está usted loco de remate?

—No lo creo.

—¿Qué relación pueden tener esas cartas...?

Mason dijo:

—Escuche, Burwell, ¿por qué no habla claro? Mistress Milfield se dirigía a San Francisco para reunirse con usted. Iba a fugarse con

usted. Un amigo la detuvo. Ella...

—¿Que fue un amigo quien la detuvo! —exclamó Burwell.

Mason hizo un gesto de asentimiento.

—No. Eso no fue así. Ella cambió de idea. Me dijo por teléfono que había decidido no ir. Ella..., mister Mason, esto es otra trampa. ¿No está usted tratando de hacerme caer en una trampa?

Mason señaló al teléfono y contestó:

—Llame a mistress Milfield y pregúnteselo.

Burwell saltó al teléfono, luego cambió de idea y dijo:

—No, no... No voy a hacer eso... Ahora no.

—Muy bien —dijo Mason—, hágalo más tarde, entonces. Mistress Milfield salió para ir a San Francisco. Un amigo de su marido la hizo cambiar de idea y entonces usted vino aquí. Fred Milfield había descubierto todo el asunto y se encontraba a bordo del yate de Burbank. Usted, como lo haría todo hombre joven y atolondrado, fue a ver a Milfield allí; discutió con Milfield y él le lanzó un directo. Usted le golpeó y...

—¿Deténgase! —exclamó Burwell—. Usted no tiene fundamento alguno para hacer tal exposición. Fred Milfield no significa nada en mi vida. No quería verle. Yo no tenía razón alguna para verle. Era un esposo duro y tiránico. Hacía caso omiso de las necesidades emocionales de su esposa. La dejaba completamente falta de afecto, mientras él se dedicaba a una eterna persecución del dólar todopoderoso. No merecía besar la orla del vestido de su esposa. Él no era...

Mason le interrumpió:

—Usted ha estado leyendo los romances de la Edad Media. ¿Por qué no lee algo más moderno?

Los ojos de Burwell reflejaban su sufrimiento.

—Muy bien —dijo Mason, mostrando simpatía por la evidente angustia del hombre—; usted vino a Los Ángeles. Se puso en contacto con mistress Milfield. ¿Qué dijo ella?

—Me dijo...

—¿Qué? —preguntó Mason.

—Bueno —prosiguió Burwell—, me dijo que su esposo había sido asesinado, y que yo no debía intentar verla porque la Policía comenzaría a sospechar.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Mason.

—Poco después que yo bajé del tren.

Mason miró disimuladamente a Della Street y dijo con cierta indiferencia:

—Usted vino en el «Lark», ¿no es así?

—Así es.

—¿Telefonó usted a mistress Milfield desde la estación o desde el hotel?

—Desde mi hotel.

—¿Más o menos a qué hora?

—Oh, alrededor de las diez.

—Ya veo —manifestó Mason con mucha indiferencia—. ¿Ella le dijo que su esposo había sido asesinado?

—Entonces, no. No pude encontrarla cuando llamé la primera vez.

Mason volvió a meter las cartas en el bolsillo y preguntó:

—¿Y pudo hablar con ella más tarde?

—Sí. Cuando al fin pude hablar con ella, me participó la muerte de su esposo.

—¿Le dijo que había sido asesinado?

—Bueno, no con esas mismas palabras. Dijo que había sufrido un accidente desgraciado y que había muerto, y que la Policía estaba investigando.

—¿Qué le dijo mistress Milfield que hiciera usted?

—Me dijo que me mantuviese alejado del lugar, que no hiciera ningún esfuerzo por verla, y que regresara en el primer tren a San Francisco.

—¿Y usted no lo hizo?

—No.

—¿Vino usted aquí en el «Lark»?

—Así es.

—Y, tal como yo entiendo su historia, ¿usted telefonó a mistress Milfield tan pronto como llegó a la ciudad?

—Traté de hablar con ella, sí pero no me contestó hasta poco después del mediodía.

—Poco después del mediodía, ¿eh? —repitió Mason con cierto aire de meditación—. ¿No cree usted que fue a eso de la una?

—Oh, no. Era casi justamente al mediodía.

Mason miró a Della Street y dijo con tono indiferente:

—¿Fue ésa la primera noticia que tuvo usted del crimen?

—Sí.

—¿Y ella le puso al corriente de alguno de los detalles?

—Dijo que el cadáver había sido encontrado a bordo del yate de mister Burbank y que yo no debía decir nada acerca de eso.

—¿No regresa usted a San Francisco?

—No. Quiero estar aquí, cerca de ella, por si puedo hacer algo para ayudarla, en caso...

—No hay nada que usted pueda hacer —interrumpió Mason.

—¡Oh, ya lo sé! La razón me dice que así es, pero no puedo tranquilizarme.

—Sigue con la esperanza de que tendrá una oportunidad de verla, ¿no es así?

—Bueno, sí.

—¿Conocía usted —preguntó Mason— a Roger Burbank?

—No.

Mason dijo:

—Quizá me entrevistaste con usted otra vez. Mientras tanto, yo en su caso no haría ningún intento para ponerme en contacto con mistress Milfield.

—Mister Mason, ¿no puede usted decirme cómo se encuentra ella? ¿No puede decirme qué aspecto tiene..., cómo soporta todo esto? Es una tensión terrible. Esto es...

Mason le interrumpió para preguntarle:

—¿Es usted hablador cuando se emborracha?

Burwell rió nerviosamente y contestó:

—No. Me mareo y me duermo.

Había algo de excusa en su contestación.

Mason abrió la puerta para que pasara Della Street.

—Mi consejo entonces —dijo con voz firme, dirigiéndose a Burwell— es que empiece a beber enseguida y que se emborrache completamente. Buenas noches.

Capítulo 11

Las colinas Skinner extendían sus contornos ondulantes debajo del cálido sol de California. El aspecto de la verde hierba primaveral hacía que la tierra pareciese fértil y próspera.

Aproximadamente un mes después, cuando llegase el tiempo seco, el sol tostaría las colinas dándoles un color castaño dorado, y entonces los robles frondosos aliviarían los efectos del resplandor. Pero, por ahora los árboles eran meros accidentes del paisaje y sólo se apreciaba la belleza en los verdes declives.

Mason detuvo el coche en el recodo del camino, en la cima de la cuesta, y dijo a Della Street:

—Bueno, aquí estamos.

—¡Qué hermosura! —exclamó Della.

—Lo es —convino Mason.

—¿Dónde están todas esas ovejas... «karakul»?

Mason sacó unos gemelos de la gaveta del automóvil, abrió la portezuela, bajó del coche y se quedó parado, en pie, a los rayos del sol cálido de primavera. Apoyó el brazo en la portezuela para graduar los gemelos.

—Allí están.

—¿Se refiere usted a aquellas manchitas que se ven allí abajo, en el pasto?

—Sí.

—Déjeme mirar.

Della Street dio media vuelta, sacó los pies del coche, saltó al suelo con un revuelo de faldas y se detuvo al lado de Mason. El abogado le dio los gemelos y se retiró un poco para que Della se pudiese apoyar en la portezuela del coche.

—¡Oh, qué interesante! —exclamó Della Street, mirando a través

de las poderosas lentes—. ¿Así que es de allí de donde vienen nuestros abrigos de pieles?

—Así es.

—O sea que esas ovejas hacen...

—Las ovejas adultas. Con el pelo de las ovejas adultas se hacen mantas, frazadas, alfombrillas y toda clase de cosas. Los abrigos de karakul se hacen con corderos de un día.

—Me parece que es un acto de crueldad con los corderillos —dijo Della.

—Lo es.

—Nunca lo supe antes.

—Por otra parte —manifestó Mason—, si no fuese por la industria de las pieles nadie se dedicaría a la cría de ovejas y los corderos no nacerían..., así que ya ve usted.

—Algo así como aquello de quién vino primero, si la gallina o el huevo.

—Exactamente.

—¿Y qué se propone usted hacer?

Mason contestó:

—Voy a buscar a ese hombre, Frank Palermo, para averiguar lo que sabe..., si es que quiere hablar. Y después iremos a celebrar una hermosa y amigable sesión con nuestros clientes.

Della preguntó:

—¿Cree usted que sus clientes están ocultándole algo?

Mason señaló hacia la carretera sinuosa.

—Si lo que dice Van Nuys es cierto, así es. De acuerdo con los informes que poseo, debemos doblar hacia la izquierda por allí y tomar el camino que se dirige a esa cadena de montañas cubiertas de matorrales.

Della devolvió los gemelos a Mason para que los guardase en el estuche de cuero. Subieron al automóvil y comenzaron a bajar por la cuesta sinuosa.

Pasaron por un puentecillo que cruzaba una zanja. El camino comenzaba a subir. Mason condujo el coche hacia arriba, a lo largo de las extensas pendientes; luego dobló hacia la izquierda, siguiendo por un camino de grava.

—Hay huellas frescas de neumáticos en este camino —anunció

Della—. Parece que se usa bastante.

—Ajá.

—¿Sabe usted qué aspecto tiene Palermo?

—Conozco su tipo.

—¿Qué parece?

—Cabeza de toro, obstinado, astuto, prepotente ojos centelleantes, modales dominadores, y un aliento que está compuesto de una parte de ajo y otra parte de vino agrio.

—Usted lo describe como un sujeto duro de pelar.

—Probablemente me he quedado corto al describirlo. Es justamente el tipo que uno elegiría para encontrar los cadáveres en los casos investigados por otra persona.

Durante varios kilómetros pasaron frente a casitas de aspecto pobre, cabañas sin pintar, que tenían como chimeneas unos tubos de cocina que asomaban por los techos, cabañas desoladas y semiderruidas, que servían de testimonio silencioso de la lucha del hombre contra la pobreza de aquella tierra fértil. Ahora, gracias a las actividades adquisitivas de la Skinner Hills Karakul Fur Company, los dueños de estas tierras las habían vendido a buenos precios, yéndose de allí contentos de poder hacerlo.

El camino de grava ascendía hasta una cumbre, luego bajaba hacia un pequeño cañón. Delante de ellos pudieron ver una cabaña de las mismas características que las anteriores, salvo que una débil columna de humo salía de su chimenea.

—Probablemente está cocinando su comida del domingo —explicó Mason a Della Street.

—¿Es éste el lugar?

—De acuerdo con mi mapa topográfico, sí.

Mason condujo el coche a través de un páramo seco, subió la cuesta que había del otro lado, rodeó un montecillo y dobló de nuevo, entrando en el corral lleno de desechos que circundaba la cabaña.

Inmediatamente detrás de ésta, las altas montañas limitaban el final de las tierras apropiadas para la cría de ovejas. Las montañas estaban cubiertas con chamizas y ramas sueltas de roble mezcladas con plantas de salvia de un color verde grisáceo.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe. Un hombre fornido, de

cara jovial y cabello corto de color gris acero, se hallaba de pie en el umbral. Sus ojos verdes grisáceos centelleaban por el esfuerzo que hacía para concentrarse.

—Ando en busca de Frank Palermo.

—Muy bien. Ha venido al lugar que buscaba. Yo soy Frank Palermo. ¿Qué quiere?

—Yo soy Perry Mason, abogado.

Una súbita explosión de entusiasmo iluminó la cara del hombre. Vino corriendo hacia delante, con la mano extendida.

—¡Mister Mason! Por Dios..., un gran abogado como usted viene a ver a un pobre pastor como yo. ¡Canastos! Apostaría a que su coche cuesta mucho dinero, ¿eh? Pase y traiga consigo a la dama. Tendremos una buena charla... usted y yo. Tomaremos un buen vaso de vino, ¿no?

—No —contestó Mason, sonriendo a Della Street—. Tenemos que hablar aquí mismo. Tengo prisa.

Bajó del coche y estrechó la mano del hombre.

—Pero tomará un vaso de vino, ¿no? Lo traeré aquí.

—Lo siento —contestó Mason—, pero nunca bebo antes del mediodía.

La expresión de la cara de Palermo cambió.

—Tengo un vino muy bueno..., de la clase que no encontrará en ningún restaurante. El vino de los restaurantes es demasiado dulce. Ese vino no sienta bien. Bebiendo buen vino ácido uno se hace fuerte, ¿no?

—Hace bien si uno está acostumbrado a él —contestó Mason—, pero si no, es muy fuerte para tomarlo.

—No es nada fuerte. ¿Quién es la señora? ¿Su esposa?

—Es mi secretaria.

—¡Su secretaria, eh! ¿Y qué hace con usted su secretaria?

Mason sonreía.

—Escribe las cosas que se dicen.

Della Street obsequió a Palermo con una sonrisa.

Los ojos de Palermo pestañearon reflejando la expresión de un hombre de mundo que habla a otro en un lenguaje especial que sólo ellos pueden comprender, y dijo:

—¡Ya entiendo! Ella escribe cosas, ¿no? —y echando la cabeza

hacia atrás, lanzó una sonora carcajada.

Della Street metió subrepticamente la mano en la guantera, sacó su cuaderno de notas taquigráficas y un lápiz, puso el cuaderno sobre la falda de modo que Palermo no pudiese verlo, preparó el lápiz y dijo a Mason:

—Su descripción parece haber sido bastante exacta. ¿Qué tal la halitosis, dio en el clavo con eso? Yo estoy fuera de tiro.

—Tiene usted suerte. Si consigo que se aproxime a usted, sus nervios olfatorios me aclamarán como a un profeta.

Palermo dejó de reír en el acto y sus espesas cejas se bajaron para fruncir el ceño sobre sus pequeños ojos centelleantes, que iban y venían de Mason a Della.

—¿Qué están diciendo? —preguntó.

—Mi secretaria me recordaba —contestó Mason— que tengo una cita esta tarde y que debo apresurarme para llegar a la oficina.

—¿Trabaja usted los domingos?

—A veces.

Palermo dirigió la vista hacia el automóvil.

—Usted gana mucho dinero. ¿Por qué trabaja los domingos?

—Gano tanto dinero —explicó Mason seriamente— que debo trabajar los domingos para pagar mis impuestos a los réditos.

—¡Por Dios! Usted gana mucho dinero..., pero no lo suficiente para pagar los impuestos. Por Dios, es duro eso. ¡Muy duro! Mire, yo tengo una idea para que hagamos mucho dinero. Yo quería verle, por Dios, y ahora usted viene a verme.

—¿Quería usted verme por los terrenos?

—Seguro que por los terrenos. ¿Qué le parece? Usted hace que sus clientes me demanden, ¿eh? Entonces nos hacemos todos ricos.

—¿Cómo? —preguntó Mason.

—Usted prueba que yo no tengo derecho a las tierras, ¿no?

—Usted no tiene ningún título, Palermo.

—¡No, no! Quiero decir que haga lo que le digo. Nosotros lo arreglaremos. Yo le ayudaré a probar que no tengo ningún título.

—¿Quiere usted decir que perderá deliberadamente el pleito?

La cabeza de Palermo hizo un vigoroso gesto de asentimiento. Su mirada era aguda y centelleante.

—Así es.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

Una vez más la mano de Palermo se posó inconscientemente sobre el brazo de Mason, tratando de alejarle del automóvil.

—¿Y cómo? —preguntó Mason.

—Haremos dinero con las ovejas..., con las ovejas para hacer abrigos de piel para las señoras —manifestó Palermo, y una vez más soltó una fuerte carcajada, golpeando a Mason rápidamente en las costillas—. Puede estar seguro de que haremos dinero con las pieles de oveja.

Mason esperó.

Palermo bajó la voz, hasta convertirla en un susurro que olía a ajo, y se inclinó muy cerca de Mason.

—¿Quiere saber una cosa? Hice un contrato con Milfield para venderle mi propiedad por..., bueno, por mucho dinero.

—Pero usted no tiene título de esa parcela de treinta acres.

—¡Bah! Ya conseguiré el título. No se preocupe por mí. Frank Palermo es hombre inteligente. Usted es abogado, pero yo conozco las leyes bastante bien quizá..., ¿eh? Durante cinco años he estado en posesión de esas tierras y he pagado los impuestos. Por eso no pueden hacerme nada. Lo he oído en los tribunales una vez. Mi hermano hizo lo mismo. Cuando vine aquí, decidí ser inteligente como mi hermano.

—Esta vez —dijo Mason— usted fue demasiado inteligente.

Durante un momento, una expresión de antagonismo asomó a los ojos pequeños y hundidos de Palermo; luego su mirada fue otra vez cordial.

—Mire, mister Mason: ¿sabe lo que ocurrió? Anteayer un hombre vino a mi cabaña..., tenía un automóvil grande como el suyo. Dijo: «Palermo, ¿cuánto va a pagarle Milfield por su propiedad?». Yo contesté: «¿Para qué quiere saberlo?». Él replicó: «Porque quizá yo le dé más». «Muy bien —le contesté, y dije—: Yo hago un contrato. Pero Milfield me da dinero en efectivo. Yo lo meto en el bolsillo. Nada dice el contrato acerca de ese dinero».

—¿Le dijo a ese hombre cuánto dinero era? —preguntó Mason.

—Seguro que se lo dije. Mil dólares..., mil dólares en efectivo. Pero el contrato no decía nada de los mil dólares en efectivo. Luego Milfield enseña el contrato a los dueños de las propiedades vecinas

y ninguno de ellos se entera de la entrega en efecto, ¿se da cuenta?

Mason asintió.

—Muy bien; ese hombre dice: «Mire, quizá yo pueda conseguir cinco mil dólares por su propiedad». ¿Se da cuenta? ¡Cinco mil dólares! ¡Qué oportunidad! Yo ya había firmado el contrato. Pero creo que ese contrato no era válido.

—¿Por qué no? —preguntó Mason.

—No había firmado ningún testigo.

—¿Pero usted había firmado?

—Seguro que firmé...; pero, ¿por qué demonios no iba a firmar? Recibí mil dólares en efectivo al firmar..., ¿por qué no?

—Entonces, según entiendo —preguntó Mason—, ¿quiere que yo entable un pleito contra usted para establecer que no tiene título?

—Así es —contestó.

—¿Y hacer que le echen a usted de la propiedad?

La cabeza de Palermo asintió vigorosamente.

—¿Y luego, qué haremos? —preguntó Mason.

—¿Qué haremos? Entonces yo no puedo venderla a Milfield porque no tengo título, ¿ve? Él no puede pedir la devolución de los mil dólares porque no tiene testigos. Yo juro por Dios que él nunca me dio los mil dólares. El precio que él debía pagar es el que figura en el contrato, y no hay testigos. Muy bien. Usted tiene la propiedad. Yo no la tengo. Entonces yo no puedo vender. Y el contrato no es válido porque yo no tengo ninguna propiedad. Usted tiene la propiedad. Se la vende a ese hombre por cinco mil dólares. Usted se queda con la mitad y me da la otra mitad a mí. Todos hacemos dinero, ¿no?

Palermo espiaba ansiosamente al abogado, tratando de ver cómo reaccionaba ante su proposición.

Mason dijo:

—No creo que mi cliente tenga interés en el negocio. ¿Cómo se llamaba el hombre que vino aquí?

—Por Dios, no quiso decirme su nombre. Dijo que su hombre vendría después. Pues yo soy inteligente. Cuando él no miraba, anoté el número de la matrícula de su automóvil..., un coche grande como el suyo, hermoso coche. Tengo el número de la matrícula. Pero ¿qué diablos me interesa que el hombre no haya

querido dar su nombre si tengo el número de la matrícula de su coche?

—¿Eso fue el viernes? —preguntó Mason.

—Sí, el viernes.

—¿A qué hora?

—Por la tarde.

—¿A qué hora de la tarde?

—No lo sé. No uso reloj. Por la tarde, temprano. ¿Ve ese árbol? Cuando vino ese hombre la sombra de ese árbol estaba justamente aquí.

Palermo caminó rápidamente hasta un lugar situado a un metro y cuarto al sur del tronco de un roble y con el tacón de la bota hizo un surco en la tierra.

—Aquí mismo —dijo—. La sombra estaba justamente aquí.

Mason observó el árbol y el ángulo del sol e hizo una señal de asentimiento.

—¿Y usted tiene el número de la matrícula del coche de ese hombre?

—Seguro que lo tengo. Saqué el lápiz y anoté el número del automóvil. Soy un hombre inteligente. Usted es un abogado inteligente. Yo soy un pastor inteligente. Consiga usted esta propiedad. Véndala pronto por cinco mil dólares. Repartiremos el dinero por mitades.

—Y —preguntó Mason mirando rápidamente a Della Street—, ¿nos repartiremos también esos mil dólares en efectivo que usted recibió de Milfield?

Palermo retrocedió.

—¡Oiga! ¿De qué diablos está hablando? Nunca recibí ese dinero. No hay testigos.

Mason soltó una carcajada.

Palermo metió sus dedos regordetes en el bolsillo del chaleco y sacó un pedazo de papel enrollado. Con la letra característica de un hombre que apenas sabe escribir había garabateado unas cifras. Leyó el número de la matrícula: «8P3035».

Mason sonrió, moviendo la cabeza.

—No he venido aquí a hablar respecto a los derechos sobre la propiedad, Palermo. Debe usted ver a un abogado para eso. Vine

para preguntarle sobre lo que ocurrió el sábado por la mañana.

Los ojillos de Palermo se achicaron aún más con expresión de sospecha.

—¡El sábado por la mañana! No sucedió nada. Fui a bordo del yate para ver a Milfield. Estaba muerto. Eso es todo.

—¿Cómo supo usted que Milfield estaría a bordo del yate?

—Porque sabía que estaba allí.

—¿Cómo lo supo?

—Porque él me dijo que estaría allí.

—¿Telefoneó usted a Milfield?

—Así es.

—¿Dijo usted a Milfield que otro hombre había venido a verle?

—Claro que se lo dije.

—¿Y qué dijo Milfield?

—Milfield me dijo que fuese a verlo al yate al día siguiente. Se mostró muy excitado.

—Escuche —dijo Mason—. Si tenía que encontrarse con Milfield a bordo de ese yate el sábado por la mañana, usted tendría algún asunto ya arreglado con él.

Palermo abrió los brazos con gesto de renuncia.

—¿Qué demonios...? Uno no puede sacarle dinero a un muerto. Yo lo sé. Si no hay algo escrito, nada sirve. Un abogado le explicó eso a mi hermano.

—¿Así que es cierto que usted tenía algo convenido con Milfield? —preguntó Mason—. ¿Algún acuerdo a que llegaron por teléfono, algo que habría resultado bien si Milfield hubiese vivido?

—No hay testigos —insistió tenazmente Palermo.

—Muy bien; usted fue a bordo del yate. ¿Qué encontró allí?

—Encontré el yate sin dificultad. Tengo el nombre de ese yate escrito en un papel, ¿sabe? Remé hacia allí. Encontré el yate. Con mi bote di la vuelta al yate. Soy bastante buen remero. Examiné rápidamente el yate y me di cuenta de que no había modo de salir del yate.

—¿Qué quiere usted decir?

—No había ningún bote. Ni un esquiife. Sólo el yate. Cómo podría llegar uno a puerto desde el yate si no había bote, ¿eh? Muy bien; me dije a mí mismo: «El bote no está. Eso quiere decir que los

hombres que estaban a bordo se han ido. Eso quiere decir que Frank Palermo ha hecho un viaje inútil». Me dio rabia. Grité. Nadie me contestó. Muy bien; subí a bordo del yate.

—¿El yate estaba anclado?

Palermo rió.

—El yate estaba encallado en el barro. Cuando un yate está encallado en el barro no puede ir a ninguna parte.

—Pero, ¿había agua alrededor de él?

—¡Oh, seguro! Había agua, pero no la suficiente.

—¿Fue usted en su propio bote?

—Eso es, en mi propio bote. Ahí mismo tengo mi bote plegado. Llevo a los cazadores por el lago en ese bote. ¿Cree usted que voy a pagar el alquiler de un bote teniendo el mío? ¡Qué demonios! ¿Cree que estoy loco, yo, Frank Palermo?

—Estaba pensando solamente en el bote —explicó Mason.

—Muy bien. Ahora ya lo sabe. Era mi propio bote.

—¿Y qué hizo después?

—Bajé las escaleras.

—¿Estaba la escotilla abierta?

—Estaba abierta, sí.

—¿Y qué encontró usted?

—Primeramente, no encontré nada. Luego, miré a mi alrededor y vi a un hombre muerto. Era Milfield. Como un relámpago, una idea acudió a mi mente. «Muy bien; Milfield está muerto, así que no hay testigos. El contrato no es válido sin testigos».

—¿Dónde estaba tirado el cuerpo de Milfield?

—Contra el costado de la cabina.

—¿Contra el lado bajo?

—Seguro.

—¿El yate estaba escorado?

—Claro, había marea baja.

—¿Qué hizo usted?

—Irme enseguida.

—¿Tocó usted algo?

Palermo sonrió.

—Solamente con los pies. No soy ningún tonto.

—Quizá tocó usted la parte superior de la escotilla cuando bajó

a la cabina.

—Seguro.

—¿Dejó allí sus huellas dactilares?

—Bueno, ¿y qué hay de ello? Eso fue por la mañana. El hombre llevaba muerto toda la noche.

—Pero quizá dejó usted sus huellas dactilares.

Palermo alzó la voz:

—Diga, ¿qué ocurre? Quizá quiera usted atraparme para quedarse con esos cinco mil, ¿eh? ¿Qué quiere decir con eso de que quizás haya huellas dactilares?

Mason dijo:

—Sólo estoy tratando de averiguar...

—¡Está tratando de averiguar demasiado! ¿Por qué no quiere hacer un arreglo conmigo? Quizás está tratando de ponerme la soga al cuello para quedarse con la propiedad, ¿eh?

Palermo se volvió bruscamente y se dirigió hacia su cabaña.

—Yo quería sencillamente preguntarle...

Palermo se volvió como un torbellino, con la cara roja de rabia.

—Salga de mis terrenos y váyase al diablo —gritó—. Voy a mi cabaña y volveré con la escopeta.

Mason observó cómo el hombre le volvía la espalda, dirigiéndose a la cabaña.

—Creo, jefe —manifestó Della Street—, que ha obtenido justamente toda la información posible.

Mason asintió sin decir nada y quedóse mirando a la cabaña. Vio cómo el hombre abría de un tirón la puerta plegable, entraba y cerraba la puerta de golpe.

—Será mejor que nos vayamos antes que Palermo salga con la escopeta —instó Della—. Parece medio loco.

Mason dijo:

—Sólo para hacer un experimento psicológico, me gustaría ver si es capaz de salir con la escopeta.

—Jefe, estoy nerviosa.

—Yo también —admitió Mason sonriendo.

—Parece que no sale.

Mason esperó unos treinta segundos, luego anduvo lentamente alrededor del coche, abrió la portezuela y deslizóse detrás del

volante.

Della Street dio vuelta a la llave del contacto.

—¿Quiere usted telefonar a Paul Drake, acerca de ese número de matrícula? —preguntó Della, mirando aprensivamente hacia la cabaña.

Mason apretó los labios.

—No será necesario —explicó—, pues reconocí el número de la matrícula.

—¿De veras? ¿De quién es el automóvil?

—El coche —contestó Mason— es el mismo en el cual di un paseo tan interesante ayer por la tarde. El coche en el cual Carol Burbank me llevó al «Surf and Sun Motel», y luego, de regreso, al pequeño restaurante de adobes.

Capítulo 12

Ya estaba muy avanzada la tarde cuando Della Street y Perry Mason salieron del ascensor y echaron a andar por el largo pasillo. Al pasar por la oficina de Paul Drake, Mason abrió la puerta para meter la cabeza y preguntar a la chica de la centralilla:

—¿Está Drake?

—Sí. Está esperando.

—Dígale que venga a mi despacho. ¿Qué está haciendo usted en la centralilla? Creí que era su día libre.

—La chica que atiende la centralilla los sábados y domingos está en cama con gripe; debo pues, reemplazarla —hizo una mueca y agregó—: De todos modos, mister Drake dice que podré gozar de un permiso la semana próxima para... Aquí viene mister Drake.

Se abrió una de las puertas de las oficinas interiores, y Drake, con su balbuceo característico, dijo:

—Hola, Perry. Me pareció haber oído su voz. Hola, Della. ¿Quiere que charlemos ahora?

—Ajá.

—Muy bien; iré con usted a su despacho, Frances, si hay alguna novedad, estaré en la oficina de mister Mason. Usted tiene el número de su teléfono particular, ¿verdad?

—Sí.

—No me llame por nada, excepto por algo relacionado con ese trabajo que estoy realizando para Mason; en ese caso, avíseme enseguida.

Drake se acercó para tomar a Della del brazo.

—¿Por qué no trabaja usted en una oficina buena? —preguntó Drake a Della—. Nuestras chicas trabajan cinco días a la semana, con una jornada de siete horas.

—Sí, lo he notado. Nos lo acaba de decir Frances.

Drake rió y dijo:

—¡Usted no puede perder!

Mason abrió la puerta de su oficina.

Drake anunció:

—Hay algo nuevo en ese crimen, Perry. ¿Recuerda aquel umbral de la cabina posterior del yate? Se veía en las fotografías.

—Sí, lo recuerdo. ¿Qué hay sobre ello?

—El médico que hizo la autopsia piensa que posiblemente Milfield se produjera la herida fatal al caer sobre el umbral de bronce que separa la cabina principal de la más pequeña.

—En otras palabras: ¿puede haber muerto a consecuencia de una pelea a puñetazos? Entonces ya no sería homicidio en primer grado, sino homicidio involuntario.

—Eso, por supuesto, será cuestión del jurado. La policía seguirá adelante con su teoría de homicidio en primer grado. Usted debe comprender que lo otro es solamente una posibilidad, Perry. Es...

El timbre del teléfono que había sobre el escritorio de Mason sonó con fuerza. Mason dijo:

—Será mejor que atienda usted, Paul. Probablemente es Frances, que quiere suministrarle alguna información.

Drake cogió el teléfono y dijo:

—Hola —luego escuchó atentamente durante casi dos minutos, hizo unas cuantas anotaciones y dijo—: Muy bien. Dígale que espere al lado del teléfono unos cinco minutos.

Drake colgó el receptor y manifestó:

—Hemos localizado a J. C. Lassing, el hombre que alquiló la cabaña doble en el «Surf and Sun Motel». Mi empleado dice que Lassing se halla estacionado fuera de la farmacia desde donde telefonea. Cree que Lassing le dará una declaración escrita.

Mason demostraba estar excitado.

—¿Qué más dice? —preguntó.

Drake continuó:

—J. C. Lassing vive en el número seis mil ochocientos cuarenta y dos de la Avenida La Brea, Colton. Costó algún trabajo seguirle la pista, porque traspuso dos cifras del número de su matrícula cuando se inscribió en el campamento de turistas. Mucha gente lo hace;

aunque estén mirando directamente a un número, suelen trastocar algunas de las cifras al escribirlo, y cuando tratan de recordar el número de una matrícula...

Mason dijo:

—Lo sé.

—Lo que quiero decir —señaló Drake— es que quizá fue accidentalmente el que Lassing diese el número equivocado. Pero quizá también lo hiciera intencionadamente. De cualquier modo, su historia corrobora casi la de Burbank. Dice que alquiló dos cabañas dobles; que su grupo se componía de cuatro personas, y que cree «que dos personas más llegaron después». No quiere dar el nombre de ninguna de ellas.

—¿Dice usted que su empleado puede conseguir una declaración escrita de Lassing?

—Él cree que sí. Lassing está esperándole afuera en su automóvil. Pero hay una cosa que me preocupa, y es por qué me telefoneó antes de tratar de conseguir una declaración escrita. Lassing mencionó casualmente que su grupo se retiró del campamento poco después del mediodía del sábado. Eso no coincidirá con su teoría de la hora, ¿no es así, Perry?

—No. Aparentemente, Burbank no se retiró de allí hasta las cuatro o cinco de la tarde. Llame a su empleada al teléfono, Paul, y trate de que averigüe de Lassing algo más acerca de la hora.

Drake llamó por teléfono a su oficina y dijo:

—Frances, telefonee a Al y dígle que debe averiguar algo más acerca de la hora en que se retiraron Lassing y sus acompañantes antes de tratar de conseguir una declaración escrita de aquél. Y que hable por teléfono apenas averigüe lo que le pido.

Drake colgó el auricular y se volvió hacia Mason. Apenas había empezado a decir algo cuando sonó nuevamente el timbre del teléfono.

Della atendió al teléfono y dijo:

—Sí... Sí, habla miss Street. Un momento. No corte —tapó el transmisor con la mano y dijo a Mason—: Es Carol. Está en la Unión Terminal; quiere saber si usted ha averiguado algo.

Mason hizo un gesto de impaciencia.

—Dígale que estoy esperando una llamada importante; que

espere allí mismo. Que le dé el número para que nosotros podamos llamarla. Tan pronto como desocupemos la línea, quiero preguntarle dónde se encuentra su padre y por qué fue a visitar a Frank Palermo el viernes por la tarde. No le diga eso. Que le dé un número donde podamos llamarla y que deje libre la línea.

Della transmitió el mensaje y colgó.

Esperaron en tenso silencio durante poco menos de un minuto y luego sonó de nuevo. Della atendió y dijo:

—Un minuto, Frances —y pasó el teléfono a Paul Drake.

Drake dijo:

—Hola... Sí, Frances... ¡Diablos! Mire, ¿puede ponerme en contacto con él? Eso ahorrará tiempo... Muy bien; hágalo... ¡Oh, hola!, Al... Eso es lo que me dijo Frances... Cuéntame exactamente lo que sucedió.

Hubo un intervalo de silencio. Luego Drake dijo:

—Un momento, voy a transmitir esa información. No corte.

Drake se volvió hacia Mason:

—Al dice que Lassing le esperaba afuera en su coche mientras él hablaba por teléfono conmigo. Usted me oyó decirle que esperase junto al teléfono por espacio de cinco minutos. Así lo hizo. Luego, cuando Frances le habló para decirle que fuese a preguntar a Lassing sobre la hora. Al salió a la calle. Lassing no estaba allí.

—¿Escapó? —preguntó Mason.

—No. La Policía le detuvo.

—¿Está seguro, Al?

—Sí; un chico le dijo que unos hombres llegaron allí en un coche que tenía una luz roja y una estrella en la portezuela. Uno de ellos bajó del coche y se puso a hablar con Lassing, y luego, repentinamente, sacó un par de esposas, se las colocó a Lassing y...

—¡Esposas! —interrumpió Mason.

—Eso es lo que el chico refirió a Al.

Mason dijo:

—¡Dígale a Al que salga de allí, rápido!

Drake dijo por teléfono:

—Muy bien, Al, vuelva a la oficina..., a toda prisa —y colgó.

Mason recorría la oficina con paso rápido.

Drake dijo:

—No puedo imaginarme que...

—Espere un minuto —interrumpióle Mason, con tono aguzado por la tensión nerviosa—. Déjeme pensar.

Durante unos minutos anduvo por la oficina y de pronto se volvió como un torbellino para preguntar a Paul Drake:

—¿Tiene usted una buena empleada, Paul..., una chica en quien se pueda confiar?

Drake contestó:

—¿Para qué? ¿Quiere una mujer enérgica, una del tipo de sirena o...?

—No; una que pueda acompañar a todas horas a una mujer de la alta sociedad y que no la pierda de vista durante un solo momento del día o de la noche.

—Conozco una joven así, pero necesitaré disponer de un largo rato para encontrarla.

—¿Cuánto?

—Unas cuatro o cinco horas, quizá menos.

Mason movió la cabeza.

—Tenemos que hacer algo en menos tiempo, Paul.

Drake dijo con gesto de duda.

—Conozco una joven así, pero necesitaré disponer que ella sirva para eso.

Mason exclamó:

—¡Maldición, no disponemos de toda la noche!

—¿Puedo hacerlo yo? —preguntó Della.

Mason se volvió para contemplar a Della con aire pensativo.

—Sí —dijo—, usted puede hacerlo... y creo que tendrá que hacerlo.

—¿Qué es?

Mason dijo:

—Cuando salga de aquí, asegúrese de que nadie la sigue. Suba y baje de algunos tranvías y luego tome un taxi. Dígale al conductor que quiere estar absolutamente segura de que nadie la sigue. Él sabrá lo que debe hacer.

Della Street se limitó a hacer una señal de asentimiento.

—Cuando esté absolutamente segura de que nadie la sigue —continuó Mason—, vaya enseguida a la Unión Terminal. Llévase

consigo a Carol Burbank. Dígale que no haga preguntas de ninguna clase y no le dé ninguna información. Llévela al Woodridge. Nosotros conocemos al gerente. Cuando ustedes lleguen allí, ya tendrá todo arreglado. Inscríbase usted con su propio nombre e inscriba a Carol bajo su nombre, pero use solamente sus iniciales. En otras palabras: si el segundo nombre de Carol es Annie, inscribala con «C. A. Burbank...». Eso parece más el nombre de un comerciante que el de una mujer..., ¿me entiende?

De nuevo Della Street hizo un gesto de asentimiento.

—Consiga habitaciones con baño comunicado —prosiguió Mason—. Que haya camas gemelas en su habitación. Después que se haya ido el botones lleve el equipaje de Carol a su habitación. Eche la llave a la puerta de baño para que quede incomunicada la habitación contigua. Mantenga a Carol consigo.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que tenga noticias mías. Saque a Carol y manténgala fuera de la circulación.

Della Street caminó hacia el guardarropa, sacó su sombrero, se lo puso y descolgó su abrigo de la percha.

Paul Drake dijo:

—No me gusta eso, Perry.

Mason contestó irritado:

—¡Maldición!; a mí tampoco me gusta. Si uno pudiese conseguir una mujer que...

—Tenga paciencia, Perry. Ahora no se encuentran mujeres que quieran trabajar. Y puedo dar gracias de que he conseguido algunas empleadas yo mismo...

Della Street anduvo hacia la puerta y vaciló.

—¿Puedo irme ya? —preguntó a Perry Mason.

Mason la saludó moviendo la mano y contestó:

—A ello, Della..., y que tenga suerte.

Capítulo 13

El conductor del taxi dijo:

—Muy bien, señora, puede apostar su último dólar a que nadie la sigue ahora.

Della Street, sentada en el asiento posterior del coche y colocada de tal modo que podía mirar por la ventanilla trasera y al mismo tiempo vigilar el camino que seguían, dijo:

—Supongo que sí.

—¿Adónde vamos? —preguntó el conductor.

—A la Unión Terminal.

El coche dio vuelta a una esquina. El conductor miró a Della Street con sincera aprobación y preguntó:

—¿Qué sucede..., su marido?

Della asintió.

—Un hombre casado con una chica como usted —anunció el conductor con cierta vehemencia— debiera saber lo afortunado que es. Si empieza a portarse mal con usted, deberían darle un puñetazo en el hocico.

Della admitió:

—Quizá yo tenga en parte la culpa.

—¡Usted, la culpa! Un hombre acostumbrado a conducir caballos llega a juzgar muy bien a la gente y a compararla con esos animales. Cualquiera que no pueda llevarse bien con usted merece que se le llame caballo.

—Gracias —contestó Della Street gravemente.

El conductor se movió un poco en su asiento y cuadró los hombros.

—Cuando llegue a la estación, señora, bájese del coche y ocúpese tranquilamente de sus cosas. Si hay alguien esperándola allí

que se atreva a decirle algo, yo evitaré que la moleste.

—Oh, no se trata de eso —manifestó apresuradamente Della Street—. Creo que ya pasó el peligro. Estoy segura de que él no estará allí. No puede saber hacia dónde he ido.

—Bueno no nos ha seguido, si es eso lo que usted quiere decir.

—Eso es lo que quiero decir.

El conductor rió.

—Si algún sujeto ha tratado de seguirnos, a estas horas ya estará en el hospital. Los que estamos acostumbrados a andar siempre mezclados en el barullo del tráfico, llegamos a saber lo que podemos y no podemos hacer, y sabemos conducirnos justamente como debemos para hacer aquello que se puede. ¡Canastos!, tome, por ejemplo, un conductor particular que sale en su coche quizás una vez por semana y que a lo mejor no conduce más de diez o quince horas al mes. Pues bien: ése no sabe absolutamente nada de lo que hace.

—Sí, es de suponer —convino Della.

El coche siguió rodando suavemente y el conductor guardó silencio un rato. Luego, cuando llegaban a la Unión Terminal, el conductor dijo:

—Voy a darle una de mis tarjetas, señora. Si necesita ir a algún otro sitio sin ser seguida, póngase en contacto conmigo. Por lo general, podrá encontrarme en el mismo lugar de hoy. Es mi parada.

—Gracias.

—Y recuerde que nadie le faltará al respeto mientras yo esté cerca.

—Es usted muy amable.

Della Street pagó lo que marcaba el taxi y lo obsequió con una propina de veinticinco centavos y una sonrisa.

El conductor, con una mirada de soñadora abstracción, la contempló mientras entraba en la estación; solamente volvió a la realidad y al reglamento de tráfico cuando la bocina de un coche colocado detrás de él hizo oír su ronca protesta.

Della Street encontró a Carol Burbank en pie al lado de la cabina del teléfono en la sección de la estación de término, reservada para el servicio telefónico y telegráfico.

—Hola —dijo Carol con una rápida sonrisa y la mano extendida en un ademán impulsivo—. Mister Mason telefoneó diciendo que usted vendría a buscarme aquí.

Della Street hizo un ademán de asentimiento y manifestó:

—Mister Mason me ha dado algunas instrucciones bastante definitivas.

—Así me lo dijo.

—Cree que es muy importante que usted haga exactamente lo que él dice.

—Naturalmente —dijo riendo Carol—; si yo he pagado a un abogado para que me diga lo que debo hacer, sería muy tonta si desoyera su consejo.

—¿Dónde está su padre? —preguntó Della.

Carol frunció el ceño.

—Ojalá lo supiese. He estado tratando de hablarle por teléfono.

—¿Fue su padre a Skinner Hills el viernes por la tarde y habló con Frank Palermo?

—¿El viernes por la tarde?

—Sí.

—No, por supuesto. El viernes fue el día de la conferencia política en el «Surf and Sun Motel». ¿No lo recuerda usted?

Della Street dijo con tono muy firme:

—Bueno, usted tiene que venir conmigo...; tendrá que mantenerse fuera de la circulación durante algún tiempo. Éstas son las órdenes del jefe.

—¿Está tratando de aislarme de los periodistas?

—No se lo pregunté —contestó sonriendo Della Street—. Usted sabe que una no hace esa clase de preguntas.

—Sí, es fácil que mister Mason se impaciente algo si uno interrumpe su veloz proceso mental para preguntarle por qué se hace esto o aquello. Muy bien; vámonos.

—Creo que será mejor que tomemos un coche —anunció Della.

Comenzaron a caminar hacia la parada de taxis.

Carol Burbank dijo:

—Voy a ponerme el abrigo y los guantes. El frío viento del Oeste está soplando otra vez esta tarde. Hasta hace media hora teníamos un tiempo tan bueno...

—Yo le tendré la cartera —ofreció Della.

Carol Burbank se colocó el abrigo, abrió la cartera y extrajo de ella un par de guantes. Mientras lo hacía, un trozo de cartón cayó de la cartera al suelo.

Della miró en actitud interrogadora a Carol Burbank y pudo ver que la cara de ésta no había cambiado de expresión. Evidentemente, Carol no había notado la caída de aquel pedazo de cartón.

Della Street se volvió. Un hombre sonriente, que había corrido hacia ellas para demostrar su galantería, saludó y le alcanzó el cartón impreso.

Della Street agradeció con una sonrisa.

Carol Burbank se volvió para mirarla con aire de curiosidad, y Della, movida por algún impulso, metió el cartón en el bolsillo de su abrigo. Nada más llegar a la parada de coches, Della extrajo del bolsillo el trozo de cartón para examinarlo rápidamente.

Era una contraseña de las utilizadas para retirar paquetes del depósito de encargos de la estación.

Della dijo bruscamente:

—Un momento, miss Burbank, quisiera telefonar al jefe. ¿Le molestará esperarme un minuto?

—De ningún modo. Yo la acompañaré.

—Oh, no se moleste. Yo iré sola y...

—No, no. La acompañaré.

—¿Necesita usted hacer algo en la estación?

—No.

—¿No tiene equipaje o alguna otra cosa?

—¡Cielos, no! Vine aquí tan sólo porque era un buen lugar para hablar por teléfono y porque siempre se encuentran coches. En estos días no es fácil encontrar un coche justamente cuando uno lo necesita.

—Sí, ya lo sé. Tuve que esperar uno tanto tiempo hace unos días, que llegué tarde a una cita que tenía con mi peluquero. Discúlpeme un momento, miss Burbank.

Della Street se metió en una cabina telefónica, dejando afuera a Carol Burbank.

Marcó el número del teléfono privado que se hallaba sobre el escritorio de Mason. Oyó cómo era levantado el auricular y la voz

de Mason que decía cautelosamente:

—Hola, ¿quién habla?

—Della.

—Hola, Della. ¿Está bien?

—Sí.

—¿No la siguieron?

—No.

—¿Está segura?

—Completamente.

—¿Tiene a Carol consigo?

—Sí.

—¿Están ya en el hotel?

—No, en la estación de término. Jefe. Carol abrió la cartera para sacar los guantes y se le cayó una contraseña de encargos. Pertenece al depósito de encargos de esta estación. Carol debió de dejar el paquete, o lo que sea, hace una hora o dos...

—¿Dónde está esa contraseña?

—Yo la tengo.

—¿Lo sabe ella?

—No. Todavía no se ha dado cuenta de que la perdió.

—Muy bien. ¿Tiene usted un sobre en la cartera?

—Sí.

—Escriba mi nombre en el sobre y meta la contraseña. Cuando llegue al hotel, deje el sobre en la portería. Yo lo recogeré, iré a buscar el paquete y veré qué contiene. ¿Entendido?

—Sí.

—Muy bien. Cuídese.

—Lo haré. Adiós, jefe.

—Adiós, Della.

Della colgó, luego se volvió en el asiento de modo que no se pudiese ver lo que estaba haciendo. Extrajo un sobre de la cartera, garabateó el nombre y la dirección de Mason, introdujo la contraseña en el sobre y lo cerró.

Se reunió nuevamente con Carol y las dos jóvenes volvieron a la parada de taxis en el momento en que un coche desocupado se acercaba a la acera.

—¿Adónde? —preguntó el vigilante.

Della contestó:

—Vamos juntas. Al «Woodridge Hotel».

—Lo siento, ya no pueden viajar solamente dos personas en un coche, tendrán que permitir que suban otros... ¿Dónde, señor?

La voz de un hombre dijo:

—Yo quiero ir a la calle Once y Figueroa.

—Muy bien, suba —dijo el vigilante, y luego dio instrucciones al conductor—: Lleve a las señoritas al «Wodridge Hotel» y al señor a la calle Once y Figueroa. ¿Algún equipaje?

Nadie tenía equipaje.

El hombre, enseguida, pareció interesarse mucho por sus compañeras de viaje. Sin embargo, nada más haber recorrido dos manzanas, dijo:

—Refrescó súbitamente, ¿verdad?

Carol Burbank sonrió.

—Sí. Pero, al fin y al cabo, eso puede esperarse en esta época del año. Es demasiado pronto todavía para que se establezca el tiempo caluroso.

—Ciertamente hay una gran escasez de carruajes —observó el hombre.

—Así es.

—No es que yo proteste —agregó sonriendo el hombre—, cuando eso me brinda una compañía como ésta. ¿Ustedes son de San Francisco?

Carol miró a Della Street con aire de interrogación. Della sonrió con cierta indiferencia al hombre y contestó sencillamente:

—No. Sin embargo, yo he estado allí.

Su acompañante dijo:

—Yo vivo allí. Es un hermoso lugar. De cuando en cuando vengo aquí en viaje de negocios. Siempre estoy impaciente por regresar. Este lugar es sólo una aglomeración de gente. San Francisco es una ciudad.

—Cuidado —le previno Della Street—, aquí acostumbran a matar a la gente que dice cosas semejantes.

—No puedo evitarlo. Pienso que San Francisco... ¿Ustedes, chicas, no viven aquí en Los Ángeles?

Una vez más Carol miró a Della Street para que acudiera en su

ayuda.

Della rió.

—¿Qué le pasa, teme decir en voz alta su opinión, por si nosotros vivimos aquí?

—Bueno, por supuesto..., no quiero parecer descortés.

—Oh, estoy segura de que la gente que reside en Los Ángeles se acostumbra a oír, a las procedentes de San Francisco, referirse a ellos en términos poco gratos. Pero, ¿no tienen más sol aquí que en San Francisco? ¿No tienen ustedes mucha neblina?

—¡Neblina! —exclamó el hombre—. ¡Si ése es el encanto de San Francisco! Cuando la neblina viene del océano, le reanima a uno. Es muy estimulante. En San Francisco todo es bullicio y movimiento. Aquí, en cambio, la gente parece estar muy aburrida. Ustedes, chicas, no viven realmente aquí, ¿verdad?

—¿Qué le hace pensar que no vivimos aquí? —preguntó Della.

—Tienen demasiada «clase...», demasiada distinción.

—Yo creí que Hollywood era famoso por sus mujeres hermosas.

—Oh, creo que sí, pero ésas son mujeres sintéticas. Ustedes, chicas, son metropolitanas y no se conducen en la forma en que lo hacen las de aquí. No lucen sus vestidos como las de esta ciudad. Ustedes tienen algo..., algo...

—Un aire de afectación urbana —terminó Carol Burbank.

El hombre dijo con cierto entusiasmo.

—Así es, exactamente.

Las jóvenes rieron y, pasado un momento, el hombre rompió a reír, aunque sin mucho entusiasmo.

—Estoy hablando casi en serio —protestó—, y ustedes están incitándome.

El coche se detuvo frente al «Woodridge Hotel».

El hombre dijo con cierto aire de tristeza:

—Siento que su hotel no estuviese más cerca de la calle Once y Figueroa... Bueno, adiós.

Las jóvenes le sonrieron, pagaron al chófer y Della Street entró en el hotel, seguida de Carol.

—Buenas tardes —dijo el empleado y dio a Della una tarjeta para que registrase su nombre.

Della alzó la estilográfica y dijo en voz baja:

—Pertenezco a la oficina de mister Mason. Yo...

—¡Oh, sí! Ya he reservado habitaciones para usted. ¿Usted es miss Street?

—Sí.

Della registró su nombre y después preguntó a Carol Burbank:

—Yo la inscribiré a usted. A propósito, ¿cuál es su segundo nombre?

—Edith, pero lo uso muy pocas veces.

—Está bien —manifestó Della, y escribió en el registro el nombre «C. E. Burbank».

El empleado apretó el timbre con la palma de la mano y llamó: «¡Front!».

Della Street sacó el sobre de la cartera y lo puso en el mostrador.

—Un mensaje para mister Mason —dijo—. Quizás él venga a buscarlo dentro de un rato. ¿Quiere usted...?

—Me ocuparé de que le sea entregado a mister Mason. ¿Vendrá él personalmente a buscarlo o cree usted que enviará un mensajero a recogerlo? Nosotros...

Un hombre que acababa de entrar en el vestíbulo se dirigió rápidamente hacia el mostrador y se aclaró la garganta con aire de importancia.

El empleado se interrumpió para mirar por encima del hombro de Della Street y dijo:

—Un momento, estoy ocupado en atender a estas dos señoritas. Muchacho, ¿quieres llevar a estas damas al seis veinticuatro y seis veintiséis? Abre el baño que comunica las habitaciones y...

—Un momento —dijo el hombre.

A Della Street no le gustó el tono de la voz de éste. Se volvió aprensivamente mientras una mano enorme se volvía del revés la solapa de la chaqueta. Vio un escudo dorado que ostentaba una insignia, un número y unas letras. El afable forastero que había hablado con tanto entusiasmo sobre los encantos de San Francisco, ya no era afable ni cordial como antes. Empujó a Della ligeramente hacia un lado y su mano enorme cayó encima del sobre que aún retenía el empleado, cuya boca quedó abierta por la estupefacción.

Della Street preguntó con tono irritado:

—Por favor, ¿quiere explicarme el significado de esto?

Los ojos del hombre tenían una expresión acerada, dura y vigilante. Con un tono de ofensiva autoridad, contestó:

—Ustedes, chicas, tienen una cita en la Jefatura. El mismo coche en que vinieron está esperando fuera.

Se volvió hacia un hombre vestido de paisano que había llegado con él y agregó:

—Vigílalas, Mac, mientras yo veo qué contiene este sobre.

Mac se acercó mientras el primer oficial extraía la contraseña del sobre. Dejó que el segundo policía la mirase rápidamente, sosteniendo la contraseña en una forma que no permitió que Carol Burbank se enterase de lo que era.

—Muy bien, Mac, yo iré a retirarlo. Tú lleva a las chicas a la Jefatura. Allí nos encontraremos.

Carol Burbank dijo con voz muy firme:

—Supongo que quizás ustedes no saben quién soy. No pueden hacerme esto.

El hombre que se había mostrado tan simpático minutos antes, contempló a Carol con aire de seria autoridad.

—No se engañe pensando que no sabemos quién es usted, miss Burbank. Hacemos esto precisamente porque sabemos quién es. Vamos, suba al coche. ¿O prefiere dar un paseo en el furgón? —preguntó mientras Carol retrocedía.

—Quiero llamar a mi abogado —anunció Della Street con dignidad.

—Seguro, seguro —manifestó suavemente el hombre—, pero no puede hacerlo aquí. No querrá usted que todo el hotel se entere de esto, ¿no es cierto? Vamos. Hay un teléfono en la Jefatura. Tendrá todo el tiempo que quiera para llamar a su abogado cuando llegue allí.

—Quiero llamarle desde aquí —dijo Della, dirigiéndose hacia las cabinas telefónicas— y no me importa que todos se enteren de lo que me pasa.

La mano del policía se crispó sobre el brazo de Della. Tiró de ella hacia atrás, haciéndola volverse.

—Muy bien —dijo—. Ya que usted lo quiere así, tendré que llevarla por la fuerza.

Capítulo 14

El cuarto de la Jefatura de Policía tenía ventanas enrejadas, una mesa limpia, pero bastante usada, casi una docena de sillas, tres grandes escupideras de metal colocadas sobre alfombrillas de goma, y nada más. Era un cuarto sencillo y, evidentemente, se empleaba para un solo propósito. Carecía de adornos y de alegría. Las personas que eran retenidas en ese cuarto se parecían al ganado reunido en el corral del matadero, en espera, simplemente, de que llegue la hora de que las personas que manejan su destino estén dispuestas a recibirlos.

Della Street y Carol Burbank se hallaban sentadas en el extremo más bajo de la mesa, cerca de la ventana. En el otro extremo, entre las jóvenes y la puerta, el oficial de Policía a quien se le habían dado instrucciones para que las vigilase, apoyaba un codo sobre la mesa y los pies en el travesaño de una silla cercana. Las jóvenes podían contemplar su perfil algo carnoso, propio de un hombre que aparentaba tener poco más de cincuenta años.

El correr de los años le había hecho indiferente a la hermosura femenina, y su larga asociación con la Policía, insensible al sufrimiento humano. Sus modales demostraban que se había sustraído a la escena de la cual formaba parte. Su mente estaba muy lejos, ocupada en los porcentajes matemáticos de sus favoritos en las carreras de la tarde siguiente, soñaba despierto con lo que haría cuando estuviese en condiciones de jubilarse, recordaba una discusión que había sostenido con su esposa aquella mañana o pensaba tristemente en las naturales aptitudes con que ella contaba para castigarle con sus epítetos, mientras él no había encontrado respuestas convenientes hasta largo rato después. Su esposa tenía un don en ese sentido. No, ¡maldición!, lo había heredado de su

madre..., debía de ser así. Recordaba algunas de las escenas que había tenido con su suegra, unos diez años atrás. En esa época, Mabel se había sentido muy nerviosa por los continuos ataques de malhumor de la anciana. Fue antes que Mabel engordase. Por cierto, su esposa tenía una buena figura en aquellos días. Al fin y al cabo, él mismo también había aumentado de peso. No podía recordar en qué fecha dejó de jugar a pelota. Perdió la esbeltez cuando así lo hizo. Fue después de una gripe, luego le habían cambiado el horario y...

Della Street dijo con tono firme:

—Insisto en el derecho de usar el teléfono.

El oficial frunció el ceño al ver interrumpidos sus pensamientos. Ni siquiera volvió la mirada hacia Della Street. Dijo, mecánicamente:

—Si sientan su nombre en el registro tendrá derecho a llamar a un abogado.

—Exijo que se me permita llamar a un abogado ahora mismo.

El policía no dijo nada. Frunció el ceño, tratando de recordar qué era lo que había sucedido para obligarle a dejar de jugar a la pelota... si eso había tenido algo que ver con un allanamiento practicado por la Policía. Se preguntaba si fue cuando el capitán tuvo que enfrentarse con un jurado que investigaba la denuncia que había hecho aquella mujer que regentaba la casa de...

Della Street dijo firmemente:

—Insisto en mi derecho de comunicarme con mister Perry Mason, que es, a la vez, mi jefe y mi abogado.

—Eso no le sirve de nada, hermana.

—Muy bien; ya ha oído usted mi demanda. Veremos si me sirve o no de algo. Creo que hay alguna ley que me protege.

—Puede usted hablar con el teniente.

—Muy bien; déjeme hablar con él.

—La verá cuando esté listo.

—Bueno; yo estoy lista ahora, y no estoy hablando al teniente... estoy hablándole a usted.

—Yo no hago más que cumplir órdenes.

—Usted debe saber que puede encontrarse en un apuro. A Perry Mason no le gustará eso.

—Señora, al teniente le importa un comino que a Perry Mason le guste o no.

—Y si no le gusta algo —continuó diciendo Della Street— es muy probable que tome alguna medida acerca de ello. Quizás hasta prefiera hacer una acusación contra usted.

El policía dejó caer los pies al suelo con gran estrépito. Se volvió para mirar a Della Street y dijo:

—¿Me va a acusar a mí?

—Exactamente.

—¿En qué se basaría?

—Por negarse a permitir que me comunique con mi abogado, por no haberme llevado ante el magistrado más próximo sin demora innecesaria.

—Un momento. Usted no está arrestada todavía.

—¿Entonces, por qué me retienen aquí?

—El fiscal del distrito quiere hablar con usted.

—Yo no quiero hablar con el fiscal del distrito.

—Pues tendrá que hacerlo.

—¿Quiere usted decir que estoy aquí como testigo?

—Bueno, en cierto modo... Sí. Se está investigando un crimen.

—Si yo estoy aquí como testigo —dijo Della Street— ustedes tendrán que obtener una orden judicial para retenerme. Si estoy arrestada, deben llevarme ante el magistrado más cercano y más accesible, sin demoras injustificadas.

—Bueno, podría decirse que estamos esperando al magistrado —dijo sonriendo el policía.

—Haga lo que quiera —dijo Della Street—, pero cuando se formulen acusaciones contra usted, no diga que yo no le previne. Usted parece ser un hombre que tiene una larga carrera policíaca. Sería una vergüenza que cometiera ahora alguna tontería que le privase de obtener una pensión.

—Diga: ¿de qué está usted hablando?

—Digo que usted es responsable de la violación de mis derechos, y se le acusará de...

—Oiga, yo no hago más que obedecer las órdenes.

—¿Las órdenes son que debe retenérsese aquí sin permitirme que me comunique con mi abogado?

—Bueno, son que debo retenerla aquí.

Della Street sonrió con aire triunfal.

—Usted sabe lo que dirán los jefes cuando alguien comience a apretarlos. Dirán: «Bueno, dimos instrucciones a ese oficial de que les diese asiento en la antesala; no le dijimos que estaban arrestadas. Creíamos, por supuesto, que ellas estaban dispuestas, voluntariamente, a quedarse allí para ayudarnos a investigar el crimen. Pero no dijimos al oficial que ellas no debían comunicarse con un abogado. Pensamos, por supuesto, que él sabría lo suficiente como para ver que ellas no estaban privadas de sus derechos constitucionales. Si el oficial violó la ley, lo hizo por su cuenta. Nosotros no somos responsables. Jamás le dimos tales órdenes».

El policía dijo:

—Espere un minuto. Usted se parece a mi esposa. Todas las mujeres son iguales.

Empujó la silla hacia atrás frunciendo el ceño y anduvo hacia la puerta. La abrió y se detuvo en el corredor sosteniendo la puerta con la mano de modo que permanecía abierta unos centímetros.

El oficial alzó la voz para llamar:

—¡Pchs, Jim!

Cerró bruscamente la puerta.

Las jóvenes quedaron solas durante unos cinco minutos; luego la puerta se abrió nuevamente y el oficial dijo:

—El teniente les verá ahora.

—Yo no tengo nada que decir a nadie.

—Bueno, usted quería usar el teléfono, ¿verdad?

—Sí.

—No hay ningún teléfono en este cuarto. ¿Quiere usted ir a un cuarto donde haya teléfono, o no?

—Sí.

—Muy bien; venga por aquí entonces.

Las jóvenes se levantaron y siguieron al oficial por un corredor en el que resonaba el eco de sus pisadas. El policía abrió una puerta y, con un gesto evidente de alivio, anunció:

—Muy bien, teniente, aquí están.

El teniente Tragg se hallaba sentado detrás de un sencillo escritorio de roble colocado en un rincón del cuarto. Frente al

escritorio había tres sillas puestas en semicírculo.

—Tomen asiento —invitó cortésmente el teniente Tragg.

Della Street dijo:

—Necesito telefonar a mister Mason.

—Yo necesito hacerle unas preguntas primeramente —luego agregó—: Ahora, escuche. Yo no quiero molestarla, miss Street, pero cuando Perry Mason la utiliza a usted para sacarle las castañas del fuego, no me queda otra alternativa. Voy a relacionar a Perry Mason con lo que ha sucedido, y de la única manera que puedo hacerlo es por intermedio de usted.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Della Street.

—Usted sabe tan bien como yo lo que ha sucedido. Usted y Perry Mason han estado tratando de suprimir ciertas pruebas.

—¡Tonterías! —exclamó Della.

—Usted fue a buscar a miss Burbank para llevarla a un lugar donde no pudiese ser hallada.

—¿De qué está hablando usted? Llevé a miss Burbank a un hotel y la hice inscribir con su propio nombre. ¿A esto le llama usted ocultar un testigo? Todo lo que tenía que hacer era consultar el registro y...

—Sí, lo sé —manifestó Tragg—. Usted lo hizo de un modo muy ingenioso, pero con el propósito de ocultar a esta testigo.

—Trate de probarlo —desafió Della Street.

—Ésa es la parte más desgraciada —dijo Tragg—. Debido a la ingeniosa estratagema de inscribir a miss Burbank con su propio nombre, no puedo probarlo.

—¿Entonces por qué me retiene?

—Pero —agregó Tragg con aire triunfal— puedo retenerla por una cosa... Por tentativa de ocultar pruebas.

—¿Qué pruebas?

Con un gesto súbito y dramático, el teniente Tragg abrió un cajón de su escritorio y extrajo un par de zapatos de mujer.

—Supongo —manifestó— que usted dirá que nunca los ha visto antes. ¿No es así?

—No los he visto —declaró rápidamente Della.

La sonrisa de Tragg era arrogante.

—Desgraciadamente, miss Street, esa historia no coincide con

los hechos. Perry Mason instruyó a miss Burbank para que tomase estos zapatos y, tras envolverlos en un papel de color castaño, los llevara a la sección de encargos de la Unión Terminal y los depositara allí, exigiendo un recibo de ellos. Así lo hizo miss Burbank. Consiguió la contraseña y se la pasó a usted. Usted la recibió, y luego de ponerla en un sobre escribió en él con su propia letra «Perry Mason».

Durante cuatro o cinco segundos, Della Street no dijo nada. Luego preguntó:

—¿Qué ocurre con esos zapatos?

El teniente Tragg alzó una lente de aumento y examinó la unión de la puntera con la suela.

—A esos zapatos no les ocurre nada, miss Street. Están en perfecto estado, pero a usted sí le ocurre algo. Estos zapatos...

La puerta se abrió bruscamente y Perry Mason entró en la habitación.

—Muy bien, teniente, aquí termina su interrogatorio.

Un policía asomó la cabeza por la puerta.

—¿Mandó usted buscarlo? —preguntó.

—No —contestó el teniente Tragg.

El oficial entró en la habitación.

—¡Fuera! —gritó a Perry Mason.

Della Street dijo rápidamente:

—Teniente Tragg, éste es mi abogado. Si debo ser acusada de algún crimen, él me patrocinará. En caso contrario, no tengo absolutamente nada que decir como testigo, y no lo haré tampoco, a menos que se me cite e interrogue en forma legal.

Mason intervino para decir:

—En mi carácter de abogado de estas dos jóvenes, exijo que se las haga comparecer inmediatamente ante el magistrado más cercano y accesible.

Tragg sonreía secamente.

—Desgraciadamente, Mason, hoy es domingo. Temo que no podrá encontrar a ningún magistrado hasta el lunes por la mañana, cuando...

—Se engaña usted —interrumpió Mason—. El juez Roxmann me ha hecho el favor de ir a su despacho. Está sentado allí, esperando.

Tragg empujó lentamente su silla hacia atrás. Suspiró con aire de fastidio.

—Está bien —se rindió—. Esto termina con el asunto.

Mason hizo una señal a Della y a Carol.

—¿Podemos retirarnos? —preguntó Carol.

Tragg no contestó. Mason se acercó a la puerta y la abrió. Della Street salió de la habitación. Carol la siguió. Mientras Mason se disponía a cerrar la puerta, Tragg dijo:

—Miss Burbank estará de vuelta antes de medianoche, Mason, y la próxima vez, se quedará.

Mason cerró la puerta tras sí. No oyó lo que Tragg dijo, o, por lo menos no dio señales de ello.

Capítulo 15

Carol Burbank tomó asiento en la oficina de Mason.

—Oí lo que le dijo el teniente Tragg cuando usted salía de la oficina. ¿De cuánto, tiempo dispongo?

—No lo sé —contestó Mason—. Eso depende de si su padre fue detenido y de lo que haya declarado.

Carol afirmó.

—No creo que puedan atrapar a papá, solamente...

—¿Solamente qué? —preguntó Mason.

Carol agregó:

—Papá está en una situación difícil.

—Dígame algo que yo no sé... Empiece a hablar... Trate de contarme la verdad, por lo menos para pensar.

—Temo hacerlo.

—¡Maldición! —dijo Mason—. Yo soy su abogado. Cualquier cosa que me diga será confidencial.

—Si se lo cuento, usted dejará de representarnos.

—No sea tonta —dijo Mason—. Yo no puedo dejar de representarlos. Hemos arrastrado a Della a este asunto. Tengo que sacarla de él. Cuénteme todo, desde el principio.

Carol anunció:

—Mister Mason, es terrible. Por favor, no me juzgue hasta que termine de contárselo.

Mason hizo un gesto de impaciencia.

—Se relaciona con algo que sucedió años atrás, algo que ha pesado sobre mi padre durante toda su vida. Daphne Milfield lo sabía y lo utilizó para obligar a papá a respaldar a su esposo en ese proyecto de Skinner Hills.

—¿Chantaje? —preguntó Mason.

—No tanto, pero... Bueno, sí, si quiere llamarlo así.

—Creo —manifestó Mason— que necesitaré llamarlo así.

Carol continuó:

—Fue hecho en forma muy ingeniosa. Daphne Milfield llamó por teléfono a papá... Dijo que deseaba renovar una vieja amistad. Por supuesto, ella respetaría el secreto de mi padre. Él podía confiar, absolutamente, en su discreción. Una o dos semanas después, Fred Milfield vino a visitar a mi padre. Dijo que necesitaba que alguien le apoyase económicamente en ese negocio de Skinner Hills. ¡Significaba tanto para él, y Daphne estaba tan deseosa de que él pudiese llevar a cabo el negocio!

—¿Qué sucedió?

—Por supuesto, en un negocio de esa índole, uno no puede dejar que se conozcan sus planes antes de tener todos los detalles dominados. Fred sabía cómo debía manejar el asunto e hizo sus propios arreglos con un hombre llamado Van Nuys, a quien yo no conozco. Milfield y Van Nuys aparentaron estar interesados en las ovejas «karakul», y comenzaron a comprar todas las propiedades. Los campos eran aún mejores de lo que nadie pudo haber anticipado. Mi padre fingió estar cavando un profundo pozo de agua en una de las propiedades. Antes de estar listos, dieron con una capa de arenas petrolíferas.

—¿Entonces Milfield y Van Nuys eran ricos?

—Se habrían hecho ricos con el tiempo. Ésa era la dificultad. Hay una cosa que papá no puede soportar y es la traición. Supo que Fred Milfield había estado engañándole.

—¿Cómo? —preguntó Mason.

—La idea era extender los documentos para guardar las formas legales —explicó Carol—. Pero se harían además pagos en efectivo cuando la compra ofreciera dificultades. Fred comenzó a mentir acerca de eso. Él hacía un pago de mil dólares y le decía a papá que había pagado cinco mil. Dado que los pagos se hacían en efectivo, no figuraban en el recibo de compra; no había forma de fiscalizar lo que hacía Milfield.

—¿Cómo llegó a saberlo su padre?

—Comenzó a sospechar. Así fue cómo el viernes por la tarde fue a visitar a Frank Palermo. Fingió ser otro especulador. Escogió a

Palermo porque sabía que, a pesar de haber firmado él ya un contrato, eso no era un obstáculo para que firmase otro.

—¿Qué averiguó su padre?

—Que Palermo había recibido solamente mil dólares.

—¿Cuánto afirmaba Milfield haber pagado a Palermo?

—Cuatro mil.

—¿Y luego?

—Papá estaba terriblemente enojado. Trató de ponerse en contacto con Milfield y dejó encargo de que le llamase por teléfono al «Yacht Club». También estaba enfadado por algo que había ocurrido. Milfield se ocupaba de transportar ovejas «karakul» en unos camiones que estaban registrados a nombre de papá. Hubo un accidente. La víctima vio el número de la matrícula del camión, y Milfield no hizo nada para arreglar el asunto. Mi padre dio instrucciones a sus abogados a fin de que llegaran a un acuerdo amistoso a cualquier precio. Temía que algún abogado astuto pudiese; bueno, que hiciera lo que justamente hizo usted; averiguar lo que había detrás de todo y comenzar a hacer elevar el precio de algunas de las propiedades que todavía no habían sido compradas.

—Bueno —dijo Mason—, volvamos a Milfield y a su padre. ¿Qué pasó?

—Milfield habló por teléfono a papá en las últimas horas de la mañana del viernes. Papá le explicó lo que había descubierto. Usted advertirá que mi padre podría haber arruinado a Milfield si hubiese podido probar que éste le estafaba. Milfield estaba muy asustado.

—¿Qué dijo Milfield?

—Dijo que llevaría a Palermo al yate y que le haría confesar su mentira. Por supuesto, no logró engañar a papá. Sabía que Palermo diría cualquier cosa por dinero.

—¿Y Milfield fue a bordo del yate? —preguntó Mason.

—Sí. No obstante, no llegó allí hasta una hora avanzada de la tarde.

—¿Qué sucedió?

—Milfield gritó y profirió amenazas, asestó un puñetazo a papá y mi padre le volteó. Subió por la escalerilla, desató el bote de Milfield, subió a la lancha, puso en marcha el motor y vino a puerto. Tenía la intención de hacer detener a Milfield.

—¿Por qué no lo hizo?

—Se puso en contacto conmigo. Yo salté a mi coche y fui a toda velocidad al «Yacht Club». Persuadí a mi padre para que no llamase a la Policía hasta saber en qué estado se encontraba Milfield. La lancha estaba amarrada al muelle. Subí a bordo y escapé hacia el yate.

—¿Qué encontró allí?

—Milfield estaba tirado en el suelo... muerto. Evidentemente, se había golpeado la cabeza contra el umbral de la cabina cuando cayó al suelo.

—¿Por qué no avisó a la Policía?

—No podía... a causa de esa nube que empaña el pasado de mi padre.

—¿A qué se refiere usted?

—Hace algunos años, papá tuvo una pelea con un hombre de Nueva Orleans. El hombre cayó contra un bordillo y se mató. No hubo testigos de la pelea. Mi padre salió bien del asunto, pero si la Policía averiguase su pasado, diría que hubo homicidio premeditado en ambos casos; que papá había golpeado al hombre hasta privarlo del conocimiento y que luego, deliberadamente, le rompió la cabeza contra el bordillo y que hizo lo mismo en ese otro caso.

Mason comenzó a pasearse por la habitación.

—Usted ya conoce el resto del asunto. Yo regresé y dije a mi padre que Milfield estaba muerto. Papá casi se mata esa noche. Luego inventé esta coartada para él. Sabía que Lassing y sus compañeros estaban en el «Surf and Sun Motel». Lassing había telefonado el viernes por la noche y otra vez en la mañana del sábado para tratar de ponerse en contacto con papá. Rogué a Judson Beltin que me llevara a toda velocidad en su automóvil al «Surf and Sun Motel». Tratamos de alcanzar a Lassing antes que se retirase, pero cuando llegamos, Lassing se había ido.

—¿Y entonces qué hicieron?

—Beltin pagó un día más de alquiler por el departamento, pretextando que era uno de los compañeros de Lassing.

—¿Y entonces pusieron allí las colillas y las botellas vacías?

—Sí.

—¿Dónde estaba su padre?

—Oculto en el restaurante donde nosotros le encontramos.

—¿Cómo supo la Policía que su padre estaba allí?

Carol contestó:

—A una hora que había sido cuidadosamente convenida entre nosotros, Judson Beltin telefoneó a la Policía y le dio el dato en forma anónima. Yo quería que la Policía le encontrase allí, que luego entráramos en el momento psicológico y que papá sacase la llave de su bolsillo... Bueno, usted sabe cómo sucedió.

Mason dijo:

—Usted casi consiguió que lo creyesen.

—Lo sé.

—¿Trató usted de preparar a Lassing? —preguntó Mason.

—Sí. Y allí fue donde cometí mi gran error. Hablé por teléfono con Lassing y le pedí que me hiciera el favor de negarse a contestar a las preguntas que se le hicieran acerca de las personas que habían estado con él; que pretextase que eran políticos influyentes; si alguien preguntaba si papá había estado allí, que... Bueno, él no debía decir mentira alguna, pero que sencillamente rehusara contestar dando a entender con su reticencia que papá y algunos asociados habían estado allí y que, simplemente, Lassing no quería dar la información.

Mason dijo:

—Muy bien, volvamos a lo que ocurrió en el yate. ¿Cuánto tiempo después de la pelea con Milfield llegó usted allí?

—Más o menos, una hora después. Estaba en una fiesta.

—¿Dónde se hallaba su padre?

—Quedó en su oficina.

—¿Qué hora era cuando usted llegó al «Yacht Club»?

—No lo sé. Lo único que recuerdo es que aún era de día.

—¿Saltó usted a la lancha, puso en marcha el motor y fue a bordo del yate?

—Sí.

—¿Y encontró el cadáver de Milfield?

—Sí.

—¿Dónde estaba tirado?

—En el suelo. La cabeza estaba a unos cuatro centímetros de distancia de aquel umbral metálico.

—El cadáver no estaba allí cuando la Policía lo encontró.

—Lo sé; el yate se escoró cuando bajó la marea y el cuerpo rodó hacia el lado de estribor de la cabina.

—¿Y qué hay de aquella pisada ensangrentada?

—Yo no supe que había pisado sangre hasta que comencé a subir la escalera. En el mismo instante que puse mi pie derecho sobre el escalón sentí una extraña sensación pegajosa, y al mirar hacia abajo, vi lo que había sucedido.

—¿Qué hizo usted?

—Me quité el zapato..., ambos zapatos y subí en medias por la escalera.

—¿Y luego?

—Cuando salté a la lancha lavé los zapatos. Creí que los había limpiado de todo rastro de sangre. Pero después advertí que no los había limpiado bien. Quedaba un poco de sangre seca en los zapatos, entre la suela y la puntera. No sabía cómo deshacerme de ellos. Decidí entonces envolverlos, llevar el paquete a la sección de encargos de la Unión Terminal y dejarlos allí.

—¿El yate no estaba escorado ni el cuerpo de Fred Milfield había sido movido cuando usted llegó a bordo?

—Así es. El cuerpo estaba allí, con la cabeza casi tocando el umbral.

Mason dijo:

—Tiene que haber una solución para todo este enredo. No por usted ni por su padre, sino por Della.

Mason continuaba paseándose por la habitación. Carol le miraba en silencio. Mason se volvió bruscamente y alzó el receptor del teléfono.

—Ellos no seguían a Della Street —dijo—. Eso quiere significar que la seguían a usted. Habían vigilado todos sus movimientos. Debió de seguirla más de un detective. La contraseña cayó de su cartera. Alguien la cogió, entregándosela a Della. ¿Vio usted hacer eso?

—Recuerdo haber visto que un hombre daba algo a miss Strett.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre?

—Tenía alrededor de cincuenta años y usaba traje gris. Sonreía amablemente y...

—Olvídese de esa sonrisa amable. Era fingida. ¿De qué color tenía sus ojos, de qué color era su cabello?

Carol movió la cabeza con aire de duda y dijo:

—Su nariz tenía un aspecto algo gracioso. Parecía..., parecía bastante ancha.

—¿Parecía estar rota?

—Pudiera ser. Sí, así es.

—¿De qué estatura?

—Estatura mediana.

—¿Pesado?

—Bueno, tenía hombros anchos.

Mason marcó el número de teléfono de Paul Drake.

—Paul —dijo—, necesito que usted averigüe todo lo que sea posible acerca de los detectives policíacos que se ocupan de investigar los homicidios. Necesito saber algo de un hombre que quizá fue boxeador en su juventud. Tiene alrededor de cincuenta años, la nariz rota, hombros anchos, estatura mediana, cutis blanco, traje gris. Abandone todo lo demás y averígüeme cuanto se relacione con él.

—¿Por qué es eso tan importante? —dijo Drake.

—Ése es el hombre que entregó la contraseña a Della Street después que Carol la dejó caer. Tengo que probar que era un detective de la Policía y que la Policía misma puso esa contraseña en las manos de Della. Tengo que probar que eso fue una estratagema policíaca. ¿Me entiende?

—Sí, lo entiendo —contestó Drake con tono de duda—, pero no será fácil. Si usted...

Unos nudillos golpearon impacientes sobre la puerta de la oficina privada de Mason.

Mason colgó tranquilamente el auricular, se encaminó hacia la puerta y la abrió.

El teniente Tragg y dos oficiales uniformados se encontraban en pie en el pasillo. La sonrisa de Tragg era de tranquila confianza.

—Le dije que volvería a buscarla, Mason —declaró—. Y esta vez no le servirá de nada tener un magistrado esperando. Ahora estamos en condiciones para hacer una acusación.

Mason se volvió hacia Carol Burbank.

—Muy bien, hermana —dijo, frunciendo el ceño—; tenía que suceder esto.

Carol dijo a Mason:

—Por favor, busque a papá y...

—No sea tonta —interrumpió Mason—. La razón por la cual Tragg se halla preparado para hacer una acusación contra usted se debe a que él...

—Ha detenido a su padre —interrumpió Tragg, terminando la frase.

—Exactamente —manifestó Mason.

Capítulo 16

El juez Newark presidía la audiencia preliminar contra Roger Burbank y Carol Burbank. La gran cantidad de público que se apiñaba en la sala del tribunal evidenciaba que la gente advertía muy bien el significado y la importancia de esta audiencia.

Como prueba de la importancia que la oficina del fiscal de distrito concedía al asunto, se veía el hecho de que Hamilton Burger, el fiscal del distrito, estaba presente personalmente, asistido por Maurice Linton, uno de los más capaces acusadores adjuntos.

Maurice Linton, un hombre delgado y vehemente, de gestos rápidos y nerviosos y dotes de orador, se levantó para hacer una corta exposición de apertura.

—Señoría —comenzó—: advierto que es un poco desusado hacer una exposición de apertura en una audiencia preliminar de esta naturaleza. Sin embargo, en vista de que nuestras pruebas serán de carácter circunstancial, y como parece evidente por el número de testigos citados y los preparativos hechos por la defensa que se hará una tentativa para que esta causa sea sobreseída al terminar esta audiencia, quiero que el tribunal entienda lo que estamos tratando de probar. Tenemos intención de probar que Roger Burbank tuvo un violento altercado con el occiso en la noche del crimen; que después, la acusada, Carol Burbank, se esforzó en procurar una coartada falsa, por medio de una instigación al perjurio. Nos proponemos probar que en un campamento de automóviles donde se pretende que fue realizada una conferencia política, una colección de botellas vacías presentan las huellas dactilares de Carol Burbank y de Judson Beltin nada más. Probaremos también que el acusado Roger Burbank, hombre fuerte y corpulento, que fue boxeador en su juventud, llevó engañado al occiso y allí le asesinó.

El juez miró a Perry Mason.

—¿Quiere usted exponer algo, mister Mason?

Jackson, sentado a la izquierda de Mason, se inclinó hacia delante y susurró:

—Creo que el juez está impresionado por esa exposición. Será mejor que usted diga algo.

Mason se limitó a mover la cabeza y dijo:

—Esperaremos para ver cómo se desarrolla el caso, señoría.

—Muy bien. La parte acusadora puede llamar a su primer testigo.

El acusador llamó al teniente Tragg, presentó pruebas del hallazgo del cadáver de Fred Milfield, la identificación del cuerpo, la posición en que fue encontrado, el lugar donde el yate estaba anclado; virtualmente todos los elementos necesarios para establecer un *corpus delicti*.

—Puede usted preguntar —anunció Linton.

—¿El crimen fue cometido a bordo de un yate?

Mason parecía repreguntar con mucha indiferencia.

—Sí.

—¿Dónde estaba anclado el yate?

—Creo que si el abogado quiere esperar un poco —manifestó Burger—, esa pregunta será contestada satisfactoriamente. Tenemos algunos testigos que presentarán diagramas, fotografías y mapas.

—Entonces —dijo Mason— creo tener derecho a reservar mis preguntas a este testigo hasta después que aquéllos sean presentados.

—No me opongo —manifestó Burger.

Mason anunció con una sonrisa:

—Eso es todo, teniente.

Burger llamó después a un dibujante, presentó un mapa del estuario mostrando el lugar donde estuvo anclado el yate y el diagrama del interior del mismo, de la cubierta y de la cabina. Luego anunció triunfalmente:

—Puede usted repreguntar.

Mason dijo:

—El yate estaba anclado en el lugar que usted ha marcado con una cruz en la prueba designada con el número uno. ¿Es exacto

eso?

—Exacto.

—¿Qué profundidad tenía el agua en ese punto?

El dibujante sonrió.

—No lo sé. Localicé el yate por triangulación y superpuse la situación en un mapa del estuario.

—Muy interesante. ¿Y no sabe qué profundidad tenía el agua?

—No; soy dibujante..., no buzo.

La sala entera soltó una carcajada.

Mason ni siquiera sonrió y dijo:

—Eso es todo.

El dibujante fue seguido por un fotógrafo que presentó varias fotografías que mostraban el interior de la cabina, el cuerpo de Fred Milfield tirado en el suelo, el yate con el ancla echada, fotografías de la banda de estribor del yate, de la banda de babor, de la proa y de la popa.

—Puede repreguntar —dijo Linton.

Mason inquirió tranquilamente:

—¿Qué profundidad tenía el agua en ese lugar?

Un murmullo corrió por la sala del tribunal.

El fotógrafo contestó rápidamente:

—No lo sé. Yo soy fotógrafo, no buzo.

El murmullo se convirtió en un tumulto de júbilo. El juez golpeó sobre su pupitre para poner orden.

Mason dijo con aire indiferente:

—Eso es todo.

Jackson, algo preocupado, se inclinó hacia delante para susurrar a Mason:

—Creo que la sala entera se está riendo de usted.

—¿De veras? —dijo Mason sin siquiera molestarse en volver la cabeza.

Burger llamó a mistress Daphne Milfield.

Mistress Milfield, ataviada de negro, con los ojos ligeramente inflamados por el llanto, ocupó el banquillo de los testigos.

—¿Es usted la viuda de Fred Milfield, el occiso? —preguntó el fiscal de distrito con esa simpática consideración que siempre demuestran los fiscales de distrito por las viudas en un caso

criminal.

—Sí —contestó ella con una voz casi inaudible.

—Mistress Milfield, ¿conoce usted a Roger Burbank, uno de los acusados en este caso?

—Sí.

—¿Desde cuándo le conoce?

—Hace diez años.

—¿Sabe si Roger Burbank pidió a su esposo que se encontrase con él el día del crimen en algún lugar convenido?

—Sí, mister Burbank telefoneó.

—¿Cuándo?

—A eso de las once y treinta de aquella mañana.

—¿Quién contestó al teléfono?

—Yo lo hice.

—¿Y reconoció la voz de Roger Burbank?

—La reconocí.

—¿La voz que usted conoce desde hace unos diez años?

—Sí.

—¿Y qué dijo mister Burbank?

—Cuando supo que Fred no estaba allí, se mostró muy interesado por ponerse en contacto con él, expresando que quería que Fred fuese a bordo de su yate a las cinco de la tarde para celebrar una entrevista. Dijo también que su yate estaría en el sitio de costumbre y que necesitaba ver a Fred por un asunto de la mayor importancia.

—¿Y está segura de que era Roger Burbank quien hablaba por teléfono con usted?

—Sí.

—¿Comunicó usted aquello a su esposo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Unos veinte minutos después que recibir la llamada.

—¿Cómo?

—Mi esposo llamó por teléfono para decirme que no vendría a cenar y que quizá no volviese hasta después de medianoche.

—¿Y usted le dio el recado de Roger Burbank?

—Sí.

—Si algo dijo su esposo, ¿qué fue ello?

—Me contestó que ya había hablado por teléfono con mister Bur...

—Protesto —intervino Mason— porque considero que esa pregunta es inadmisibile en derecho, inaplicable e inútil, porque no forma parte del *res gestae*, y, por tanto, la testigo sólo sabe de oídas lo que iba a contestar.

—Ha lugar a la protesta —dispuso el juez Newark.

—Puede repreguntar —anunció Hamilton Burger.

Jackson se inclinó hacia delante para susurrar a Mason:

—Ese punto de que «ella conoce a Burbank desde hace diez años» es una trampa. Espera que usted se meta en ella para sacar a relucir ante el tribunal el antiguo expediente.

Mason hizo un gesto de asentimiento y preguntó a la testigo:

—¿Afirma usted que conoce a Roger Burbank desde hace diez años, mistress Milfield?

—Sí —contestó ella en una voz que era apenas poco más que un susurro.

—¿Y le ha conocido usted bien?

—Muy bien.

—¿Estuvo él en Los Angeles todo ese tiempo?

—No.

—¿Dónde le conoció por primera vez?

—En Nueva Orleáns. Yo practicaba un poco el remo y mister Burbank era un remero entusiasta. Por esa circunstancia nos conocimos. La primera vez que le vi, yo remaba hacia un yate de mister Burbank que iba en otro bote, y comenzó a perseguirme en una carrera.

—¿Conoció usted a mister Burbank antes de conocer a su esposo?

—Sí.

—¿Se puso su esposo en relación con mister Burbank por mediación de usted?

—Creo que sí.

—¿Transcurrió un intervalo de algunos años durante los cuales usted no viera a mister Burbank?

—Sí.

—¿Y después usted le habló por teléfono?

—Lo hice.

—Usted mencionó su antigua amistad con él, ¿no es así?

—Sí.

Una expresión de satisfacción triunfante comenzaba a manifestarse en la cara del fiscal de distrito.

—¿Quiere decirme justamente lo que dijo a mister Burbank?

Mistress Milfield miró al fiscal de distrito, recibió de él una mirada que podría haber sido una señal y contestó, rápidamente:

—Me costó cierto trabajo convencerle de que yo no diría nada acerca de la situación apurada en que él se había encontrado en Nueva Orleáns cuando mató a un hombre de un puñetazo.

El juez frunció el ceño.

Mason, sin cambiar su voz en absoluto, preguntó:

—Pero no obstante esa promesa, ¿usted se lo confesó a su esposo?

—Bueno, ya se lo había dicho a Fred.

—¿Y se lo refirió también a alguno de los socios comerciales de su esposo..., Harry Van Nuys, por ejemplo?

—Sí, se lo dije.

—¿A alguien más?

—No; a ellos dos solamente.

—¿Y lo hizo para que ellos pudiesen obligar a mister Burbank a ayudarlos económicamente?

—¡No, en absoluto!

—Entonces, ¿por qué se lo contó?

—Solamente porque creí que mi esposo tenía derecho a saberlo.

—¿Y a Van Nuys? ¿Creyó que él tenía también derecho a saberlo?

—Es evidente —protestó Burger— que este interrogatorio ya está yendo demasiado lejos, señorita.

Mason dijo:

—De ningún modo, si el tribunal me lo permite. La Sala se habrá dado cuenta de la vehemente alegría con que la testigo se internó en la discusión del pasado de Burbank. Yo estoy ahora demostrando su intención, así como pidiéndole que reflexione sobre la respuesta que estaba tan interesada por consignar en el sumario.

—Es natural que la testigo tenga ese interés —dijo Burger—. Al fin y al cabo, este hombre asesinó a su esposo.

—Y es justo que yo tenga la oportunidad de demostrar hasta dónde llega ese interés —manifestó Mason.

—Conteste la pregunta —instruyó el juez—. La pregunta era sobre si usted pensaba que un hombre llamado Harry Van Nuys tenía derecho a conocer ese apuro en que se había encontrado Burbank.

—Bueno, Van Nuys era socio comercial de mi esposo.

—¿Y tenía, por tanto, derecho a saberlo? —preguntó Mason.

—En cierto modo, sí.

—Porque usted consideraba que la información era un capital negociable, ¿verdad?

—¡No! No, en absoluto.

—Pero la información fue utilizada como capital negociable, ¿no es así?

—¿Por quién?

—Por su esposo y por Harry Van Nuys.

—Esto se refiere a lo que sabe de oídas la testigo —protestó Burger—. Ella no sabe nada de lo que sucedió entre su esposo y Burbank, excepto por lo que su esposo puede haberle dicho. Más aún: se refiere a una conversación entre marido y mujer.

—La pregunta era sobre si ella sabía —manifestó el juez—. Se refiere a su propio conocimiento del asunto.

—No lo sé... por mi propio conocimiento —dijo dulcemente mistress Milfield.

—¿Antes de esa conversación que usted tuvo con Burbank, su esposo nunca se había encontrado con él?

—No.

—¿Ni con Harry Van Nuys?

—No.

—Pero una semana o diez días después que usted les puso al corriente del pasado de Burbank, ellos se habían encontrado con él y se habían arreglado para que les costeara una importante aventura comercial, ¿verdad?

—Creo que mister Van Nuys nunca se encontró con Burbank.

—¿Su esposo manejó el asunto para conseguir el apoyo

económico?

—Sí.

—Por tanto, no había razón alguna para que Van Nuys viese a mister Burbank, ¿verdad?

—Bueno..., no.

—Así pues, la única razón por la cual su esposo fue a ver a Burbank era para conseguir dinero.

—Respaldo.

—¿Respaldo económico?

—Sí.

—¿En forma de dinero?

—Sí.

—Ahora bien —dijo Mason señalando con el dedo hacia la testigo—: ¿discutió usted con su esposo porque él se había aprovechado de una situación que usted le había confiado; porque él había hecho víctima de un chantaje a Burbank para que le adelantase dinero y...?

—Señoría —protestó Burger, poniéndose en pie—, esa pregunta es inadmisible en derecho, inaplicable e inútil. Más aún: se refiere a una comunicación privilegiada entre marido y mujer, no se relaciona en absoluto con ninguna de las preguntas formuladas en el interrogatorio directo, y me opongo a ella por no ser una pregunta conveniente.

—Ha lugar a la protesta, a causa de la comunicación privilegiada —dictaminó el juez.

Mason dijo:

—Bien, mistress Milfield, dirigiré su atención hacia el sábado en que fue descubierto el cadáver. Usted estaba en su departamento a esa hora y yo fui a visitarla allí, ¿no es así?

—Sí.

—¿Había estado usted llorando?

—Protesto por ser una repregunta impropia —manifestó el fiscal de distrito.

—Puede demostrar inclinación —señaló Mason al tribunal.

—No ha lugar a la protesta.

—¿Fui yo a verla allí? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y había estado usted llorando?

—Sí.

—Y mientras yo estaba en su departamento, el teniente Tragg, de la división de Homicidios, llegó allí, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y yo le dije que el teniente Tragg pertenecía a la división de Homicidios y le pregunté a usted si conocía a alguien que hubiese sido asesinado y usted dijo: «Nadie, excepto quizá mi...», y se detuvo. ¿No dijo usted eso?

—Sí.

—¿Y pensaba usted que había sido su esposo?

—Sí.

—¿Qué le hizo pensar que se trataba de su esposo, mistress Milfield?

—Porque..., porque no había vuelto en toda la noche, porque sabía que había tenido un disgusto con Roger Burbank y éste creía que mi esposo era culpable de falsificar sus cuentas.

—Eso es todo —contestó Mason.

La ampliación del interrogatorio por parte de Burger fue triunfal.

—Y mister Mason —dijo a la testigo—, convirtiéndose en el campeón de su causa nada más que porque el teniente Tragg estaba abajo, aconsejó a usted que empezara a pelar cebollas para explicar así por qué estaban sus ojos inflamados, ¿no es cierto?

Mason dijo:

—Así lo hice.

—Conteste la pregunta —dijo Burger a la testigo.

—Sí.

—Ahora bien, ¿por qué hizo eso mister Mason?

El juez miró a Mason y dijo:

—Creo que esto es objetable, mister Mason, por no ser una ampliación interrogatoria conveniente y por apelar a una conclusión de la testigo... en caso de que usted piense objetar la pregunta.

—No pienso objetarla —dijo Mason—. Estoy muy de acuerdo en que parezca que yo di a esta joven señora un consejo gratuito que le serviría para...

—Para salvar su cara —dijo Burger sonriendo.

Mason sonrió también y dijo:

—No para salvar su cara, fiscal, sino solamente para explicar el aspecto de su cara.

Se produjo una explosión de carcajadas en la sala.

El juez, sonriendo también, golpeó en su pupitre para imponer silencio.

—¿Alguna otra pregunta ampliatoria? —preguntó.

—Ninguna, señoría.

—¿Otra pregunta ampliatoria? —preguntó el juez a Mason.

—Ninguna —contestó Mason.

—La testigo puede retirarse. Haga comparecer a su próximo testigo, mister Burger.

Burger, con el ceño muy fruncido, anunció:

—Señoría, voy a llamar a mi próximo testigo en condiciones no muy usuales, pero creo que podré relacionarlo con otras pruebas, si el tribunal me lo permite.

—Muy bien.

—J. C. Lassing —llamó Burger.

Mister Lassing, un hombre de espalda encorvada, aspecto muy abatido y que representaba tener cerca de sesenta años, ocupó el banquillo de los testigos evitando con gesto de pena mirar a los acusados.

—Su nombre es J. C. Lassing. Usted es contratista, perforador de pozos petrolíferos, y reside en el seis ocho cuarenta y dos de la Avenida La Brea, Colton, California, ¿no es así? —preguntó Burger.

—Sí.

—Ahora bien, el sábado en cuestión, cuando fue descubierto el cadáver de Fred Milfield, usted estaba en Santa Bárbara o cerca, ¿no es así?

—Sí.

—¿En la noche del viernes anterior, usted había ocupado las cabañas trece y catorce en el «Surf and Sun Motel», situado en el camino principal de la costa, entre Los Ángeles y San Francisco?

—Sí.

—¿Está eso a corta distancia de Santa Bárbara..., entre Ventura y Santa Bárbara?

—Sí.

—¿Y se comunicó con alguien mientras estuvo allí?

—Sí.

—¿Una comunicación telefónica?

—Sí.

—¿Con quién?

—Protesto —dijo Mason—. Eso pregunta es inadmisible, inaplicable e inútil.

—Ha lugar a la protesta.

—¿Fue con alguno de los acusados?

—Sí.

—Entonces le preguntaré de qué trataron en esa conversación.

—La misma protesta —manifestó Mason.

—Si resulta que esa conversación se mantuvo con uno de los acusados, mister Mason...

Mason dijo:

—Si la Sala me lo permite, diré que es perfectamente lógico que el abogado pregunte a este testigo si reconoció la voz de cualquiera de los acusados y si alguno de ellos admitió algo por teléfono. Pero en cuanto se refiere a algo que este testigo pueda haber dicho a los acusados, es enteramente inadmisible, inaplicable e inútil.

—Creo que eso es justo —determinó el juez.

—Pero, señoría —protestó Burger—, yo necesito relacionar todo esto. Es imprescindible demostrar que, a causa de esa conversación, los acusados sabían dónde se alojaba este testigo, sabían que estaba en el «Surf and Sun Motel».

—¿Y qué tiene que ver eso con este asunto? —preguntó el juez.

—Lo relacionaré con mi próximo testigo.

—Bien —dijo el juez con cierta vacilación—, admitiré que formule usted la pregunta si la cambia en forma tal que solamente se refiera a este punto específico.

—Muy bien, señoría —manifestó mister Burger—. Mister Lassing, le pregunto si se comunicó con el acusado o con su oficina, y si le dijo dónde se alojaba usted.

—Me puse en comunicación con su oficina.

—¿Con quién habló usted?

—Con mister Judson Beltin.

—¿Quién es mister Beltin?

—Es el secretario de Roger Burban..., algo así como un gerente.

—Usted sabe eso, ¿no?

—Sí.

—¿Por propio conocimiento?

—Sí.

—¿Ha tenido usted tratos comerciales con mister Burbank por intermedio de mister Beltin?

—Pregunté a mister Beltin si yo podría conseguir los contratos para la perforación de los pozos en los terrenos de Skinner Hills. Le dije que estaban en el «Surf and Sun Motel», que me quedaría allí hasta el mediodía y le pedí que se pusiera en contacto conmigo si tenía alguna respuesta definitiva que darme. Él me dijo que...

—Realmente, no creo que ganemos nada con oír la conversación de mister Beltin —dictaminó el juez—. Presumo, señor fiscal de distrito, que usted cree que después mister Beltin comunicó esa información a uno de los acusados o a ambos y que eso tiene alguna relación con el caso.

—Sí, señoría.

—Dejaré que la respuesta llegue hasta ese punto, pero no creo que la conversación entre mister Beltin y este testigo sea pertinente.

—Muy bien, señoría. Ahora le preguntaré, mister Lassing, a qué hora se retiró del «Surf and Sun Motel».

—Alrededor de las diez de la mañana.

—¿Cuándo mantuvo esa conversación con mister Judson Beltin?

—A eso de las cuatro y cuarenta y cinco de la tarde del viernes; también hablé con él el sábado.

—¿Había algunas otras personas ocupando las dos cabañas con usted?

—Sí.

—¿Quiénes eran?

—Algunos de mis asociados...: un perforador y un geólogo, un hombre que suele proporcionarme alguna ayuda económica y otro que está interesado en mis negocios.

—¿Usted había estado investigando los campos petrolíferos de Skinner Hills?

—Sí.

—¿Cómo sabía usted que eran terrenos petrolíferos?

—Bueno —dijo Lassing rascándose la cabeza—, lo sabía y no lo sabía. Se me ocurrió pensar que así era. Vi que Milfield y Burbank se asociaban para comprar muchos terrenos. Los que nos dedicamos al negocio del petróleo vigilamos siempre los movimientos en gran escala en los terrenos petrolíferos en potencia. Ellos habían organizado una compañía de pieles de «karakul», pero a mí no pudieron engañarme.

—¿Así que usted fue allí y examinó el terreno? —preguntó Burger.

—Sí.

—Ahora bien, mister Lassing: ¿tuvo usted alguna conversación con alguno de los acusados, referente al hecho de que usted se había alojado en el «Surf and Sun Motel», cuando usted se retiró de allí?

Lassing se movió inquieto y luego contestó:

—Sí.

—¿Con quién?

—Con Carol Burbank.

—¿Qué dijo usted?

—Presumo —dijo el juez Newark— que el fiscal de distrito entenderá que esta pregunta no debe significar un llamamiento a cuestiones extrañas, sino solamente a alguna declaración que se relacione con el caso.

—Sí, señoría.

—Conteste la pregunta.

—Carol Burbank —declaró Lassing— me preguntó si yo diría que..., bueno, si me negaría a dar los nombres de las personas que habían ocupado las cabañas conmigo, si haría aparecer como si yo tuviese algo que ocultar... Simplemente, me pidió que yo no diese ninguna información acerca de quiénes eran.

—¿Y qué hizo usted?

—Acepté.

—¿Son éstos —preguntó Mason con cierto desdén— los fundamentos sobre los cuales va usted a basar un cargo de instigaciones al perjurio?

—Sí —contestó Burger.

Mason sonrió y dijo:

—Ella no pidió al testigo que cometiese ningún perjurio.

—Creo que sí —manifestó Burger.

—Los abogados deben suspender la discusión —dictaminó el juez—. Continúe con su interrogatorio, mister Burger.

—Eso es todo.

—¿Desea repreguntar, mister Mason?

Mason sonrió y dijo:

—Sí, señoría. Mister Lassing, voy a preguntarle si Carol Burbank, en algún momento, le pidió a usted que testimoniase sobre algo que era falso.

—En realidad, no.

—¿Le pidió ella que hiciera alguna declaración falsa?

—No. Pidió que me mantuviese callado.

—Exactamente. Le pidió que estuviese callado. ¿Le pidió ella que no hiciera una declaración fiel en el caso que fuese citado como testigo?

—No.

—Sino solamente que guardase silencio, ¿no es así?

—Sí.

—Que no divulgara los nombres de las personas que habían ocupado esas cabañas con usted.

—Así es.

—¿Le rogó concretamente, que dijera que su padre no estuvo allí?

—Pues, no.

—Le pidió que no mencionara los nombres de ninguna de las personas que habían estado en el motel con usted ¿no es así? ¿O no he comprendido correctamente su testimonio?

—Así es, sí, señor.

—Y, en su opinión, al decir ella «ninguna persona», ¿eso incluiría a su padre?

—¡Oh, ahora veo lo que usted quiere decir! Bueno, ella me pidió que me negara a decir el nombre de ninguna de las personas que estuvieron allí..., que mantuviese todo el asunto en el mayor secreto que fuese posible.

—¿Le pidió que se negara a decir que su padre estuvo allí?

—Que me negara a mencionar el nombre de cualquiera de los que estuvieron allí.

—¿Que no dijese que su padre estuvo allí?

—Bueno, también podría decirse así... Yo debía negarme a dar cualquier nombre..., absolutamente cualquier nombre.

—¿Que rechazara decir que su padre estuvo allí?

—Sí.

—Eso es todo, mister Lassing. Gracias.

Mason sonrió triunfalmente, miró hacia la mesa del acusador y dijo:

—Si eso es instigación al perjurio, me lo comeré.

Lassing abandonó el banquillo de los testigos.

—Eso demuestra ciertamente una tentativa por parte de la acusada, Carol Burbank, de procurar a su padre alguna clase de coartada ficticia —bramó el fiscal.

—El testigo no dijo que ella le pidió que declarase que su padre estaba presente. Uno no puede probar una coartada si no jura que alguien estaba presente. Carol Burbank le pidió que dijese que su padre no se encontraba allí.

—Bueno, aun así, ella quería que nosotros creyésemos que su padre se hallaba en el lugar en cuestión.

—Sea lo que fuere, lo que uno quiere que crea la oficina del fiscal de distrito —manifestó Mason— es puramente un asunto personal y privado. Y, ciertamente, eso está muy lejos de ser instigación al perjurio.

—No voy a discutir con el abogado —anunció Burger—. Lo probaré antes de terminar esta audiencia. Ahora necesito llamar nuevamente al banquillo de los testigos al teniente Tragg. Si el tribunal me lo permite, diré que la primera parte de su testimonio solo fue utilizada para probar el *corpus delicti*.

—Muy bien —dictaminó el juez.

Tragg volvió al banquillo de los testigos.

—¿Tuvo usted —preguntó Burger— alguna conversación con Carol Burbank el sábado, día en que fue descubierto el cadáver de Fred Milfield?

—Sí.

—¿Dónde se efectuó esa conversación?

—En un restaurante conocido, según creo por el nombre de «Dobe Hut», situado entre Los Ángeles y Calabazas.

—¿Y quiénes estuvieron presentes en esa conversación?

—Mister Roger Burbank uno de los acusados, y George Avon, de la Policía de los Angeles.

—¿Y qué se dijo en esa conversación?

—La acusada, Carol Burbank, dijo que su padre había estado en una conferencia política; y que, bajo esas circunstancias, ella no podía ya tratar de mantener en secreto tal conferencia y que debía decirnos dónde había estado su padre hasta entonces, y qué era lo que había sucedido.

—¿Dijo Carol Burbank que la conferencia se había realizado en el «Surf and Sun Motel»?

—Bueno —contestó Tragg—, lo dio a entender.

—¿Puede usted recordar las palabras textuales que ella dijo?

—Desgraciadamente, no. Yo estaba más interesado en Roger Burbank en aquel momento.

—Con referencia a eso. ¿Roger Burbank hizo alguna declaración?

—Metió la mano en el bolsillo y extrajo una llave de la cabaña catorce del «Surf and Sun Motel».

—¿Y él le dijo que había estado allí?

—Insinuó que había estado.

—Ésa —anunció Mason— es una conclusión del testigo y debe ser considerada como tal.

—Así la considero —dictaminó el juez—. El testigo es un oficial de Policía y debiera recordar exactamente lo que dijo el acusado.

—Bueno —dijo Tragg sonriendo—, el acusado metió la mano en el bolsillo, sacó una llave de la cabaña catorce de ese motel y me la entregó.

—¿Y el acusado, Roger Burbank, le acompañó después al «Surf and Sun Motel» e identificó una máquina de afeitar de su propiedad que fue encontrada allí?

—Sí.

—¿Y Carol Burbank le dijo que la máquina de afeitar de su padre podía ser encontrada en la cabaña catorce del «Surf and Sun Motel»?

—Lo dijo.

—Puede usted preguntar —anunció Burger.

Mason sonreía suavemente.

—¿Carol Burbank le dijo a usted que la máquina de afeitar de su padre estaba allí?

—Sí.

—¿Le dijo que su padre había estado en el campamento de turistas?

—No puedo recordar si dijo exactamente eso, pero lo dio a entender.

—¿Quiere usted decir que lo dedujo a causa del hecho de que la máquina de afeitar de Burbank estaba allí?

—En cierto modo, sí. Usted quiere decirlo así.

Mason sonrió.

—Quiero decirlo justamente así. Ahora bien, Carol Burbank le dijo que la máquina de afeitar de su padre estaba allí.

—Sí.

—¿Y le dijo el acusado, Roger Burbank, que su máquina de afeitar podía hallarla en el lugar citado?

—Sí, después.

—¿Y le señaló a usted la máquina de afeitar?

—Sí.

—¿Y la identificó?

—Sí.

—¿Y era su máquina de afeitar?

Tragg parecía sentirse incómodo.

—No lo sé.

—Exactamente —manifestó con sequedad Mason—. Él le dijo que su máquina de afeitar estaba allí. Su hija le dijo que la máquina de afeitar de su padre estaba allí, y usted la encontró. ¿No trató usted de hacer averiguaciones tendentes a probar si la máquina de afeitar pertenecía a Burbank o no?

—Fue puesta allí a propósito.

—Déjese de deducciones, teniente. ¿Hizo algunas averiguaciones encaminadas a demostrar si la máquina de afeitar pertenecía al acusado, Roger Burbank?

—Pues, no. Creo que la máquina de afeitar era de él.

Mason sonrió.

—Así que Carol Burbank le dijo que la máquina de afeitar de su padre estaba en el baño de ese campamento. Roger Burbank admitió que su máquina de afeitar podía estar allí. Usted le llevó al lugar..., y se encontró con que su máquina de afeitar estaba allí. Inmediatamente, usted trató de imponerle que admitiese que él había estado allí... y él lo negó, ¿no es verdad?

—Lo negó a medias, para que yo creyese que estaba mintiendo, y yo no traté de imponerle lo contrario.

—¿Pero lo negó?

—Sí, a medias.

—A medias, a cuartas o a tres cuartas, ¿lo negó?

—Sí.

—Hago constar, señoría —dijo Mason—, que la fracción o el porcentaje de sinceridad que el hombre puso en su declaración no es más que el resultado de la conclusión de un testigo que está prejuzgando. El hecho no es lo que dijo.

El juez Newark asintió. Sus ojos pestañeaban.

—Continúe, mister Mason. El tribunal está haciendo las concesiones debidas.

Mason se volvió hacia el teniente Tragg.

—Y el acusado, Roger Burbank, le dijo que si usted le preguntase en público si había estado en el «Surf and Sun Motel» la noche anterior, él tendría que negarlo. ¿Es cierto eso?

—Sí. Pero cuando lo dijo, yo lo tomé como que él admitía haber estado allí.

—Ya veo —dijo Mason—. ¿Eso era tan sólo su propia interpretación de lo que el acusado había dicho?

—Fue el modo en que entendí sus palabras.

—Afortunadamente, teniente, lo que vale para el caso es lo que él dijo, no lo que usted entendió.

—Su hija Carol dijo en el restaurante que él había estado allí.

—Perdóneme —dijo Mason—. Yo estaba presente en aquel momento. ¿No se limitó Carol a sugerir que pudo haberse celebrado una conferencia política en el «Surf and Sun Motel» la noche anterior? ¿No rogó a su padre, que llegado el momento de hablar claro, dijera a usted exactamente dónde había estado, y que no

tratase de proteger a unos cuantos políticos influyentes de Sacramento? ¿Y luego, el acusado no se metió la mano en el bolsillo para sacar una llave y ponerla sobre la mesa? ¿Y no cogió usted enseguida esa llave para comprobar que pertenecía a la puerta de la cabaña catorce del «Surf and Sun Motel»?

—Sí.

—¿El acusado, Roger Burbank, dijo en algún momento concretamente que él había estado allí?

—Bueno, presentó esa llave.

—Y luego, cuando hubo entregado esa llave, ¿le miró directamente a los ojos y le dijo que si le preguntase si había estado presente la noche anterior en el «Surf and Sun Motel», él lo negaría?

—Bien, no recuerdo exactamente cómo sucedió.

—¿Y no dijo Carol Burbank: «Pero, papá, tu máquina de afeitar está allí, encima del estante», o unas palabras que significan lo mismo?

—Pues, sí.

—¿Por lo cual, usted entendió que Carol Burbank admitía que su padre había estado allí?

—Bien, al menos estaba su máquina de afeitar —balbució Tragg.

—Exactamente —afirmó Mason—; su máquina de afeitar estaba allí. Supongo que convendrá conmigo, teniente, en que no es ningún crimen el hecho de que un hombre deje ese utensilio en cualquier lugar que se le ocurra.

—Bueno, relacionando todas las circunstancias —manifestó Tragg—, la deducción es obvia.

—Usted puede deducir lo que se le antoje —dijo Mason—, pero creo que un jurado preferiría dar su veredicto basándose en los hechos. Y si presenta usted alguna acusación de perjurio, tiene que probar falso testimonio, y no, como en este caso, acusar al testigo de haber hecho una afirmación correcta de tal modo que la Policía la considerara falsa. Lo que realmente se toma en cuenta es lo que dice una persona, y no es perjurio si no se dice bajo juramento.

—El perjurio es lo que ellos querían que Lassing cometiera —repuso Tragg.

—¡Oh!, ¿alguien pidió a Lassing que jurase una falsedad?

—Ya hemos discutido todo eso —contestó Tragg.

—¡Ya lo creo! —exclamó Mason, sonriendo—. Ahora bien, teniente Tragg, ¿le llamaron a usted al yate de Roger Burbank el sábado por la mañana, cuando se descubrió el cadáver?

—Sí.

—¿Realizó usted alguna inspección allí?

—Sí.

—¿Y encontró la huella sangrienta de un zapato sobre uno de los peldaños de la escalerilla?

—Ya llegaré ahí —intervino rápidamente Burguer—, con otro testigo.

—Yo estoy llegando a eso ahora —dijo Mason—. En efecto, ya he llegado. ¿Puede usted contestar a esa pregunta, teniente?

—Sí, por cierto.

—¿Así que usted encontró una huella sangrienta, impresa sobre un peldaño de la escalerilla?

—Sí.

—¿Usted estableció alguna vez...?

—Si el tribunal me lo permite —interrumpió Burger—, diré que estas preguntas son impropias. Me agradecería presentar mi acusación en una forma ordenada. Deseo presentar como prueba un zapato perteneciente a la acusada Carol Burbank y mostrar la mancha de sangre que hay en ese zapato. Y, además, me gustaría dejar constancia de que existe una mancha de sangre en el peldaño de la escalerilla.

—Si mister Mason desea preguntar al testigo sobre punto, no veo por qué ha de adaptarse al modo en que usted introduce sus pruebas o presenta su acusación —dictaminó el juez—. El testigo es un oficial de Policía. La defensa, sin duda, tiene derecho a formularle sus repreguntas en detalle. Además, usted debería sacar a la luz, todo lo que sabe el testigo, y no formular su acusación, a trozos.

—Yo tenía intención de probar que existía la huella sangrienta por intermedio de otro testigo, Señoría.

—Pero lo que se pregunta ahora es: ¿conoce este testigo algo acerca de esa huella?

—Parece que lo sabe.

—Entonces, déjele que diga lo que sabe —dijo el juez—. El

tribunal quiere continuar con este caso y no que las incidencias lo demoren para que la parte acusadora pueda crear un clima dramático. El testigo es un oficial de Policía. En las repreguntas, la defensa tendrá la mayor libertad. Rechazo la protesta. El testigo deberá contestar a la pregunta.

—Sí —contestó Tragg con tono desafiante—, esa huella fue dejada en el peldaño de la escalerilla, y además yo tengo el zapato con el cual fue marcada esa huella.

—Exactamente —dijo Mason—. Ahora vamos a mirar esta fotografía, prueba número cinco de la acusación. Reclamo su atención hacia una vela que aparece en esa fotografía. ¿La ve usted?

—Sé que había una vela allí.

—Bueno, mire bien esta fotografía —dijo Mason— y estudie cuidadosamente esa vela.

—Sí, señor, la veo.

—¿Hay algo en el aspecto de esa vela que le dé a usted la impresión de que no sea una vela común?

—No, señor. Es simplemente una vela asegurada sobre la superficie de una mesa en la cabina del yate donde fue encontrado el cadáver.

—¿Qué cantidad de esa vela se ha consumido?

—Más o menos unos dos centímetros, o quizás un poco menos.

—¿Y ha hecho usted algunos experimentos para establecer cuánto tiempo necesita una vela de esta clase para consumir aproximadamente unos dos centímetros de su largo, cuando se enciende en circunstancias similares a las que reinaban en la cabina de ese yate?

—No, señor. No me pareció necesario.

—¿Por qué?

—Porque esa vela no significa nada.

—¿Por qué no significa nada, teniente?

—Porque sabemos cuándo murió Milfield y sabemos cómo murió. Estaba muerto mucho antes que oscureciera, así que esa vela no significa nada.

Mason dijo:

—¿Se da usted cuenta de que esa vela está inclinada un poco fuera de la perpendicular, teniente?

—Sí, lo he notado.

—¿Ha tomado usted un transportador y ha medido el ángulo de inclinación?

—No.

—A propósito; ¿no está inclinada en dieciocho grados de la perpendicular, teniente?

—Bueno..., para decirle a usted la verdad, no lo sé.

—¿Le parece a usted que son unos dieciocho grados de la perpendicular?

—Quizá lo sea, sí.

—¿Y ha pensado usted en la causa por la cual esta vela puede estar inclinada así?

Tragg sonrió y dijo:

—Sólo pensé que el criminal, en su apuro, pegó la vela en la mesa para cometer un crimen a la luz del día y luego se vio demasiado apurado para enderezarla nuevamente.

—¿No tiene usted otra teoría?

—¿Qué otra teoría puede haber?

Mason sonrió y dijo:

—Eso es todo, teniente.

Burger fruncía el entrecejo al mirar a Mason.

—¿Qué tiene que ver la vela torcida con el crimen? —preguntó.

Mason contestó:

—Ésa es mi defensa.

—¿Su defensa?

—Sí.

Burger vaciló un momento y luego anunció con tono de importancia:

—Bueno, usted tendrá que encender una vela a la teoría que yo tengo.

La sala entera soltó una carcajada.

Mason unió su risa a la de la sala del tribunal y luego, mientras se desvanecía el murmullo, dijo rápidamente:

—Señor fiscal del distrito, usted habrá oído hablar del uso de la luz de una vela para examinar un huevo. Bueno, yo estoy examinando su acusación a la luz de una vela. Y su acusación está podrida.

El juez golpeó con fuerza en su pupitre.

—El abogado deberá abstenerse de hacer alusiones personales y de comentarios extraños al caso. Haga comparecer a su próximo testigo, mister Burger.

—Mister Arthur St. Claire —dijo Burger.

La persona que vino hacia el banquillo de los testigos y que alzó la mano para prestar juramento era un hombre suave, sonriente, sereno, de cerca de cincuenta años.

Della Street susurró a Perry Mason.

—Ése es el hombre que viajaba en el coche con nosotras. El que habló tanto de San Francisco. Debe usted vigilarle. Es inteligente.

Mason asintió.

Arthur St. Claire ocupó el banquillo, declaró que era miembro de la división de investigaciones de la Policía de San Francisco, y luego quedóse mirando al fiscal de distrito con expresión atenta y cortés, mientras esperaba que le preguntase el fiscal.

—¿Conoce usted a la acusada, Carol Burbank?

—Sí, señor.

—¿La vio usted el domingo siguiente al día en que fue descubierto el cadáver de Frank Milfield?

—La vi, sí, señor.

—¿Dónde?

—En varios lugares —contestó el hombre, y sonrió.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Fui designado para vigilarla. La seguí desde su residencia a distintos lugares.

—¿A la Unión Terminal? —preguntó Burger.

—Sí, señor. Primeramente fue a la Unión Terminal, y de allí al «Woodridge Hotel».

—¿Vio usted que alguien se reuniese con ella mientras estaba en la Unión Terminal? —preguntó Burger.

—Sí, señor.

—¿Quién?

—Miss Della Street, la secretaria de Perry Mason.

—¡Ajá! —exclamó Hamilton Burger, con el tono de salvaje satisfacción de un gato que ronronea sobre el cuerpo de un ratón recién cazado—. ¿Y qué sucedió, después que miss Della Street se

reunió con miss Carol Burbank?

—Tomaron un coche y fueron al «Woodridge Hotel».

—¿Y dónde estaba usted mientras ellas viajaban en el coche?

El hombre sonrió al contestar:

—En el mismo coche en que viajaban ellas.

—¿Y oyó usted lo que ellas conversaban?

—Sí.

—¿Y qué hicieron ellas?

—Fueron al «Woodridge Hotel».

—¿Y qué sucedió cuando llegaron al hotel?

—Miss Street dijo que creía que mister Mason había telefoneado para que reservasen habitaciones para ellas, y un empleado afirmó que así era. Se inscribió ella misma y luego hizo lo propio con miss Burbank, usando las iniciales de ésta y sin poner su primer nombre ni anteponerle «miss» o «mistress».

—¿Y después?

Luego miss Street sacó de su cartera un sobre dirigido a mister Perry Mason y se dispuso a entregarlo al empleado, diciendo que mister Mason pasaría a recogerlo.

—¿Y luego?

—Luego me dirigí hacia ellas, diciéndoles que el fiscal de distrito quería verlas, que se las necesitaba en la Jefatura o alguna cosa que significaba lo mismo.

—¿Y a continuación?

—Tomé posesión del sobre.

—¿Y qué hizo usted?

—Lo abrí.

—¿Qué encontró usted dentro?

—Encontré una contraseña, una de las tarjetas de cartón numeradas que se utilizan para retirar paquetes de la sección de encargos de la Unión Terminal de Los Ángeles.

—¿Hizo usted algo para identificar la contraseña de cartón, y poder reconocerla si la veía de nuevo?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Escribí mi nombre sobre ella.

—¿Quiere usted decir que puso su propia firma en el dorso de la

contraseña?

—Sí.

Hamilton Burger, con cierto tono jactancioso, dijo:

—He aquí un trozo de cartón que parece una contraseña expedida por la oficina de encargos de la Terminal de Los Ángeles y en cuyo dorso se halla escrito en tinta «Arthur St. Claire». ¿Es ésta su firma?

—Es mi firma, sí señor.

—¿Y ésta es la contraseña del sobre?

—Es la misma.

—¿La contraseña que Della Street dejó en el «Woodridge Hotel» y la que dijo que pasaría a recoger mister Mason?

—Sí, señor.

—¿Estaba esto dentro de un sobre dirigido a mister Perry Mason?

—Sí, señor.

—Le presento a usted un sobre escrito a mano y en tinta y dirigido a «Mister Perry Mason Ciudad» y le pregunto si es éste el sobre en que fue encontrada esa contraseña.

—Lo es.

—¿Éste es el sobre que miss Della Street entregó al empleado del «Woodridge Hotel» en la oportunidad que usted ya mencionó?

—Ella se disponía a entregárselo. Yo se lo quité antes de que el empleado pudiese tomar posesión de él.

—¿Y usted fue a la Terminal de Los Ángeles con esa contraseña?

—Fui allí, sí, señor.

—¿Y la presentó?

—Sí, señor.

—¿Y qué recibió usted?

—Un paquete.

—¿Abrió usted el paquete?

—En ese momento, no. Lo llevé a la Jefatura y allí fue abierto.

—Pero, ¿usted estaba presente cuando fue abierto?

—Sí.

—¿Y qué había en él?

—Un par de zapatos.

—¿Reconocería usted esos zapatos si los viese nuevamente?

—Sí, señor, los reconocería.

—¿Son éstos los zapatos? —preguntó Burger, presentando al testigo un par de zapatos.

El testigo los examinó y contestó:

—Son éstos, sí, señor.

—¿Examinó usted esos zapatos en aquel momento con el propósito de determinar si tenían alguna sustancia extraña sobre ellos?

—Sí, señor, los examiné.

—¿Y qué encontró usted?

—Encontré unas manchas rojizas que parecían de sangre, en la suela y la puntera.

—¿No sabe usted si esas manchas eran efectivamente de sangre o no?

El testigo contestó:

—Me encontraba presente en el momento en que el perito del laboratorio terminó su examen y dijo...

—No importa, no importa —interrumpió Burger con una hermosa demostración de imparcialidad—. Mister Mason podría objetar que esto lo conoce usted de oídas y nosotros vamos a proceder de un modo muy regular y ortodoxo. Llamaremos al perito del laboratorio y dejaremos que él declare sobre lo que halló. Todo lo que usted puede testimoniar es lo que usted sabe.

—Sí, señor.

—¿Y eso es todo lo que usted sabe?

—Sí, señor.

—Puede repreguntar —anunció Burger triunfalmente.

Mason estudió durante unos instantes la cara de Arthur St. Claire. El testigo se volvió para enfrentarse al abogado defensor evidenciando en su exterior una expresión de amable cortesía y demostrando un atento interés por las preguntas que Mason estaba a punto de formularle.

—¿Estaba usted vigilando a Carol Burbank? —preguntó Mason.

—Sí, señor, así es.

—¿Y estaba usted solo en ese trabajo?

El testigo vaciló.

—Había otro hombre conmigo —dijo al fin, y su voz perdió algo

de su seguridad.

—¿Quién era ese hombre?

—Un detective.

—¿De la División de Homicidios?

—De la División de Investigaciones.

—¿Cómo se llama ese hombre?

El testigo miró a Hamilton Burger y éste dijo rápidamente:

—Protesto, señoría. Esa pregunta es inadmisible, inaplicable e inútil..., es una repregunta impropia.

—Se rechaza la protesta —dictaminó el juez.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Mason.

—Harvey Teays.

—¿Aquel domingo siguieron ambos a la acusada?

—Sí, señor.

—¿Estaba él presente con usted en la Unión Terminal?

—Sí, señor.

—¿Y dónde está él ahora?

—Pues, no lo sé, señor.

—¿Cuándo le vio la última vez?

—No puedo recordarlo.

—Ahora bien: cuando usted dice que no sabe dónde está mister Teays, ¿qué quiere usted decir con ello?

—Exactamente lo que digo. No sé dónde está.

—¿Sí? Usted quiere decir que no sabe exactamente dónde está en este mismo instante, ¿no es así?

—Bueno..., bueno, sí, naturalmente.

—¿Sabe usted si Teays está todavía empleado en el Departamento de Policía?

—Pues bien, creo que sí.

—¿Usted sabe que lo está?

—Por conocimiento propio, no.

—En realidad —presionó Mason—, mister Teays salió para tomarse sus vacaciones; le dijo que lo haría y además le confió adónde iba, ¿no es verdad?

St. Claire se movió inquieto en la silla.

—Bueno..., yo no sé lo que los demás me dicen. Puedo únicamente testimoniar sobre las cosas que sé por conocimiento

propio.

—Pero eso es un hecho, ¿no es así?

—Protesto contra esa pregunta por ser inadmisibile, inaplicable y fuera de lugar —manifestó Maurice Linton—. El testigo tiene razón. El abogado no tiene derecho a requerirle que declare sobre cosas que sabe de oídas.

El juez Newark dijo con tono algo irritado:

—Su protesta llega demasiado tarde. Si hubiese protestado antes que este testigo hubiera declarado que no sabía dónde estaba mister Teays, quizás habría tenido cierta razón, pero después que el testigo ha declarado positivamente que no sabe dónde está, el abogado tiene derecho a demostrar lo que quería significar con esa respuesta y los medios de información de que dispone el testigo. Además, algo de esto demuestra una posible inclinación.

—No veo por qué —protestó Linton.

—Demuestra la animosidad del testigo —dijo el juez—. Habría sido una cosa muy sencilla que el testigo le hubiera dicho al abogado que no sabía dónde estaba mister Teays, pero que tenía entendido que mister Teays había salido de vacaciones. No conozco el objeto de estas repreguntas, pero es evidente que el abogado tiene que arrancarle la información al testigo. No debía verse obligado a hacer eso ante un hecho pertinente... y menos tratándose de un testigo que es un oficial de la ley.

—¿Sabe por qué tomó sus vacaciones mister Teays?

—Él quería alejarse de la rutina de su trabajo, del mismo modo que cualquier persona quiere tomarse unas vacaciones.

—¿No es ésta una época un poco desusada para tomarse vacaciones?

—No sabría decirlo.

—¿Sabe usted si el domingo, cuando ustedes trabajaban juntos en este caso, mister Teays tenía ya intención de tomarse unas vacaciones?

—No, no lo sé.

—¿No le dijo a usted nada acerca de eso?

—No.

—Entonces, decidió súbitamente tomarse sus vacaciones. ¿Tiene usted alguna idea de por qué lo hizo?

—Le he dicho todo lo que sé acerca del asunto.

—A propósito —dijo Mason—, ¿mister Teays no habrá decidido tomar sus vacaciones porque alzó la contraseña en cuestión, y se la entregó a miss Street?

—No lo sé.

—Pero sí sabe usted que Teays alzó la contraseña y que se la dio a miss Street, ¿verdad?

—Bueno..., no podría jurarlo.

—¿Por qué no podría jurarlo?

—No vi la contraseña..., no estaba lo suficientemente cerca para reconocerla.

Mason dijo con expresión de tenaz persistencia:

—Vamos a explicar esto en otra forma. ¿Estuvo usted vigilando a Carol Burbank durante todo el tiempo que ella estuvo en la Unión Terminal?

—Sí.

—¿Vio usted que ella y miss Street se dirigían hacia la parada de los coches?

—Sí.

—¿Vio usted que miss Burbank abría su cartera y un trozo de cartón caía de la cartera al suelo?

—Bueno..., sí.

—¿Y usted vio que mister Teays alzaba ese cartón y se lo entregaba a miss Street?

—Miss Street se inclinó para recogerlo del suelo.

—Pero, ¿Teays lo cogió y se lo entregó?

—Sí.

—Y la única razón por la cual usted dice ahora que no sabe si era la misma contraseña es porque no estaba lo suficientemente cerca para leer el número que tenía escrito en ella. ¿No es así?

—Bueno, no puedo jurar que ésta era la contraseña a menos que yo sepa que es la misma, ¿no es verdad?

—¿Era un trozo de cartón de este tamaño, más o menos?

—Sí.

—¿Aproximadamente de este aspecto?

—Sí.

—¿Con uno de los bordes perforados?

—Bueno..., sí.

—¿Y tenía impreso un número grande? ¿Vio usted tanto como eso?

—Sí.

—¿A qué distancia estaba usted de Teays cuando él la alzó?

—A unos tres metros.

—¿Le dijo Teays que él había entregado a miss Street esa contraseña?

—Protesto por ser impropia esa repregunta. Es inadmisibile, inaplicable, inútil e induce al testigo a declarar sobre lo que sabe de oídas —objetó Linton en voz alta—. Mister Teays no figura en el proceso. Cualquier declaración hecha por mister Teays a este testigo no tiene ninguna relación con este caso. El testigo puede solamente declarar sobre lo que él ha visto.

El juez Newark dijo:

—Tendré en cuenta la protesta. ¿Tiene la oficina del fiscal conocimiento de la causa por la cual mister Teays tomó sus vacaciones en esta época especial?

—Creo que le correspondían dos semanas de vacaciones —manifestó Linton.

—¿Sabe usted cuándo se decidió que debía tomar sus vacaciones ahora?

—No, señoría, no lo sé.

—¿Alguna otra pregunta? —preguntó el juez Newark a Perry Mason.

—Ninguna, señoría.

El juez Newark miró seriamente al testigo, se dispuso a decir algo, luego cambió de idea y dijo a los acusadores:

—Muy bien, llamen a su próximo testigo. Eso es todo, mister St. Claire.

—Doctor Colfax C. Newbern —anunció Linton.

El doctor Newbern era un hombre alto y sereno, que ocupó el banquillo de los testigos y dio al relator del tribunal su nombre completo, dirección, ocupación, hablando en voz muy baja, con los modales de un profesional competente y calmoso.

—Hago constar que el doctor figura en el proceso como perito y que está sujeto a mi derecho de repreguntarle —declaró Mason.

—Muy bien —anunció Linton—. Usted forma parte, según creo, de la oficina del médico forense, doctor, ¿no es así?

—Así es.

—Le muestro una fotografía y le pregunto si la reconoce.

—La reconozco. Es la fotografía de un cadáver al cual yo practiqué la autopsia.

—¿Cuándo vio usted por primera vez este cadáver, doctor?

—Yo estaba presente cuando la Policía abordó el yate y vi que el cuerpo estaba tirado sobre el suelo de la cabina.

—Después de eso, ¿cuándo vio otra vez el cadáver?

—En la mañana del domingo, cuando le hice la autopsia.

—¿Cuál es la causa de la muerte, doctor?

—El hombre había recibido un golpe..., un golpe muy fuerte en la parte posterior de la cabeza. Hubo fractura del cráneo y una hemorragia muy grande. Estoy tratando de hablar en términos corrientes para que los legos puedan entenderlo.

—Bien, doctor. Ahora, haga el favor de decirnos algo más acerca de la causa de la muerte, y la hora en que se produjo.

—En mi opinión —manifestó el doctor Newbern—, la pérdida del conocimiento fue un resultado inmediato de ese golpe. La víctima nunca recobró el conocimiento y, a juzgar por la magnitud de la hemorragia y las condiciones en que encontré el cerebro, yo diría que la muerte se produjo dentro de los cinco minutos siguientes al golpe.

—En su opinión, pues, ¿la víctima no se movió más desde el momento en que fue golpeada?

—Así es.

—Ahora bien: cuando usted vio por primera vez el cuerpo, doctor, ¿dónde estaba, con referencia a los detalles que muestra esta fotografía que ahora le entrego?

—El cuerpo estaba aquí —manifestó el doctor indicando un punto de la fotografía—, tirado cerca del costado derecho del yate, es decir, lo que en términos náuticos se llama banda de estribor. Es el lado derecho cuando uno mira hacia la proa. Esta fotografía fue tomada mirando hacia la popa del yate. Por tanto, la posición en que fue encontrado el cuerpo corresponde a la parte izquierda de esta fotografía.

—Le presentaré una fotografía, prueba de la acusación marcada «C», que muestra un cuerpo, y le preguntaré si ésa es aproximadamente la posición y colocación del cadáver cuando usted lo vio por primera vez.

—Sí, señor, ésa es exactamente la posición y colocación del cuerpo. Ése es el cuerpo, tal como estaba tirado cuando yo lo vi por primera vez.

—¿Hizo usted algún examen del lugar cuando el cadáver fue descubierto?

—Cuando el cadáver fue descubierto, no —corrigió el doctor, sonriendo—, pero sí cuando la Policía llegó allí.

—¿Así que hizo usted ese examen?

—Sí.

—¿Qué descubrió usted?

El doctor Newbern dijo:

—Descubrí que el cuerpo estaba tirado aproximadamente en esta posición, la cual, usted podrá notar, es de cubito dorsal sobre el lado de la banda de estribor del yate. Noté que debajo de la cabeza había un charco de sangre que indicaba una hemorragia bastante grande. Observé también que, en otro lugar de la cabina, la alfombra estaba saturada de sangre. ¿Quiere usted que le señale ese punto?

—Por favor.

—Era aproximadamente aquí.

Mason se levantó. Fue hasta ponerse detrás del testigo y ver el punto que éste había señalado en la fotografía y dijo:

—Si el tribunal lo permite, para que se inserte en el sumario, diré que el doctor está señalando ahora hacia una porción de la fotografía, prueba de la acusación «C» que es el rincón superior de la derecha e inmediatamente enfrente de la puerta que conduce a la cabina posterior del yate. ¿No es así, doctor?

—Así es —manifestó el doctor.

—Gracias —dijo Mason y volvió a su asiento.

—¿Se dio usted cuenta de que había un charco de sangre aquí? —continuó Linton.

—Sí señor. Había también unas cuantas manchitas de sangre, a intervalos regulares entre estos dos puntos.

—¿Hizo usted algún examen del umbral que une la cabina principal con la cabina posterior?

—Sí, señor.

—¿Qué encontró usted?

—Encontré que el umbral se eleva aproximadamente unos tres centímetros sobre el nivel del piso, lo que, según creo, es común en la construcción de yates. Encontré que el umbral estaba recubierto de metal y que había unas manchas descoloridas sobre ese metal. Raspé esas manchas y establecí que eran de sangre humana. Analicé la sangre y encontré que era del mismo tipo de la sangre del cuerpo que fue encontrado tirado en la posición que ya he indicado en la fotografía.

—¿El punto en que usted declaró que el cadáver fue encontrado estaba a una distancia de varios metros de ese umbral? —preguntó Linton.

—Sí, señor.

—¿Había algo que indicase que ese cuerpo pudo haber sido movido desde el primer punto, al cual nos referiremos como a posición número uno hasta el otro punto, al que consideramos posición número dos?

—Sí.

—¿Qué?

—La fuerza de gravedad podría muy bien haber movido ese cuerpo —contestó el doctor Newbern sonriendo.

—¿Quiere explicar eso, por favor?

—Cuando nosotros abordamos el yate, ya casi había marea baja, la embarcación estaba escorada en tal forma que era muy difícil mantener el equilibrio. Estaba tumbada de modo que la banda de estribor era el lado bajo, y en cuanto concierne al testimonio médico, es evidente que mientras bajara la marea durante la noche anterior, el cuerpo había rodado hasta ocupar aproximadamente la posición en que fue encontrado.

—¿El cadáver pudo hacer eso sin haber sido tocado por ninguna persona?

—En mi opinión, el cadáver pudo haber hecho eso sin ser tocado, si el período de marea baja había precedido al *rigor mortis*. Si el cuerpo hubiese estado tirado con los brazos y piernas

extendidos y el *rigor mortis* hubiera sobrevenido antes del intervalo de la marea baja, es muy posible que el cuerpo no se hubiera movido mucho de su posición original. Pero con una marea baja interviniendo antes que sobreviniese el *rigor mortis*, habría sido muy natural que el cuerpo rodase hacia la parte baja de la cabina.

—¿Cuándo sobreviene el *rigor mortis*?

—Por lo común, el endurecimiento general se completa dentro de las diez horas posteriores a la muerte. Digamos diez a doce horas para hacer un promedio más justo.

—¿El *rigor mortis* ya se había apoderado del cadáver cuando usted lo vio por primera vez?

—Oh, sí.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Eran las once y diecisiete de la mañana del sábado.

—En su opinión, ¿cuál fue la hora de la muerte?

—La hora de la muerte —anunció el doctor Newbern— fue de catorce a dieciocho horas antes que yo examinara el cadáver.

—¿Puede usted establecer aproximadamente la hora de la muerte?

—Examiné el cadáver a las once y diecisiete. Por tanto yo diría que la muerte ocurrió después de las cinco y diecisiete. Cualquier momento dentro de ese límite de cuatro horas, podría satisfacer las condiciones, según yo las observé.

—¿La naturaleza de la herida era tal que causó una hemorragia bastante grande?

—Tanto externa como interna, sí. Hubo una hemorragia bastante grande.

—En su opinión, ¿la muerte fue casi instantánea?

—Yo diría que por las condiciones que observé en este caso particular, la pérdida del conocimiento siguió inmediatamente al golpe, y la muerte ocurrió dentro de un intervalo de pocos minutos.

—¿Observó otras heridas en el cadáver?

—Había una contusión en la punta de la mandíbula, un poco a la izquierda de la barbilla.

—¿Indicaba un golpe?

—Indicaba un traumatismo de alguna clase. Había una equimosis traumática, bien definida.

—¿Tenía el cuerpo algunas otras heridas?

—Absolutamente ninguna.

—Repregunte —dijo Linton—. El testigo está a su disposición.

Mason se puso lentamente en pie y miró de frente al doctor.

—Entonces esta herida, que describiremos como la herida fatal, ¿es la única que pudo haber causado una hemorragia?

—Sí.

—Ahora bien, doctor: ¿cuánto tiempo podía continuar la hemorragia de tal herida después de la muerte?

—De esa herida especial, o en general, de cualquier hemorragia grande, habría cesado la pérdida de sangre muy pocos minutos después de la muerte.

—¿Qué quiere usted decir por «muy pocos minutos»?

—Oh, para estar seguros, digamos de diez a quince minutos.

—¿Al mover el cadáver, se habría producido otro derrame de sangre?

—Sí, señor, así es.

—¿Y durante cuánto tiempo habría continuado?

—Por algún tiempo.

—Entonces el charco que usted encontró debajo de la cabeza del cadáver, en la posición en que usted lo halló, ¿podría haber sido el resultado de un derrame producido al moverse el cuerpo?

—No, señor, no creo que pueda ser así. Hay pruebas de una hemorragia cierta, más bien que de un simple derrame. Y, por el tamaño, la naturaleza y la extensión de la mancha que vi en la alfombra, diría que es el resultado de una hemorragia.

—Sin embargo, usted no está tomando eso en consideración al fijar la hora de la muerte, ¿verdad?

—Al fijar la hora de la muerte —contestó el doctor Newbern—, he actuado basándome en las pruebas que encontré al examinar el cuerpo en sí. En lo que se refiere al examen de los alrededores del lugar donde se encontró el cuerpo, eso concierne a un detective. Estoy prestando declaración únicamente como perito médico. Fijo la hora de la muerte basándome en pruebas tales como la temperatura del cuerpo, el principio del *rigor mortis* y el estado de progreso de ciertos otros cambios post mortem. No me ocupo del trabajo que debe realizar la Policía, ni hago ninguna deducción

basada en la posición del cuerpo, salvo cuando esa posición tenga algún significado para el médico.

—Adopta una posición justa y correcta, doctor.

—Gracias.

—Presumo, doctor, que había pruebas convincentes de que la muerte fuese causada por un golpe muy violento, ¿no es así?

—El golpe fue muy fuerte.

—En su opinión, ¿pudo haberse golpeado así ese hombre al tropezar y caer contra el umbral?

—Lo dudo mucho. En mi opinión el golpe fue muy violento. Si el golpe se produjo cuando la cabeza dio contra ese umbral, entonces debió de ser más violento de lo que hubiese sido en caso de producirse por una caída común ocasionada por un tropezón. El hombre debió de golpearse contra ese umbral con una fuerza considerable.

—¿Una fuerza que pudo haber sido el resultado de un puñetazo?

—Eso pudo producirlo, sí..., un puñetazo dado por un hombre muy fuerte.

—¿Es posible, entonces, que la víctima fuese golpeada en el mentón, en el lugar en que usted vio esa magulladura, y la fuerza del golpe le haya tirado contra el umbral, produciéndole esa herida que causó la muerte?

—Protesto —dijo Linton— por ser inadmisibile en derecho, inaplicable e inútil y porque es una evidencia impropia. Se refiere a un hecho que no está en evidencia, y es un frenético intento de la defensa para asegurarse una salida..., una defensa de homicidio accidental.

—Se rechaza la protesta —dijo el juez Newark—. La defensa tiene derecho a repreguntar a cualquier testigo basándose en cualquier teoría que crea conveniente, siempre que esa teoría no se aleje de las constancias del sumario y que las preguntas se refieran directamente o por deducción al interrogatorio principal. Conteste esa pregunta, doctor.

—Posiblemente pudo ser así.

—¿Eso es posible?

—Es posible.

—Eso es todo.

Linton dijo:

—Un momento, doctor. En vista de que este elemento ha sido inyectado dentro del caso, y puesto que es posible que la lesión haya sido producida de tal manera, ¿cuál habría sido la naturaleza de ese golpe?

—Habría sido un golpe muy violento. El hombre debió de haber sido golpeado con tal intensidad que mucha de la fuerza del golpe fue transmitida al impacto de la cabeza contra el umbral. En otras palabras: la cabeza debió de golpear con más violencia que en el caso de una caída ordinaria.

—¿Un golpe que hubiese cogido a la víctima enteramente desprevenida?

—Bueno, un golpe muy violento.

—No un golpe que hubiese sido aplicado en un combate donde el que lo recibió estaba abrazado a su contrincante, sino un golpe aplicado de tal manera que el que lo recibió estaba completamente desprevenido... ¿No es así?

—Eso no es de ningún modo lo que he dicho —contestó el doctor—. No soy ningún perito en peleas —agregó con una débil sonrisa—. Soy tan sólo perito en asuntos médicos.

—Pero parece ser una deducción necesariamente extraída de su testimonio —insistió Linton.

—Dedúzcalo entonces —anunció el doctor con tono seco y cortante—. Es una deducción que usted puede hacer. Yo solamente estoy exponiendo las circunstancias tal como las encontré.

—Pero el golpe, ¿debió de ser necesariamente muy violento?

—Fue necesaria mucha fuerza para causar la lesión que yo he examinado.

—¿No puede decirnos más que eso, doctor?

—Puedo solamente repetir que ése no es el tipo de herida que uno espera encontrar cuando una persona se golpea la cabeza en una caída corriente, como resultado de haber perdido el equilibrio. Es una herida causada por un impacto de una violencia considerable. Ése no es tampoco el modo exacto en que yo deseo expresarlo, fiscal. Diré que bajo las circunstancias que estamos discutiendo ahora, y la posibilidad que está siendo considerada en mi testimonio, la cabeza del occiso debió de haber golpeado el

umbral con una fuerza mayor de la que pudo resultar de una caída corriente. Más allá de eso no puedo ir, y creo que eso es lo más claro que puedo hacerlo.

—En el caso de que la fuerza que contribuyó a la caída hubiese sido producida por un golpe, ¿habría sido un golpe violento?

—Sí.

—¿Un golpe dado por un boxeador?

—No puedo jurar eso.

—Pero fue un golpe muy violento, ¿verdad?

—En el sentido popular y generalmente aceptado de la palabra, sí.

—Creo que eso es todo —dijo Linton.

—Eso es todo —anunció Mason.

—Llame a su próximo testigo —dijo el juez.

—Thomas Lawton Cameron —anunció Linton.

Thomas L. Cameron resultó ser un hombre de rostro curtido, de cerca de sesenta años, ancho de hombros, fornido, con una cara cubierta por una red de arrugas y ojos firmes que contemplaban al mundo por debajo de un par de cejas negras y tupidas. Era, según se supo, el guardián del «Yacht Club», donde Roger Burbank guardaba su yate, y contestó a las preguntas que se le formulaban con voz baja y sin malgastar palabras, con modales francos y cordiales.

Cameron declaró que Burbank acostumbraba utilizar su yate los fines de semana; que por lo general salía los viernes al mediodía; que el viernes en cuestión había llegado al «Yacht Club» a eso de las once y treinta; que subió a bordo del yate, soltó las amarras e izó la vela; luego condujo el yate por el canal, dando vuelta al promontorio, y salió a la laguna, o estuario, como se le llama indistintamente. Una hora después, Burbank había vuelto en la motora del yate y tras amarrarla se alejó. No regresó en toda la tarde. A eso de las cinco el testigo oyó el ruido del motor y miró por la ventana del taller del club. Vio que la motora del yate se dirigía, corriendo abajo por el estuario principal. Alguien iba en la popa de la embarcación; pero el testigo no podía decir que se tratase del acusado. No vio la figura con suficiente claridad como para identificarla.

—¿Conocía usted al occiso Fred Milfield? —preguntó Linton.

—Sí.

—¿Le vio usted en la tarde de ese viernes?

—Le vi.

—¿Cuándo?

—Llegó al «Yacht Club» a eso de las cinco y treinta y me alquiló un bote a remo.

—¿Está usted seguro de que era Fred Milfield?

—Sí.

—¿Había alguna marca de identificación en el bote que él alquiló?

—Sí, el número.

—¿Qué número era?

—Veinticinco.

—¿Cuándo volvió a ver usted ese bote?

—Casi veinticuatro horas más tarde. Lo encontramos el sábado por la tarde encallado, después de haber sido arrastrado por la marea.

—¿Dónde encalló?

—En el estuario; aproximadamente a un kilómetro más abajo del lugar donde estaba anclado el yate de Burbank.

—¿Más abajo del lugar donde el yate estaba anclado?

—Sí.

—¿Así que el bote debió de soltarse mientras la marea bajaba..., algún tiempo después de la marea alta?

—Bien... me figuro que podría deducirse así.

—¿Vio usted a Burbank después de eso?

—Sí. Le vi regresar en su motora media hora o tres cuartos de hora después que Milfield se fue. Ató el bote al muelle, fue a un automóvil y se alejó.

—¿Le vio usted otra vez más tarde?

—Pues... verlo, no. Yo estaba atendiendo el teléfono y alguien puso en marcha un motor. Oí el ruido del escape cuando pasó el bote, pero estaba ocupado hablando por teléfono y no miré hacia fuera. Cuando terminé mi conversación, miré hacia el exterior, pero el bote de Burbank había desaparecido. Oscurecía ya cuando volvió, de manera que no pude ver quién lo tripulaba.

—¿Y qué pasó después con esa motora?

—Por lo que sé, diría que permaneció atada toda la noche. No oí que nadie pusiera en marcha el motor. Si alguien lo hubiera hecho me habría despertado. Pero no fue así. Dormí toda la noche, desde que me acosté a eso de las doce. La motora estaba allí y permanecía aún en el mismo sitio cuando me levanté por la mañana a eso de las seis.

—¿Cuándo vio otra vez a Milfield?

—Después que entró corriendo ese pastor...

—Deje aparte lo que otros le dijeron —interrumpió Linton—. Necesito saber cuándo volvió usted a ver a mister Milfield.

—El sábado por la mañana.

—¿Fue el día siguiente a los sucesos sobre los cuales acaba usted de declarar?

—Sí, señor.

—¿Y dónde estaba mister Milfield?

—Su cuerpo estaba tendido a bordo del yate de Roger Burbank.

—¿Estaba usted solo cuando lo vio?

—No, señor. El teniente Tragg se hallaba conmigo y un par de caballeros cuyos nombres he olvidado.

—¿Oficiales de Policía?

—Así lo creo.

—¿Estaba vivo o muerto mister Milfield?

—Estaba muerto.

—Puede usted repreguntar —anunció Linton a Perry Mason.

—¿Vio usted a Roger Burbank cuando volvió al club en esa motora? —preguntó Mason.

—Sí, seguro.

—¿Habló con él?

—No.

—¿Le vio subir a su coche y alejarse de allí?

—Sí.

—¿Le vio claramente?

—Tan claramente como puede verse a un hombre a esa distancia.

—¿Qué distancia era?

—Oh, quizá cincuenta metros.

—¿Tenía usted puestas las gafas en ese momento?

—Sí, seguro.

—¿Supo que era Burbank quien estaba en esa motora apenas le vio?

—Bueno; para decir verdad..., cuando le vi la primera vez creí que se trataba de otro hombre.

—¿Milfield?

—Sí.

—¿A qué distancia fue eso?

—Como ya dije a usted, alrededor de cincuenta o sesenta metros.

—¿Dónde estaba usted?

—En mi pequeña cabaña, allá abajo.

—¿Qué estaba haciendo?

—La cena.

—¿Tenía puestas las gafas?

—Sí.

—¿Miró por la ventana?

—Sí.

—¿Y vio a ese hombre?

—Sí.

—¿Podían estar empañados un poco los cristales de sus gafas..., por estar guisando?

—Bueno, quizá sí. Puede ser así.

—Y en ese momento —dijo Mason, señalando con el dedo al testigo para dar énfasis a sus palabras— usted pensó que ese hombre era Fred Milfield, ¿no es así?

—Sí, lo pensé.

—¿Cuándo advirtió usted por primera vez que ese hombre no era Fred Milfield?

—Cuando vi a Milfield muerto en el yate de Roger Burbank.

—Y usted dijo antes a los oficiales de Policía que Milfield había regresado en la motora del yate. Cuando los oficiales le dijeron que era imposible que Milfield hubiese hecho eso porque yacía muerto en el yate de Burbank, usted pensó que el hombre que había visto en la motora era Roger Burbank. ¿No es así?

—Sí, señor; me parece que fue así.

—¿Acostumbraba Roger Burbank salir en su yate los viernes a

mediodía?

—Sí, señor. Utilizaba su yate para alejarse de la gente.

—¿Solía Fred Milfield reunirse con él en algunas ocasiones?

—Pues sí; mister Milfield lo hacía, y quizás una o dos veces por año mister Beltin solía ir al yate, pero solamente con motivo de algo importante. A mister Burbank no le gustaba.

—¿Cómo sabe usted que no?

—Porque me lo confió. Me dijo que había comprado ese yate para poder alejarse de todo, y ahora que no podía conseguir gasolina tenía este velero, y que iría a eso de una milla estuario arriba para anclar en los bancos barrocos. Dijo también que, apenas perdía de vista el «Yacht Club», se sentía otro hombre. Experimentaba la impresión de estar solo en el mundo.

—¿Dice usted que Burbank anclaba en los bancos de barro?

—Sí. Le gustaba arponear tiburones.

—¿Solía dejar el yate anclado en los bancos?

—No, señor. Anclaba allí un par de horas antes de la marea alta permaneciendo hasta dos horas después de la bajamar.

—¿Por qué?

—Pues le diré: en esos bancos la profundidad del agua decrece mucho durante la bajamar y cualquier barco encallaríase si se lo dejase allí entonces.

—No obstante, eso no produciría daños a la embarcación, ¿verdad?

—No, señor, a menos que se levantase viento. En ese caso, sufriría considerable castigo.

—¿Hasta en aguas tan poco profundas?

El testigo sonrió.

—El agua poco profunda produciría las peores sacudidas. Las olas levantarían del barro a la embarcación y, al retirarse, la dejarían caer otra vez sobre él. Un barco encallado en un lugar donde no hay agua, no sufre nada. Uno que flota tampoco sufre nada. Pero el que está encallado en aguas poco profundas, donde pueden formarse olas, sufre un castigo terrible.

—Pues bien: ¿adónde iba mister Burbank durante los períodos de marea baja?

—Solía anclar en el canal, a unos cincuenta o cien metros de

distancia del sitio donde acostumbraba arponear tiburones.

—Ese viernes por la noche, ¿sabe usted cuándo se produjo la bajamar?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—No puedo dar la hora o el minuto exacto; pero la marea alta sobrevino alrededor de las cinco y cuarenta. Pudo haber sido a las cinco y cuarenta y uno o quizás a las cinco y cuarenta y cinco, minuto más, minuto menos. Digamos las cinco y cuarenta, y no habrá más de dos minutos de diferencia.

—¿Se refiere usted a la marea alta?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo se produjo la marea baja? —inquirió Mason.

—Tres minutos después de la medianoche del sábado.

—Entonces —dijo Mason—, si alguien hubiese tratado de sacar el yate de esos bancos de barro, ¿tendría que haberlo movido necesariamente dentro de las dos horas que siguieron a la pleamar? ¿Más o menos, a las siete y cuarenta de la tarde?

—Bueno, no necesariamente. Yo diría que... Bien, digamos hasta las ocho. Ése sería el límite.

—¿Y después de las ocho ya no se podría sacar el barco de allí? —preguntó Mason.

—Así es. No se podría hasta un par de horas antes de la próxima marea alta.

—¿Y cuándo fue la siguiente marea alta?

—El sábado por la mañana a las seis y veintiséis.

—¿Y cuándo fue la siguiente marea baja?

—El sábado a las doce y cuarenta y cinco. Así fue como se descubrió el cadáver.

—Usted podría decirme algo más acerca de eso —dijo Mason.

—Bueno, eran más o menos las diez de la mañana. La embarcación había comenzado a asentarse un poco sobre el banco de barro. Quizá; fuese alrededor de las diez y treinta.

—¿Cuando usted dice la embarcación quiere significar el yate? —preguntó Mason.

—Así es. El yate de Roger Burbank.

—Muy bien —dijo Mason—. Continúe. El yate había comenzado

a asentarse sobre el barro, ¿qué ocurrió?

—Al parecer, un hombre llamado Palermo tenía una cita con Milfield y...

—Esto es una evidente declaración de oídas —interrumpió Linton.

—¿Quiere usted oponerse a ella? —preguntó Mason.

—No quiero enfrentar la situación de oponerme a nada que sea tan trivial.

Mason dijo al juez:

—Probablemente, algo de esto es una declaración de oídas, señoría; pero estoy tratando de obtener un bosquejo de lo que sucedió, y de obtenerlo de modo expeditivo.

—Pero nosotros vamos a llamar a Frank Palermo, el testigo que descubrió el cadáver —arguyó Linton—. Usted puede preguntar a Palermo lo que vio.

—No voy a preguntar a este hombre sobre lo que vio Palermo; le preguntaré cuándo encontró a Palermo y qué le dijo éste, a fin de aclarar la situación y obtener un bosquejo claro para el tribunal. Quiero presentar una relación cronológica de los sucesos.

—¿Y por qué quiere llenar el sumario con tantas declaraciones sobre lo que hizo Palermo después de descubrir el cuerpo? —preguntó Linton.

—Porque —contestó Mason sonriendo— quizá logre descubrir algún detalle que pueda ser favorable a la defensa.

Linton repuso, sarcásticamente:

—Este testigo no sabe nada que ayude a la defensa y ningún otro testigo que ocupe el banquillo y diga la verdad sabrá tampoco nada que pueda ser favorable a la defensa. Lo mismo ocurriría con todo el mundo.

—Si mister Cameron supiese algo favorable para la defensa —observó Mason—, probablemente estaría gozando de sus vacaciones.

Una explosión de carcajadas procedentes del público obligó al juez a golpear varias veces el pupitre.

—El abogado deberá abstenerse de hacer comentarios al margen. ¿Desea usted formular una protesta, mister Linton?

—No; no quiero colocarme en situación de oponerme a este

testimonio, señoría.

—Si el abogado de la parte acusadora no se opone el tribunal oirá esta declaración para imponerse de los hechos —dictaminó el juez—. Conteste a la pregunta.

—La formularé de este modo —manifestó Mason—: ¿Fue usted la primera persona que habló con el hombre que descubrió el cadáver?

—Sí; así lo creo.

—Díganos exactamente lo que ocurrió.

—Fue el sábado por la mañana, alrededor de las diez y treinta. No lo sé con exactitud, pues no consulté el reloj. Vi que un bote venía estuario arriba. De pie en el bote iba un hombre remando.

—¿Hubo algo que atrajo su atención hacia ese bote?

—Sí.

—¿Qué?

—La forma en que remaba el hombre.

—¿Qué tenía de particular?

—Todo esto es inadmisibile en derecho inaplicable e inútil. No tiene absolutamente ninguna relación con el caso —objetó Linton.

—Se rechaza la protesta.

—No hay muchas personas que de pie en un bote puedan remar bien, y ese hombre lo hacía a las mil maravillas. El bote se deslizaba con suavidad, como si cortase realmente el agua. Y otra cosa que me interesó fue el tipo de embarcación.

—¿Qué clase de bote era? —preguntó Mason.

—Era un bote plegable... uno de esos que se construyen para ser plegados y que pueden cargarse en un automóvil.

—¿Quién era el hombre que lo tripulaba?

—Cuando la embarcación se acercó más, el hombre comenzó a hablar..., muy excitado...; tenía marcado acento extranjero... Dijo llamarse Frank Palermo, ser del distrito de Skinner Hills, haber sido citado por Milfield a bordo de un yate y...

—Ésa es una declaración de oídas —objetó Linton.

—¿Se opone usted a ella?

—Sí, señoría, voy a oponerme a ella porque el testigo está declarando ahora sobre algo que sabe por referencias de otros y porque es una pregunta impropia la que se le ha formulado. Este

hombre...

—Ha lugar a la protesta —declaró el juez Newark.

—Muy bien —dijo Mason al testigo—; límitese a decir lo que hizo usted.

—Bien; ese hombre me hizo algunas declaraciones sobre lo que había encontrado, y debido a ellas me puse en comunicación con la Policía.

—¿Qué dijo usted a la Policía?

—La misma protesta —anunció Linton.

—Rechazada —dictaminó rápidamente el juez—. Al testigo se le repregunta ahora sobre algo que dijo e hizo él mismo.

—Hablé por teléfono a la Jefatura de Policía y les dije...

—No importa lo que les dijo —manifestó Linton.

—Por el contrario —anunció Mason—, me interesa lo que el testigo refirió a la Policía. Creo que esto es parte del *res gestae* y, en cualquier caso, quizá demuestre una posible inclinación.

—Se rechaza la protesta.

—Expliqué a la Policía que yo era guardián y sereno del «Yacht Club» y que cierto forastero loco pretendía tener una cita con Milfield...

—Señoría —protestó Linton—, éste es el mismo asunto sobre el cual el tribunal no permitió que declarase el testigo hace un momento.

—Oh, no; no es el mismo —anunció el juez—. En ese momento el testigo declaraba sobre lo que Palermo le había dicho. Ahora está declarando sobre lo que él dijo a la Policía. La defensa tiene ciertamente derecho a repreguntar al testigo sobre lo que él dijo e hizo en relación con este asunto... si necesita demostrar la intención.

—Pero el abogado lo mismo se saldrá con la suya —protestó Linton—, porque este hombre aún no ha relatado la conversación que tuvo por teléfono con la Policía.

—Déjelo que lo haga entonces —dictaminó el juez Newark—. Se rechaza la protesta.

—Continúe —dijo Mason—. Conteste a la pregunta.

—Comuniqué a la Policía que este hombre estaba en el bote; que decía tener una cita con Milfield a bordo del yate de Burbank; que

cuando fue al lugar donde Milfield le dijo que estaría el yate, encontró a éste muy escorado y encallado sobre un banco barroso. Remó alrededor del yate y gritó unas cuantas veces.

Linton intervino desesperadamente:

—Necesito que el testigo entienda que debe declarar solamente sobre lo que él dijo a la Policía y no sobre lo que Palermo le refirió.

—Estoy contando lo que informé a la Policía sobre lo que Palermo me dijo —repuso Cameron—. ¿No está bien eso?

El juez Newark sonrió.

—Está bien. Continúe usted.

—Les informé de que Palermo me dijo que había remado alrededor del yate un par de veces; que subió al yate; que gritó unas cuantas veces para saber si había alguien a bordo, y al no recibir respuesta, abrió la escotilla, bajó a la cabina y encontró a Fred Milfield muerto en el suelo.

—¿Eso fue todo? —preguntó Mason.

—Más o menos, todo.

—¿Habló usted algo más con la Policía respecto a Palermo?

—Pues... un poco, sí. Parece que la Policía estaba enterada de mi identidad y quería saber si Palermo me había alquilado un bote.

—¿Y qué les dijo usted?

El testigo sonrió.

—Les contesté justamente lo que me dijo Palermo cuando le pregunté dónde había conseguido el bote.

—¿Y cuál fue la contestación?

—Parece que a Palermo no le gusta derrochar el dinero. Sabía que debía utilizar un bote para ir a un yate que estaba en el estuario, y puesto que tenía un bote plegable que usaba para llevar por el lago de Skinner Hills a los cazadores de patos, no veía razón por la cual debía pagarle a algún sujeto de la ciudad cincuenta centavos o un dólar por el alquiler de un bote, así que cargó el suyo en un automóvil y lo utilizó para ir al yate.

—No veo la relación que esto pueda tener con el caso —manifestó Linton.

Mason sonrió.

—Podría ser un hecho favorable a la defensa.

—Bueno, no alcanzo a verlo.

—Eso —anunció Mason con tono de burlona simpatía— es el resultado de un astigmatismo legal.

—Vamos, vamos, caballeros, continuemos —sugirió el juez Newark.

—¿Dijo también a la Policía —preguntó Mason— la hora en que Palermo había dejado su casa en Skinner Hills para acudir a esa cita?

—Palermo habló algo de eso, pero yo no se lo dije a la Policía.

—Entonces es evidente que el testigo no puede declarar sobre ese punto —manifestó Linton.

—Y es evidente que el testigo no ha sido interrogado sobre ello —anunció Mason.

—Continúe —dijo el juez Newark con cierta acritud.

—¿Alquila usted botes a remo? —preguntó Mason.

—Sí, señor. Así es.

—¿Hay algún otro lugar por allí cerca que alquile botes?

—No, señor. Creo que en la actualidad el mío es el único lugar donde pueden alquilarse botes.

—Ahora bien: ¿alquiló usted algunos botes en la noche del viernes en que fue cometido el crimen?

—A eso también me opongo por ser una repregunta impropia.

—Rechazo la protesta.

—Conteste la pregunta, mister Cameron.

—Alquilé un bote.

—¿Solamente uno?

—Sí, señor.

—¿Qué tiempo incluye usted en su respuesta?

—Desde las cuatro de la tarde hasta después que el cadáver fue descubierto.

—¿A quién fue alquilado ese bote?

Cameron sonrió.

—Ese hombre se llamaba Smith. Hizo un depósito de cinco dólares y alquiló el bote para hacer unos estudios sobre las costumbres nocturnas de los tiburones. Por lo menos, eso fue lo que manifestó.

—¿Y a qué hora fue alquilado ese bote? —preguntó Mason.

—El bote fue alquilado casi a las nueve de la noche.

—¿Cuánto tiempo estuvo alquilado?

—El hombre regresó exactamente a las diez y veinte, alrededor de una hora y veinte minutos mas tarde. Recuerdo que discutimos un poco sobre el tiempo que él había estado afuera. Le exigí que me pagase el alquiler correspondiente a una hora porque no recordaba si había salido justamente a las nueve o no.

—¿No es una hora un tiempo demasiado corto para hacer un estudio de las costumbres nocturnas de los tiburones?

—Depende de cuántas costumbres quiera uno estudiar... y de cuántos tiburones.

Se oyeron risas en la sala del tribunal.

—Al fin y al cabo —señaló Linton—, el testigo no es un perito en materia de tiburones.

Cameron tosió ásperamente.

—Ocurre —dijo— que soy perito en tiburones. Los he estudiado.

El juez Newark demostró interesarse por esta fase de la declaración.

—¿No sabe usted quién era aquel caballero? —preguntó inclinándose hacia delante—. ¿Sabía usted solamente que su nombre era Smith?

—Sí, señor.

—¿Informó usted eso a la Policía?

—Bueno...; no recuerdo haberlo hecho. Creo que no me lo preguntaron.

—¿Ése fue el único bote a remo que usted alquiló en la noche del crimen?

—Sí.

—¿Desde qué hora dijo usted?

—Desde las cuatro de la tarde. Alquilé otro a las tres, pero ése regresó a las cinco.

—¿A quién fue alquilado?

—A una mujer que también era forastera.

—¿A una mujer sola?

—Así es. Sin embargo, la mujer andaba pescando. Yo alquilo muy pocos botes para pescar.

—¿Puede usted describir al tal Smith? —preguntó el juez.

—Sí, señor, puedo describirlo. Era un hombre joven, trigüeño,

muy delgado y muy poco experimentado en cuestión de botes. Recuerdo haberlo notado porque me llamó la atención que...

—No creo que las impresiones del testigo sean pertinentes —protestó Linton.

—Quizá no —convino el juez en tono irritado—. Sin embargo, el tribunal se interesa por esta fase de la declaración del testigo. ¿Dice usted que ese hombre no conocía bien el manejo de un bote?

—Así es, señoría.

—¿No era eso bastante extraño en un hombre que se interesaba, aunque sólo fuese con interés académico, por las costumbres de los tiburones?

—Eso —replicó Cameron— es lo que yo trataba de decir cuando este abogado me interrumpió. Me pareció extraño que un hombre...

El juez Newark sonrió.

—Creo que ahora no necesitamos sus impresiones, mister Cameron. ¿Puede usted describir más detalladamente el aspecto de ese hombre? ¿Cómo estaba vestido? ¿Cuánto pesaba?

—Bueno; estaba enfundado en un abrigo, y eso era otra cosa que..., bueno, no exactamente extraña, pero fuera de lugar.

—¿Por qué?

—Señoría, una persona que va a remar en un bote siempre llevará una chaqueta buena y pesada..., una cazadora de cuero o algo por el estilo; pantalones, zapatos o botas. Muy pocas veces un hombre que entiende de botes usa abrigo..., especialmente si el abrigo es de clase fina.

—¿Por qué?

—Los botes filtran el agua... y, por lo general, el fondo de ellos está más o menos sucio con cebos para pescar y cosas por el estilo. El que usa abrigo en un bote lo arrastra por el fondo y lo ensucia. No se puede evitar que el abrigo toque el piso. Y, por la forma en que están contruidos los botes, el asiento es tan bajo que cuando una persona se sienta en él la parte baja del abrigo arrastra y se moja con el agua que hay allí.

—Sí, sí; entiendo lo que usted quiere decir —manifestó el juez Newark, claramente interesado ahora en las declaraciones del testigo—. Y ese hombre usaba abrigo. ¿Puede usted describir el abrigo?

—Era un abrigo de color claro, gris claro creo, pero pesado y de buena calidad.

—¿Tenía algunos dibujos la tela?

—No, señorita.

—¿Y dice usted que el hombre tendría alrededor de treinta años?

—Yo diría que tenía alrededor de treinta años..., probablemente no tenía más de treinta.

—¿Y su aspecto?

—Observé que era bastante delgado, de cutis oscuro y algo encorvado. No puedo describir exactamente lo que quiero significar, pero diré que cuando uno vive en la ribera puede distinguir a las personas que han trabajado con botes o barcas porque tienen el pecho saliente. No puede pasar inadvertida una persona así.

—Ya veo —dijo el juez Newark—. Ahora bien: ¿ese hombre alquiló el bote alrededor de las nueve y volvió a eso de las diez y treinta?

—Sí, señorita, así fue.

—¿Dijo algo acerca de dónde había estado?

—Dijo solamente que había estado en el banco estudiando los tiburones. Tenía una linterna eléctrica.

—¿Alguna libreta de apuntes?

—Yo no pude ver ninguna. No sé lo que tenía en el bolsillo del abrigo.

—¿Hizo algunas preguntas sobre la situación de los bancos de barro? —preguntó Mason.

—No, señor. Parecía saber exactamente adonde iba. Subió al bote y se alejó. Pero podía verse que era un novato por la manera de manejar el bote.

—¿Por qué?

—Su remada no era regular y de cuando en cuando remaba en el aire. A veces, sus remos se hundían demasiado en el agua y otras veces apenas tocaban la superficie. No... Bueno, avanzaba muy despacio. Conducía muy mal el bote. No sabía absolutamente nada de botes ni de agua.

—¿Y ése fue el único bote que usted alquiló aquella noche?

—Así fue.

—¿Y reconocería usted a ese hombre si le viese de nuevo?

—Sí, señor. Creo que le reconocería.

—Eso es todo —dijo el juez Newark a Mason—. Prosiga, abogado.

—Ahora bien —dijo Mason, cambiando bruscamente el tema de sus preguntas—: usted estaba esperando a la Policía cuando ésta llegó, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y se prestó voluntario para llevarlos al yate?

—Sí, señor. Me preguntaron si sabía dónde podría estar el yate y les contesté que sabía el lugar exacto donde acostumbraba anclarlo mister Burbank.

—¿Alrededor de qué hora llegaron ustedes al yate?

—Oh, creo que alrededor de las once y quince...

—¿Era casi a la hora de la marea baja?

—Faltaba justamente una hora y media para el punto más bajo de la marea. Así es; sí, señor.

—¿Y a esa hora el barco estaba encallado?

—Lo estaba.

—¿Muy tumbado?

—Sí. Apenas se podía conservar el equilibrio a bordo.

—¿Y esa inclinación cambió quizás alguna de las pruebas? —preguntó Mason.

—Bueno, no sé nada de eso. No estoy declarando sobre las condiciones de las pruebas.

—¿Era mucha la inclinación del barco?

—Estaba muy inclinado.

—¿A qué inclinación de la perpendicular?

—De veinticinco a treinta grados.

—¿Y era difícil mantener el equilibrio en esas circunstancias?

—Puedo afirmarlo.

—¿El cuerpo estaba tirado en el suelo?

—Sí.

—¿En la posición indicada en esta fotografía?

—Así es; sí, señor.

—Ahora bien —dijo Mason—: si el crimen fue cometido en horas de la tarde debió de haber intervenido otra marea baja. Es

decir, la marea baja que se produjo a los tres minutos después de las doce en la madrugada del sábado, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y también intervino una pleamar?

—Sí, señor.

—¿A qué hora debió de ocurrir?

—A las seis y veintiséis del sábado por la mañana.

—¿Recuerda usted las mareas?

—Ése es mi trabajo..., parte de mi trabajo. Las recuerdo.

—Ahora bien: en esta fotografía —dijo Mason— la posición que ocupa el cuerpo es a un costado de la cabina con la cabeza echada sobre la parte baja del rincón, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y no es muy posible que el cadáver haya rodado desde el otro extremo de la cabina?

—Lo es; sí, señor.

—¿Durante el período de bajar que tuvo lugar a tres minutos después de la medianoche anterior?

—Sí, señor.

—Así que el hecho de que la posición del cadáver, tal como puede observársele en la fotografía, podría ser exactamente la misma en que fue encontrado el cuerpo, no descartaría la posibilidad de que el cadáver hubiese rodado durante la noche al producirse la marea baja después de la medianoche.

—Yo diría que ese cadáver bien pudo haber rodado —manifestó el testigo.

—Él no es un perito en cadáveres —protestó Linton.

—Es un perito en botes —dijo rápidamente el juez.

—Con una inclinación así —explicó el testigo al juez—, uno debe encontrarse muchas cosas en la parte baja de la cabina. Ahora bien: en la forma en que el yate estaba escorado, el lado bajo era la banda de estribor. El cadáver pudo quedar tirado en el otro lado de la cabina cuando fue cometido el crimen, pero la marea baja de las doce y tres lo habría hecho rodar hacia el otro lado.

Mason sacó del bolsillo un transportador, caminó hacia el sitio del juez y dijo:

—Quizá le interesa al tribunal hacer un pequeño trabajo de

detective sin abandonar su sitio.

—Gracias —dijo el juez sonriendo—. Justamente estaba pensando hacerlo.

—No entiendo este intercambio entre el tribunal y el abogado —protestó Linton.

El juez Newark colocó el transportador sobre la fotografía y dijo:

—Creo que esto es... es elemental, mi querido Watson —agregó con una sonrisa.

La sala del tribunal estalló en un coro de risas que el juez no hizo ningún esfuerzo por acallar.

El derrotado ayudante del fiscal de distrito dijo:

—Si el tribunal me lo permite, creo tener derecho a una explicación.

—El tribunal —manifestó el juez Newark— está actuando un poco como detective aficionado para investigar los puntos indicados en el testimonio de mister Mason. Usted podrá notar que esta vela que se muestra en la fotografía está en una posición inclinada.

—¿Y qué quiere decir eso?

—El transportador demuestra que el ángulo en que está colocada esa vela difiere aproximadamente unos diecisiete grados de la perpendicular.

—Muy bien, ¿y qué si lo está? —preguntó Linton—. Cuando un criminal coloca una vela en posición no usa una plomada ni una escuadra para asegurarse de que ha colocado la vela en posición exactamente vertical.

—Lo que creo que usted no ha advertido —manifestó el juez Newark—, y estoy seguro de que eso es exactamente lo que piensa mister Mason, es que la cera que ha caído de esta vela parece estar distribuida muy por igual a cada lado de la vela.

—Bueno, ¿y qué tiene que ver eso con el asunto? —preguntó Linton—. La cera correría hacia abajo en la misma forma por ambos lados, ¿no es así?

—No, si la vela estuviese inclinada —contestó el juez Newark sonriendo—. La vela misma es mudo testimonio de que cuando ardía estaba en posición perpendicular.

—¿Pero cómo pudo ser eso? —preguntó Linton—. Podemos observar en esa fotografía que la vela estaba fuera de la

perpendicular.

—Exactamente —contestó el juez Newark—. Y creo que la teoría de mister Mason es que la inclinación de la vela es una buena prueba respecto al tiempo durante el cual estuvo encendida. ¿No es ésa su teoría, mister Mason?

—Exactamente —contestó Mason—. Por eso, la prueba relacionada con esas mareas es tan importante.

El juez Newark estudió la fotografía unos instantes y luego anunció:

—Van a ser las cinco y la Sala entrará en su sesión de tarde. El tribunal se constituirá mañana a las diez. Mientras tanto, La Sala sugiere que los acusadores revisen su teoría del caso, teniendo en cuenta la prueba de esta vela inclinada y las pruebas que mister Mason ha aportado con respecto a la hora de las mareas. Se suspende la audiencia.

Capítulo 17

De regreso en la oficina de Mason, hablando con su balcuceo característico, Paul Drake decía:

—Tengo que hacerle justicia, Perry. Ciertamente, usted saca conejos del sombrero. Ha mareado al fiscal del distrito y los diarios le harán quedar muy bien con sus clientes cuando digan lo que sucedió esta tarde en la sesión del tribunal.

—Todavía no he sacado ningún conejo del sombrero —manifestó Mason, comenzando a pasearse por la oficina con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante como si observase unos agujeros en la alfombra—. Palabra, Paul, casi lo he aclarado; pero creo que no podré llegar hasta el final... Me alegro de que el juez Newark haya entendido lo de la vela y las mareas.

—Es extraño que aquel asunto de la vela no se me haya ocurrido nunca —comentó Paul Drake.

—La explicación es sencilla —señaló Mason—. Casi todos los crímenes se cometen en tierra. Los detectives de la Policía acostumbran pensar solamente sobre las cosas que ocurren en tierra y pasan por alto los factores elementales que entrarían automáticamente en los cálculos de un hombre de mar. Pregúntele a uno de éstos sobre un problema relacionado con el océano o con la navegación y casi su primer pensamiento será con respecto a la marea. Por otra parte, el teniente Tragg y los muchachos de la división de homicidios probablemente nunca piensan en ella..., a menos que sean aficionados a la pesca.

—Pero —dijo Della Street— no puedo comprender cómo esa vela puede relacionarse con...

—¿Con qué? —preguntó Mason.

—Con esa huella sangrienta en el peldaño de la escalera.

—Esa pisada sangrienta es lo que me preocupa.

—¿La dejó Carol Burbank?

—Quizá sí. Ella lo dice, y además se encontró sangre en su zapato.

—¿Y hay algo raro en eso? —preguntó Drake.

—Lo que hay de raro —contestó Mason— es que, si la historia de Carol Burbank es correcta, tuvo que dejar esa huella sangrienta antes que el hombre fuese asesinado.

—Pero ella no pudo hacer eso, Perry.

—¿Notó usted la posición de la huella sangrienta?

Drake se volvió en el gran sillón de cuero y dijo:

—Déjeme echarle otro vistazo a esa fotografía, Perry.

Mason abrió un cajón de su escritorio y entregó a Drake una fotografía que mostraba la huella sangrienta del pie sobre el peldaño de la escalera.

—Bueno, ¿qué tiene de raro esto? —preguntó Drake, después de haber estudiado un rato la fotografía.

—La pisada no fue hecha en las circunstancias mencionadas.

—¿Por qué?

Mason repuso:

—Volveremos de nuevo a la cuestión de las mareas. ¿Cuál es la posición de esa pisada?

—Justamente en medio del peldaño —anunció Drake.

—Exactamente. Ahora recuerde que cuando Carol Burbank fue allí el yate estaba ya algo escorado. Pudo haber pisado un charco de sangre..., ¿luego qué habría sucedido si Carol hubiera intentado subir por la escalera? ¿Ha tratado usted alguna vez de subir por una escalera inclinada?

—No —contestó Drake—. ¿Por qué habría de hacerlo?

Mason fue al guardaropa, sacó una escalera y la inclinó con todo cuidado hasta sostenerla en cierto ángulo.

—Muy bien —dijo—; éste es casi exactamente el ángulo de la vela. Ahora suponga que ha de trepar por aquí. ¿Qué haría usted, Paul?

Drake contestó:

—Si yo tuviese que trepar en tales condiciones, no lo haría.

—Sí lo haría —dijo Mason—. Usted subiría por ahí, pero, ¿cómo?

Drake movió la cabeza.

Della Street fue a la escalera y se levantó ligeramente la falda para que los dos hombres pudiesen ver claramente la posición de sus pies.

—Hay una sola manera de hacerlo, Paul. Usted no pondría, de ningún modo, los pies en el centro de los peldaños. Los pondría en el rincón, contra el borde de la escalera, en el lado más bajo.

—Exactamente —dijo Mason.

Drake silbó.

—Entonces usted cree que...

—Esa pisada sangrienta —afirmó Mason— se hizo cuando el yate estaba en posición relativamente horizontal.

—Es cierto, Perry. Carol afirma que fue allí tan pronto como supo la noticia. La posición de esa pisada corrobora su historia. El yate comenzó a escorarse a eso de las nueve. Y Cameron dice que la motora fue sacada...

—Muy bien —interrumpió Mason—; todo coincide. Lo único que no coincide es que el hombre no estaba muerto aún.

—Seguro que lo estaba. Reconstruí lo que sucedió y todo concuerda. Burbank fue al yate con Milfield. Pelearon. Burbank le golpeó de manera que aquél se rompió la cabeza contra el umbral metálico y...

—O —interrumpió Mason— le golpeó, derribándole dejó el bote a la deriva y regresó a tierra. Alguna otra persona fue en un bote hasta el yate, mató a Milfield y se alejó de allí. Eso es lo que yo tengo que establecer si quiero sacar de este conflicto a Burbank y a Carol. Y eso debe ser lo que sucedió.

—Bien —dijo Drake con gesto de duda—, eso sería un gran mérito para usted..., si pudiese probarlo, Perry. ¿Pero cómo puede hacerlo? Entonces tuvo que haber dos hombres a bordo del yate. Milfield y el asesino. Milfield no puede hablar y el asesino no lo hará.

Mason dijo:

—Quizás el asesino hable; acaso ya lo hizo. Y el yate también hablará. Todo lo que tiene que hacerse es tomar en consideración el

estado de las mareas, como lo haría cualquier aficionado a la mar, y se encontrará con que la historia de la parte acusadora y la historia contada por las otras personas no concuerdan.

—¿Y qué es lo que no concuerda? —preguntó Della Street.

Mason comenzó nuevamente a pasearse por la oficina.

—Este mozo, Burwell —dijo bruscamente—, parece un joven ingenuo preocupado por las penurias de su amor ilícito..., pero tenga en cuenta que no es tan ingenuo como pretende. Él dice que vino aquí en el «Lark», el viernes por la noche. ¿Es cierto eso? ¿Advierte usted que dice que Daphne Milfield le comunicó la muerte de su esposo antes que el teniente Tragg hubiera podido decírselo a ella? ¿Advierte usted la semejanza que existe entre Burwell y el individuo misterioso que se mostraba tan interesado por las costumbres nocturnas de los tiburones? Vamos a suponer que Roger Burbank golpeó a Milfield derribándolo. Burbank se alejó de allí furioso. Carol va al yate y se encuentra con el hombre tirado en el suelo, con la cabeza apoyada sobre el umbral metálico. Ella cree que le mató su padre, y éste también lo cree así. Pero supongamos que Burbank no le mató. Entonces debemos apelar al yate mismo, y a la prueba de las circunstancias, para que nos digan lo que sucedió y quién mató verdaderamente a Milfield. Es cuestión de tratar que concuerden los hechos. Los elementos del caso son tan sencillos que un niño puede encontrarlos; pero cuando uno los reúne, no concuerdan. Vamos a mirarlo desde este ángulo. La marea alta fue a las cinco y cuarenta y uno de la tarde. Tomemos la declaración del testigo Cameron. Veamos: les haré una descripción.

Mason sacó del escritorio un cuadernillo de papel de oficio, tomó un lápiz e hizo un cuadro sinóptico con ciertas cifras.

Luego entregó el resumen a Paul Drake; Della Street fue a mirar por encima del hombro de aquél.

El cuadro sinóptico decía:

Noche del viernes, marea alta, 05:41.

Marea baja, tres minutos pasada la medianoche; es decir, a las 00:03 de la madrugada del sábado.

Marea alta siguiente, 06:25 sábado por la mañana.

Por tanto, el barco estaba encallado, así que no pudo moverse el viernes por la noche, hasta las 08:00.

Comenzó a escorarse, 09:00.

Escorado totalmente, 10:30.

Por tanto, comenzaría a inclinarse hacia el otro lado, 02:00 de la madrugada.

Casi derecho, pero todavía encallado, 03:00 de la madrugada.

Flotando nuevamente, 04:00 de la madrugada.

Encallado nuevamente, 08:45 sábado por la mañana.

Comenzó a escorarse, 09:45 sábado por la mañana.

Escorado a medias, 11:45, hora en que llegó la Policía.

Drake estudió la descripción y asintió.

—Eso parece bastante sencillo —manifestó.

—Muy bien —anunció Mason volviendo al cuadernillo de papel de oficio—, aquí tenemos un sencillo dibujo del interior de la cabina y de la posición del cuerpo. Señala dos posiciones. La posición número uno muestra dónde yacía el cadáver cuando la cabeza golpeó contra el umbral, y la posición número dos, donde fue encontrado el cadáver.



»Ahora tenga en cuenta esto, Paul. El yate, al inclinarse, haría rodar el cuerpo hasta la posición número dos. Pero durante la siguiente pleamar, el cuerpo no rodaría nunca nuevamente a la posición número uno, lo que ocurriría es que, cuando el yate flotase nuevamente con la siguiente marea alta, lo haría a un nivel equilibrado. Pero, a causa de la posición de las anclas y de las corrientes de la marea, cuando el yate comenzaba a escorarse de nuevo, se inclinaría hacia el lado derecho, quedando la banda de estribor hacia abajo y la banda de babor hacia arriba. Por tanto, una vez que el cuerpo llegase a la posición número dos, permanecería allí hasta que fuese movido por alguna intervención humana. Tome, eche un vistazo a este dibujo que le demostrará lo

que quiero decir.

Mason se lo entregó a Drake.

—Es verdad —manifestó Drake—, parece que no hubiera mayores dificultades en todo esto.

Mason dijo:

—Muy bien; ahora vamos a comparar las declaraciones y los hechos materiales del caso con esta descripción. El médico que hizo la autopsia dice que en el cuerpo no había ninguna herida que pudiera haber sangrado, salvo ese tajo en la parte posterior de la cabeza encima de la porción fracturada del cráneo, y a la cual por tanto, podemos referirnos como la herida final. Ahora bien; hay sangre sobre el umbral en la posición uno..., una cantidad bastante considerable de sangre. Mire, voy a señalarlas en el dibujo. Hay también cierta cantidad de sangre cerca de la cabeza, en la posición número dos, y también se ven claramente dos charcos de sangre, que fueron dejados sobre la alfombra, pero que no tienen relación entre sí, salvo unas pocas gotas aisladas que debieron de caer allí cuando el cuerpo rodó. Pero una vez que hubo empezado a rodar, la inclinación debió de ser lo suficientemente pronunciada como para hacerle dar vueltas y vueltas, sin detenerse, hasta que lo llevó contra el lado derecho de la cabina. Vamos a comprobar esto en el dibujo.

Mason puso el dibujo sobre el brazo del sillón, de modo que pudiesen verlo los tres.

Drake lo estudió silenciosamente por espacio de varios segundos y dijo:

—Veamos, ¿y qué tiene de raro todo ello, Perry? Eso es justamente lo que ocurriría con un cadáver. Yacería en una posición hasta que la inclinación fuera lo suficientemente pronunciada como para moverlo, y cuando esto hubiese sucedido, el cuerpo, ya en movimiento, daría vueltas y vueltas hasta que golpease contra la parte baja de la cabina, quedando en la posición en que fue encontrado.

—Muy bien —dijo Mason—. Ahora tenga en cuenta que el barco comenzó a escorarse a las nueve de la noche del viernes. No había llegado a su posición de inclinación máxima hasta alrededor de las diez y treinta de la noche del viernes. La vela está inclinada más o

menos diecisiete grados, lo que indica que cuando estaba encendida, el yate se hallaba escorado a medias. Por tanto, quizá podríamos encontrar algún término medio..., que depende de ciertos factores que no podemos anticipar en este momento. Pero me atrevería a pensar que el período intermedio en que el yate se inclinó unos diecisiete grados sería poco después de las nueve..., digamos alrededor de las nueve y veinte, probablemente no después de las nueve y cuarenta. Ahora empezaremos a hacer concordar todos los extremos. Teniendo en cuenta la declaración del médico que hizo la autopsia, el cadáver no pudo haber sangrado más de media hora. El cuerpo yacía con la cabeza contra el umbral de la cabina delantera, a una distancia de dos o cuatro centímetros de ese umbral, en la posición número uno, y luego rodó hacia la posición número dos; si la herida no siguió sangrando más de media hora, y si encontramos charcos de sangre en ambas posiciones, la número uno y la número dos, entonces nos vemos obligados a llegar a la conclusión de que el crimen fue cometido a eso de las nueve y quince de la noche del viernes, después que el barco comenzó a inclinarse.

Drake asintió y dijo:

—Eso está corroborado por la vela.

—Exactamente —dijo Mason—. El estado de la vela indica que ardió durante unos veinte minutos, en algún lapso de tiempo comprendido entre las nueve y las nueve y cuarenta. Probablemente fue encendida alrededor de las nueve y cuarenta.

—Ya había oscurecido antes de eso —comentó Drake.

—Ahora estamos llegando a alguno de los aspectos complicados del caso —anunció Mason—. O Milfield estuvo sentado a oscuras en la cabina o hay otra posibilidad que parece ser más verosímil. Y es que hubo un cabo de otra vela en la posición en que fue encontrada la vela. Milfield encendió ese cabo cuando oscureció y se apagó al consumirse; luego quitó los restos de la vela de la tabla donde había estado pegada y los arrojó al agua. Enseguida encendió una nueva vela y...

—¡Por Dios! —exclamó Drake muy excitado—. ¡Eso es, Perry! Eso ordena todo el asunto, hace que todo coincida. Milfield terminaba de encender la vela nueva cuando el criminal llegó a

bordo. Eso debió de ocurrir cinco o diez minutos después que Milfield encendiese la vela.

—Exactamente —manifestó Mason—. Eso fija la hora del crimen con una seguridad casi matemática ¿no es así, Paul?

Drake asintió.

—Pero —dijo Mason— Roger Burbank tuvo su altercado con Milfield a eso de las seis de la tarde. Carol Burbank fue en su coche al Yacht Club apenas lo supo. Llegó al yate después de las siete y antes de las ocho. El yate estaba todavía en un nivel equilibrado. Carol encontró el cuerpo tirado en la posición número uno. Ésa es la solemne declaración que ella me hizo.

Drake dijo:

—Por Dios, Perry, usted tiene toda la razón. La chica está mintiendo. Miente descaradamente acerca del factor tiempo. Sencillamente, no pudo suceder como ella lo describió.

—Así es —dijo Mason—. Todas las cosas coinciden. Carol Burbank está mintiendo. Debió de abordar el yate después de las nueve. Tenga en cuenta que el criminal encendió la vela o la encendió ella. Existe siempre la posibilidad de que la vela fuese encendida después de haber sido cometido el crimen y de haberse ido el asesino.

—No es muy probable, por el hecho de que la vela vieja fue retirada de allí —opinó Drake.

—No es muy probable —admitió Mason—, pero es una posibilidad.

Drake dijo:

—Me ha convencido, Perry. Carol Burbank está mintiendo.

—Espere un momento —dijo Mason—. Ahora llegamos a lo que prueba la verdad de la historia de Carol.

—¿Qué es ello?

—La posición de la huella sangrienta. La pisada está justamente en medio del peldaño de la escalera. Eso indica que el yate estaba en un nivel equilibrado cuando fue marcada la pisada sangrienta. ¿Cómo explica usted eso, señor detective?

Drake se rascó la cabeza y contestó:

—Maldición, Perry, no puedo explicarlo. No encaja de ningún modo en el bosquejo.

—Ahí tiene —manifestó Mason—. La pisada sangrienta indica que Carol dice la verdad. Por otra parte, la prueba de la mancha de sangre indica que miente. De acuerdo con la teoría de las mareas, el crimen, sencillamente, no pudo cometerse antes de las nueve. Y recuerde también que, siempre que se trata de esclarecer un caso criminal, deben tomarse en consideración ciertos factores. El criminal siempre mentirá, y ciertos testigos mentirán a veces. Por tanto, uno debe tener en cuenta el hecho de que la historia que cualquiera cuenta, en el banquillo de los testigos o fuera de él, quizá sea falsa.

—¿No sería posible que esa pisada sangrienta fuese preparada? —preguntó Della Street.

—Della —dijo Mason—, está llegando usted a la idea que yo tengo en el fondo de mi mente. Supongamos que una chica sabe algo acerca de las mareas, que es bastante inteligente para pensar con rapidez en un caso apurado, y que advirtió que, por alguna otra razón, a ella le convendría que pareciera que el crimen había sido cometido a una hora muy anterior a la que en realidad se cometió. El yate estaba escorado en el momento en que ella estaba a bordo, pero advirtió que si dejaba una pisada sangrienta en el centro exacto del peldaño de la escalerilla, indicaría que el yate estaba en un nivel equilibrado.

—¡Por Dios! —exclamó Drake—. ¡Usted ha dado el clavo! Y Carol es una chica que piensa rápidamente.

—No puedo permitirme dar un tropezón. Tengo que dar en el blanco con mi primero y único tiro. El médico que hizo la autopsia dice que la hemorragia..., es decir la hemorragia grande, ocupó probablemente un período no mayor de treinta minutos. Hay solamente dos charcos grandes de sangre, uno en la posición número uno, y el otro en la posición en que fue encontrado el cadáver. Eso indica que el crimen fue cometido alrededor de las nueve y veinte. La posición de la vela indica que el crimen fue cometido casi justamente a las nueve y veinte. Lo único que no concuerda es aquella pisada sangrienta. Ahora bien, yo tengo que saber por qué no concuerda, cuándo fue hecha, y por qué fue hecha.

—¿Hay posibilidad —preguntó Della Street— de que la pisada hubiese sido hecha a la mañana siguiente, después que el barco

volvió a adquirir un nivel equilibrado?

—Ésa —contestó Mason— es la solución que a mí se me antoja posible. Es lo único que explicaría todos los hechos, tal como yo los veo ahora.

—Tengamos en cuenta si la sangre quedaría sin coagular durante todo ese tiempo —manifestó Drake.

—Creo que sí —dijo Mason—, especialmente en el lugar donde la sangre había empapado la alfombra. Recuerde que la alfombra que hay en el piso de la cabina es muy gruesa y muy pesada y que está asegurada al piso por una serie de tachuelas. Examinando la prueba circunstancial, tenemos dos relojes que fijan la hora del crimen con precisión matemática. El primero y más importante reloj es la vela en un ángulo aproximado de diecisiete grados de la perpendicular, a pesar de lo cual la cera se fundió hacia abajo de igual forma por ambos lados, indicando que la vela estaba casi vertical al arder.

—¿Y el segundo reloj? —preguntó Drake.

—El tiempo durante el cual sangró la herida, probablemente no más de media hora. Es decir, sangrando hasta el punto de dejar manchas de sangre del tamaño de las que fueron encontradas en la alfombra. Ahora bien: hay un solo modo de sincronizar esos dos relojes de modo que señalen una sola hora, que indicará la del crimen, y si lo conseguimos, la huella sangrienta quedaría absolutamente fuera de lugar.

—Entonces —dijo Drake—, la pisada fue preparada. El hecho de que Carol Burbank sacara los guantes de la cartera, dejando caer la contraseña al suelo..., Perry creo que explica lo de la pisada sangrienta. Todo es una estratagema.

—¿En perjuicio de quién? —preguntó Mason.

—En perjuicio de..., por Dios, no lo sé, Perry. Parece más en perjuicio de nosotros que de otra persona.

Mason asintió con expresión malhumorada.

—¿Dónde está el yate ahora?

—Ya he pensado en todo eso, Paul. La pisada es lo único que no concuerda. Es lo que está fuera de línea, en relación con todo lo demás. Por tanto, debemos tomar en consideración la posibilidad de que la pisada haya sido hecha deliberadamente y, como usted

señala, al depositar los zapatos y dejar después que la contraseña cayese al suelo, quizá fuera lo que parece ser. Pero, por otra parte, quizá corresponda a un plan encaminado a poner esos zapatos en manos de la Policía bajo tales circunstancias que la prueba del zapato manchado de sangre pareciera todavía más siniestra.

Mason sacó del bolsillo una tabla de mareas y dijo:

—Paul, esta noche haremos un experimento.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Drake.

—Esta noche —contestó Mason— la marea alta es a las nueve y cuarenta y dos de la madrugada. La marea baja será a las dos y cincuenta y cuatro de la madrugada de mañana. De acuerdo con el esquema que nosotros hicimos, el barco debe tocar fondo a eso de las once de la noche. Debe, pues, empezar a escorarse a las doce. Debe estar ya completamente escorado a eso de la una y treinta. Quiero estudiar el período comprendido entre las doce y treinta y la una y cuarenta y cinco.

—¿Dónde está el yate ahora? —preguntó Drake.

—Como representante de los dueños del yate —anunció Mason—, he conseguido que la Policía deje de custodiarlo, y está a mi cuidado. He dado instrucciones a Cameron para que me lo haga remolcar, desde el «Yacht Club» hasta el mismo lugar y posición que ocupaba la noche del crimen, y que lo deje anclado allí. Pero antes de medianoche iremos para estudiar la acción de la marea.

La cara de Drake reflejó su desaliento.

—¿Qué le sucede? —preguntó Mason.

Drake contestó:

—Tenía usted que elegir justamente la noche en que debía curarme la garganta y que me duelen todas las articulaciones.

—¿Va usted a enfermar de gripe? —preguntó Mason.

—Creo que voy por ese camino —admitió Drake—, pero no tengo fiebre. Solamente me siento un poco molesto. Quería darme un baño turco y...

—Olvídelo —interrumpió Mason—. No hace falta que vaya usted. Voy solamente a estudiar lo que ocurre a bordo de ese barco, para poder presentar una teoría al tribunal mañana por la mañana.

—Seguramente el juez está interesado en ese asunto de la vela —dijo Drake.

Mason hizo un gesto de asentimiento.

—Si logro encontrar una teoría que tenga algún fundamento serio, conseguiré que la causa sea sobreseída mañana por la mañana. Si no, habré fracasado.

Della Street dijo:

—Yo voy con usted, jefe.

—Tonterías —interrumpió Mason—. Voy nada más para ver lo que ocurre, y...

—Voy con usted —interrumpió Della.

—Muy bien —dijo Mason sonriendo—. Vamos.

Capítulo 18

Una niebla baja se extendía por las aguas oscuras, sobre la cual, las estrellas parecían pálidos puntitos.

Mason ayudó a Della a bajar del automóvil. El eco de sus pisadas resonó a lo largo de las tablas del muelle flotante que conducía a la cabaña del guarda del «Yacht Club». Las siluetas de los pequeños yates de paseo amarrados al muelle flotante parecían siluetas fantasmales en la fría humedad de la noche.

Una luz brillaba en la pequeña cabaña situada en el extremo del muelle. Cuando el hombre que estaba sentado en su interior oyó los fuertes pasos de Mason y el rápido «staccato» de las pisadas de Della Street, abrió la puerta y sonrió en señal de bienvenida.

—Hola, Cameron —dijo Mason.

—Buenas noches —saludó aquél.

—¿Está todo listo?

Los ojos de Cameron parpadearon con expresión tranquila. Sostenía entre sus dientes una corta pipa; sacóse ésta de la boca y dijo:

—Será mejor que entren para calentarse un poco. Hará mucho frío afuera, en el agua. Hay una estufa en la cabina del yate. Tengo un cacharro de agua en el fuego y un poco de ron. Si ustedes quieren un poco de ron caliente con manteca, yo...

Mason no esperó siquiera a que Cameron terminase de hablar y preguntó:

—¿Qué es lo que espera?

Cameron sonrió, y mirando a Della Street, pregunta a su vez a Mason, con cierto recelo:

—¿Dos vasos, o tres?

Fue Della Street la que contestó:

—Tres.

—Y puede prepararlos todo lo fuertes que quiera —agregó Mason.

Cameron puso en tres tazas una generosa porción de manteca, agregó agua hirviendo, azúcar y especias y luego vertió allí el ron.

—Tengo un hermano que tiene lechería —anunció Cameron—, y por eso siempre tengo una buena provisión de manteca. ¿No quieren ustedes quitarse los abrigos?

—No —dijo Mason—, partiremos tan pronto como hayamos terminado nuestro ron. No nos hará mal calentarnos un poco antes de salir.

Della y Mason se miraron silenciosamente por encima del borde de las gruesas tazas de porcelana y luego sorbieron el brebaje caliente.

—Esto —afirmó Mason— es un salvavidas.

—Ajá. Hace bastante frío esta noche. Durante ocho o nueve meses del año se nota mucho frío a medianoche ahí fuera, en el agua. Tengo que salir de cuando en cuando para hacer las rondas, y les aseguro que es muy agradable volver a mi cabaña tan abrigada.

—¿No se siente usted solitario? —preguntó Della Street.

Cameron sopló tranquilamente sobre su pipa.

—No —contestó—. Tengo libros y..., bueno, no lo sé. Uno se siente solitario en una casa grande; pero en una cabaña pequeña como ésta y con todas las comodidades que hay aquí, no puede uno sentirse solo. Se acostumbra a esto después de cierto tiempo y se siente mejor solo que acompañado.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar al yate? —preguntó Mason.

—Oh, no más de diez minutos. Tengo entendido que ustedes quieren que les lleve en mi motora y los deje allí. Luego debo ir a buscarlos a eso de las dos. ¿No es así?

—Exactamente.

—Muy bien —dijo Cameron—, allí estaré. Quería saber la hora porque no me gusta dejar solo este lugar. En realidad no debo dejarlo solo, pero creo que no importará que haga ese viaje tan corto. Me gustaría que estuviesen preparados para regresar apenas yo llegue. ¿Ha encontrado usted alguna pista?

Mason rió.

—Ninguna. Estamos investigando nada más.

—¡Hum!

—Por supuesto, quizás encontremos algo.

—Eso es. ¿Qué tal me porté en el banquillo de los testigos? No perjudiqué su defensa, ¿verdad?

—De ningún modo.

—Me alegro. Espero que consiga usted que absuelvan a los dos. Son gente muy buena. Mister Burbank es un buen amigo mío. Y su hija, ¡una chica maravillosa! ¡Es de pura sangre! ¡Bueno, podemos salir cuando usted quiera!

Mason y Della Street pusieron en la pila sus tazas vacías.

—Vamos —dijo Mason.

El motor portátil comenzó a roncar. La proa del bote formaba una estela que se rompía hacia ambos lados en una serie de pequeñas olas. El viento de la noche, frío y húmedo, les helaba la cara. El pequeño bote salió al canal, dio vuelta al promontorio y comenzó a luchar contra la marea, enfilando hacia arriba por las negras aguas del estuario.

—¿Es muy difícil navegar por aquí? —dijo Mason.

—Oh, se acostumbra uno pronto. Aprender a conocer las boyas y ya es suficiente. Se mantiene la vista fija en ese promontorio, en línea recta con esa luz pequeña que se ve al otro lado. Hay que mantenerlos bien en línea. Vea ahora cómo han quedado atrás, siempre en línea.

Mason rió y dijo:

—Creo que ya puedo sacar mi licencia de piloto.

Della Street dijo:

—Algo a proa.

El motor portátil redujo enseguida su velocidad.

—Ése es el yate —anunció Cameron.

El bote trazó un semicírculo alrededor del yate y se acercó a la barandilla.

Cameron dijo a Mason:

—Ahora, si quieren subir al yate...

Mason asintió, extendió el brazo, se agarró al frío hierro de la barandilla y subió a bordo. El botero le arrojó una soga y dijo a

Della:

—Ahora, señorita, le daré una mano.

Izaron a Della Street hasta la cubierta del yate. Cameron se cogió a la barandilla, sosteniendo el bote contra el yate.

—El yate ya toca fondo —anunció Cameron.

—Así es.

—Bueno, cuiden sus pisadas cuando encalle. Se inclinará un poco, luego parecerá encajarse y después se inclinará del todo con una sacudida. Entonces, usted quiere que yo esté de regreso a las dos, ¿no es así?

—Así es —contestó Mason.

—Muy bien; estaré aquí. Miren dónde pisan ahora. No se lastimen.

—No nos lastimaremos —repuso Mason.

Cameron parecía aún resistirse a dejarlos allí. Permaneció varios segundos agarrado a la barandilla, mientras el motor portátil continuaba roncando y se esparcía por el aire el olor de gasolina quemada.

—Bueno, me iré. A las dos en punto, ¿eh?

—Está bien.

—¿Cree que habrán terminado y estarán dispuestos para regresar a esa hora?

—Así lo creo.

—Bien; hasta luego.

Cameron empujó el bote hacia atrás y tomó asiento en la popa. El motor entró en actividad y en pocos segundos el bote se perdió de vista, aunque el sonido del motor seguía oyéndose a través de la niebla oscura.

—Bueno —dijo Mason, sacando una linterna eléctrica del bolsillo—, vamos a bajar. Mire dónde pisa, Della; la cubierta está resbaladiza.

Mason sacó una llave del bolsillo, abrió un candado, corrió hacia atrás la escotilla y ayudó a Della a bajar la escalera y a entrar en la cabina principal.

—¡Qué abrigado! —exclamó Della.

—Sí, está bien —convino Mason encendiendo una vela.

—¿Cómo calentaban esto?

—Hay una estufa pequeña que consume leña y carbón —contestó Mason—. La usaban tanto para cocinar como para caldear el ambiente. Le dije a Cameron que me la preparase para encender fuego. Sí, está en condiciones para ser encendida.

Mason encendió un fósforo y lo arrojó dentro de la estufa. El papel y las virutas se convirtieron en una llama. Mason dijo:

—Ahora, pues, lo único que tenemos que hacer es esperar a que baje la marea.

Della Street miró su reloj de pulsera.

—¿El barco toca fondo ahora?

—Sí —contestó Mason—, la quilla está descansando en el barro.

El yate hizo una oscilación leve, casi imperceptible.

—No solamente toca fondo —agregó Mason— sino que empezará a inclinarse dentro de pocos minutos; ya no falta mucho. Quiero ver exactamente cuánto tiempo antes de la marea baja, un cadáver empezaría a rodar hacia el lado más bajo de la cabina y cómo empieza a inclinarse el yate mientras baja la marea.

Della tembló ligeramente.

—¿Se está poniendo nerviosa? —preguntó Mason.

—Un poco —admitió Della—. Éste es un lugar siniestro. Apaguemos la vela y esperemos a oscuras. La estufa dará suficiente luz... Me parece que estoy demasiado visible... Cualquiera podría... Bueno, usted sabe..., a través del ojo de buey.

Se interrumpió y comenzó a reír.

Mason apagó enseguida la vela.

—Ahora me siento mejor —manifestó Della—. Tenía la sensación de que unos ojos espiaban por los ojos de buey.

Mason le rodeó el talle con el brazo.

—Olvidelo —dijo—. Nadie sabe que estamos aquí.

Della rió con cierto aire de disculpa y se apretó contra el hombro protector de Mason.

El fuego chisporroteaba alegremente. Pequeñas llamas amarillentas salían por el frente de la estufa. Un denso silencio descendió sobre ellos, un silencio que solamente rompía el murmullo del agua que rodeaba al yate encallado.

El yate osciló un poco más hacia el costado, moviéndose casi imperceptiblemente.

Mason consultó la esfera luminosa de su reloj de pulsera y dijo:

—Ahora es cuando yo debo echarme en el suelo y fingir que soy un cadáver.

Della Street miró hacia donde estaba la oscura mancha rojiza en la alfombra y dijo:

—No me gusta que se eche ahí.

—¿Por qué?

—Parece demasiado siniestro. Podría tener... ¿No sería lo mismo echarse en otra parte del yate?

—No —contestó Mason—, voy a hacer el experimento aquí mismo.

Mason se extendió sobre la alfombra que cubría el piso de la cabina con la cabeza a pocos centímetros del umbral metálico de la puerta de la cabina, en la parte trasera del barco.

—¿Está bien, Della?

—Sí, pero me produce escalofríos. Me hace pensar en fantasmas.

—Si el fantasma de Milfield pudiese volver a contarnos exactamente lo que sucedió —manifestó Mason—, nos haría un gran favor.

Della se acercó para sentarse en el suelo al lado de Mason. Su mano se deslizó por el brazo de Mason, sus dedos encontraron la mano del abogado y se cerraron en torno de ella.

Mason la palmeó y dijo:

—Recuerde; se supone que soy un cadáver.

Della rió.

—¿No se siente usted como un cadáver?

—No.

El barco se movió lentamente, inclinándose un poco más.

—Todavía no está lo suficientemente inclinado como para hacerme rodar hacia el otro lado —observó Mason—. Cuando eso suceda, miraremos el reloj para comprobar la hora exacta. ¿Dónde está la linterna, Della?

—Encima de la mesa.

Mason suspiró con aire cansado.

—Hoy me cansé mucho en el Tribunal. Tan duro como es este suelo, me parece bastante bueno para descansar.

Della quitó su mano de encima de la de Mason y le pasó los

dedos por la frente.

—Usted debería tomar las cosas con más calma.

—Ajá —convino Mason con tono algo soñoliento; unos minutos más tarde preguntó—: ¿Qué hora es?

Della miró su reloj de pulsera y contestó:

—Cerca de la una y treinta.

—De aquí a diez o quince minutos veremos lo que sucede —observó Mason.

Bruscamente, Della Street cambió de posición.

—Usted no necesita estar tan incómodo —dijo—. Vamos, levante la cabeza.

Della puso la cabeza de Mason sobre su falda.

—Bueno, así estará mejor. En esta posición podrá comprobar lo que quiera, igual que si tuviese la cabeza apoyada en ese piso duro.

—No podré —protestó Mason con tono soñoliento—. Debiera tener la cabeza allí abajo..., sobre el piso... Quiero saber la hora exacta... Oh, bueno..., quizá sea lo mismo si puedo descansar.

Los dedos de Della se movieron por la frente de Mason acariciando sus cejas y sus ojos cerrados.

—Quédese tranquilo y descanse —dijo Della suavemente.

Mason tomó la mano de Della, la llevó a sus labios dejándola allí un momento y luego la soltó.

Unos instantes después, la respiración de Mason demostraba que estaba dormido; mientras dormía, su mano buscó una vez más la de Della y la retuvo muy cerca de sí.

Los minutos pasaban sin que cambiase la situación. Della Street permanecía sentada e inmóvil. El barco, firmemente encallado ahora, parecía haber dejado de inclinarse.

Della Street también comenzó a sentir miedo. La tibieza de la cabina, la completa tranquilidad que los rodeaba, el relajamiento de todos sus nervios después de un arduo día en el Tribunal, unido todo a lo avanzado de la noche, la hicieron cabecear en pequeños ataques sucesivos de sueño bien venido.

Bruscamente el suelo de la cabina dio una fuerte sacudida. El yate vaciló un momento, luego súbitamente se inclinó por completo hacia un costado.

Della Street, despertada de pronto, se sintió demasiado asustada

para decir cosa alguna. Se agarró instintivamente a la puerta de la cabina para sostenerse. El cuerpo de Perry Mason rodó, dando vueltas y vueltas. El abogado, al despertar de un sueño profundo, manoteó la alfombra en su súbito reflejo de acción automática. Luego Della oyó cómo el cuerpo de Mason chocaba contra la pared del lado de estribor de la cabina.

Un momento más tarde, Della oyó que Mason reía en la oscuridad.

—Bueno, Della, supongo que me dormí y por eso me di este golpe. La hora parece ser exactamente la una y cuarenta y tres. De acuerdo con mi aritmética elemental, eso es casi exactamente cuatro horas y un minuto después de la marea alta. Por supuesto, hay una pequeña diferencia en la altura de las mareas que debemos tomar en consideración, pero es solamente unos pocos centímetros y...

—¿Qué es esto? —preguntó sobresaltada Della Street, mientras Mason quedaba callado de repente.

—¡Escuche! —la previno Mason.

Ambos escucharon. De la oscuridad exterior llegaba un ruido peculiar y rítmico que aumentaba de volumen por momentos..., un ruido bajo, característico y vibrante, que parecía golpear el casco del barco.

—¿Qué es? —susurró Della Street.

—Un bote a remo —anunció Mason en voz baja.

—¿Viene hacia aquí?

—Sí.

—¿Cree usted que es el hombre que vuelve a buscarnos...? Quizá su motor portátil se descompuso y...

—Demasiado temprano —dijo Mason—. Quédese usted quieta, Della. ¿Dónde está usted?

—Aquí, al lado de la estufa, buscando el atizador —contestó ella—. ¡Si el que viene fuese el asesino...!

—Silencio —previno Mason.

Caminó a tientas hacia Della y susurró:

—Tenemos que encontrar esa linterna.

—La he estado buscando —susurró Della—. Cuando el barco se inclinó, debió de rodar de encima de la mesa. Jefe, tome este

atizador. Es pesado y...

Bruscamente, el impacto vibrante corrió a través del yate mientras un bote golpeaba contra el costado de la embarcación.

Fuertes pisadas resonaron sobre la cubierta. La escotilla hizo ruido al deslizarse a lo largo de sus guías metálicas.

Mason arrastró a Della Street hacia el umbral que conducía a la cabina posterior.

—¡Rápidamente —dijo en su susurro—, a la cabina!

Mientras Mason empujaba a Della Street hacia la cabina posterior, una linterna eléctrica envió un círculo de luz brillante, que con rapidez fue extinguida. Una pierna se balanceó sobre la escalera y enseguida se detuvo. Durante unos pocos segundos el intruso permaneció inmóvil, después la pierna desapareció. Con un golpe, la escotilla volvió a la posición anterior. Las pisadas volvieron a resonar sobre la cubierta y se oyó saltar al intruso dentro del bote. Unos remos golpearon frenéticamente en el agua.

—Rápidamente —dijo Mason caminando a tientas hacia la escalera—: consígase esa linterna, Della. Busque a lo largo del costado de la cabina. Quizás haya rodado allí abajo. Cuando la encuentre démela enseguida.

Mason subió por la escalera dificultosamente y sacó la cabeza y los hombros hacia el frío húmedo de la noche.

La niebla se había convertido en una bruma espesa que colgaba sobre el agua como un vellón, amortiguando los sonidos, dislocando la perspectiva.

Remos atemorizados golpeaban vigorosamente en la lechosa oscuridad.

—¡Eh, usted —gritó Mason—, vuelva aquí!

Los remos redoblaron su frenética velocidad; ninguna respuesta vino de la bruma oscura.

—Aquí está la linterna, jefe.

Della puso el cilindro metálico en la mano del abogado. Mason apretó el botón, enviando un rayo de luz hacia la niebla. No tuvo más efecto que si la luz hubiese tratado de penetrar dentro de leche aguada.

El ruido de los remos se tornaba débil por momentos.

—¿Qué le asustó? —preguntó Della—. Nosotros no hicimos

ningún ruido.

—La estufa —explicó Mason—. Corrió hacia atrás la escotilla que está encima de la escalera y sintió el calor de la estufa. Entonces se dio cuenta de que alguien se hallaba a bordo.

—¡Por Dios, jefe, yo estaba tan asustada! Mis articulaciones parecían de gelatina..., especialmente mis rodillas.

Mason la atrajo hacia sí. Apagó la linterna y se quedó escuchando, con Della muy apretada contra su cuerpo.

No se oía más ruido que el gotear del agua condensada que caía sobre el yate.

—Quizás haya dejado de remar y permite que la marea lo lleve hacia fuera —manifestó Mason con tono de desaliento—. ¡Dios mío, cómo me gustaría que Cameron apareciese con su motora!

Se quedaron parados, aguzando el oído, y luego Della se movió inquieta.

—¡Jefe, creo que lo oigo!

Escucharon una vez más. Se oía un ruido de tono bajo y peculiar que aumentaba por momentos de volumen hasta convertirse en el staccato inconfundible de un motor portátil.

—Viene en la misma dirección por donde desapareció ese bote —anunció Mason—. Quizá tropiece con él. Le haremos señales para que se apresure.

Mason encendió la linterna, elevó el rayo de la luz y movió la linterna en forma circular, haciendo señales a Cameron para que aumentase la velocidad.

Un minuto más tarde, la motora vino hacia ellos saliendo de la oscuridad. El motor portátil detuvo sus pulsaciones mientras una mano experta guiaba el bote hasta el lado bajo del yate.

—Venga, Della —dijo Mason—. Vámonos.

Puso las manos debajo de los hombros de Della y, pasándola por encima de la barandilla, la colocó limpiamente en el bote de Cameron. Un momento más tarde, Mason estaba al lado de ella, en el bote.

—Rápido —le dijo Mason a Cameron—. Queremos alcanzar a un bote. Está ahí detrás, en la dirección de donde vino usted. Déle toda la velocidad durante unos dos minutos, luego detenga el motor y escucharemos.

—¿Un bote a remo? —preguntó el botero—. Yo no he alquilado ningún bote. Yo...

—No importa —apremió Mason—. Partamos de una vez.

El motor comenzó a roncar una vez más. El agua se agitó en la popa del bote y, mientras éste corría hacia delante, el aire húmedo golpeaba la cara de los pasajeros.

—Muy bien —dijo Mason después de un par de minutos—. Pararemos el motor para escuchar.

Cameron detuvo el motor. El bote siguió deslizándose por el agua y el murmullo que acompañaba sus movimientos les imposibilitaba oír ninguna otra cosa por el momento. Luego, el bote perdió gradualmente su impulso y el silencio los envolvió..., un silencio neblinoso, roto solamente por el débil sonido que producía el agua al golpear la proa de la embarcación. No se oía ningún ruido de remos.

Después de haber escuchado dos o tres minutos en tenso silencio, Cameron dijo:

—De este modo no se puede hacer absolutamente nada, a menos que tropiece con él por casualidad. Lo oiré cuando nos acerquemos, se saldrá del camino, dejará de remar cuando paremos el motor y comenzará a remar de nuevo cuando lo oiga.

—Muy bien entonces —manifestó Mason—. Hay una sola salida: marchar en zigzag hacia delante y atrás. El bote debe de andar por aquí cerca.

Inmediatamente Cameron puso en marcha el motor. El bote comenzó a zigzaguear entre la bruma. Mason sentóse en la proa, tratando de ver a través de la oscuridad, buscando la forma vaga e indistinta del bote del desconocido, esperando que pasase a su lado, o quizá, que apareciese delante de ellos. Pero no vio nada.

Una vez más el motor redujo su marcha hasta casi no hacer ruido alguno. Cameron dijo:

—No me atrevo a hacer nada más. Voy a extraviarme. Aquí no se pueden ver las boyas. No estoy muy seguro del lugar en que me encuentro ahora.

—Muy bien —concedió Mason—. Supongo que es como buscar una aguja en un pajar. ¿Por dónde está el yate? Quisiera volver allí.

—Bueno —concedió Cameron—, no estoy muy seguro, pero

trataré de encontrarlo. Debe de estar por aquí cerca.

Cameron viró de proa y mantuvo firme el timón.

—No puedo abandonar mi puesto del club mucho tiempo —dijo—. En realidad, no debo abandonarlo ni un momento. ¿Qué podía buscar alguien a bordo del yate?

Mason dijo:

—Eso mismo estoy empezando a preguntarme yo. No creo que el hombre haya ido a buscar nada... Digo, espere un momento. Quizá no necesitamos regresar al yate. El hombre pudo haber estado...

Hacia la derecha y quizá quinientos metros más adelante la oscuridad de la noche se iluminó con una sábana de llamas que enseguida se convirtió en una explosión. La conmoción fue tan fuerte que casi los arrojó sobre el fondo del bote. Medio segundo más tarde, el estruendo de la explosión se estrelló contra sus tímpanos.

Instintivamente el botero detuvo la marcha del motor. La embarcación se deslizó unos momentos en un silencio que parecía un muro tangible que bloquease toda sensación auditiva.

Hacia arriba se oyó un sonido chirriante en el aire..., un sonido que crecía en intensidad y que fue seguido de una especie de chapoteo, a unos cien metros de distancia hacia la izquierda. Un momento más tarde se produjeron unos chapoteos alrededor de ellos.

—Son los fragmentos que caen al agua —anunció Mason.

Cameron movió la pipa en su boca.

—Esa explosión —dijo— debe de ser lo que usted pensaba cuando cambió de idea acerca de volver al yate.

—Así es —dijo Mason muy ceñudo—. Vamos a regresar.

El motor comenzó a marchar a gran velocidad. El pequeño bote avanzó por el agua para luego describir un gran semicírculo. Las partículas húmedas de la niebla golpeaban las caras de los pasajeros hasta que parecieron convertirse en una llovizna. El relente traspasaba sus ropas helándolos hasta los huesos.

—No tardaremos mucho —anunció Cameron—, mas confío en que no me he extraviado, eso es todo.

Siguió un intervalo de varios minutos durante los cuales las tres personas que viajaban en el pequeño bote sentían demasiado frío e

incomodidad para hablar. Luego una boya apareció a proa. Cameron viró justamente a tiempo para no chocar contra ella, y unos momentos después enfiló en dirección al puerto a toda velocidad. Mientras se acercaban a la costa, la niebla se iba disipando. Apareció a proa una luz rodeada de un halo de humedad. Cameron hizo describir una curva al bote y aparecieron en la oscuridad las siluetas de los yates amarrados al muelle flotante del «Yacht Club».

A pesar de la corta duración del viaje, el frío había entumecido las piernas de Mason, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para saltar del bote llevando la amarra.

Cameron detuvo el motor, recibió la amarra de manos de Mason y la ató a una argolla del muelle flotante.

—¿Cómo se siente? —preguntó a Della Street.

—¡B-r-r! —exclamó Della riendo.

Los tres caminaron por el muelle flotante y Cameron abrió la puerta de su confortable cabaña. La acogedora tibieza de la estufa los envolvió en una silenciosa hospitalidad. El canto de la olla era tan hogareño como el ronroneo de un gato frente al fuego.

Sin decir una palabra, Cameron encendió las luces, vertió agua caliente sobre especias, manteca y azúcar, en tres tazas, y agregó mucho ron.

—Eso —anunció Mason— es dar en el clavo.

—Esto —agregó Della Street— me salva la vida. Creí morirme de frío. Parece que las ropas no sirven de nada contra esa niebla fría.

Cameron encendió su pipa.

—Le atraviesa a uno —admitió.

Alzó la tapa de la estufa, echó adentro dos leños de roble, y estaba llenando nuevamente la olla cuando hizo una pausa y espió a través de la ventana.

—Viene un automóvil.

—¿Qué hora es? —preguntó Mason.

—Las dos y quince.

—Parece como si hubiesen pasado años —dijo riendo Della Street.

Mason sacó lápiz y papel de su bolsillo.

—Quiero ver su tabla de mareas —dijo—. Necesito saber justamente la diferencia que hubo entre la marea de esta noche y la de la noche del crimen. Yo...

—Vienen hacia aquí —informó Cameron—. Un par de hombres. Parecen de la Policía.

Sobre el muelle flotante se oyeron fuertes pisadas de un tono muy extraño.

—Suenan como un tambor —dijo Della Street tosiendo nerviosamente—, un tambor siniestro.

Sin golpear, los hombres abrieron la puerta de la cabaña. Por el momento parecían ignorar la presencia de Mason y Della Street. Miraban fijamente a Cameron.

—¿Qué fue esa explosión? —preguntaron.

—Explotó el yate de Burbank.

—Eso es lo que pensamos. ¿Llevó usted a alguien allí esta noche?

Cameron señaló a Perry Mason y Della Street.

—¿Puede usted jurar que ellos estuvieron a bordo de ese yate?

—Así es.

—¿Cuánto tiempo después que ellos dejaron el yate ocurrió la explosión?

—Entre cinco y diez minutos. No más de diez minutos.

El oficial miró a Mason con severa beligerancia.

—Recoja sus cosas, amigo. Vamos a la Jefatura.

—No sea tonto —le dijo Mason—. Tengo que estar en el Tribunal mañana por la mañana. Soy Perry Mason.

—Me importa un comino que sea Poncio Pilatos. Usted irá conmigo a la Jefatura.

Mason explicó pacientemente:

—Un bote a remo llegó al yate. Creí al principio que era alguien que necesitaba retirar algo que había allí, pero el hombre se asustó cuando abrió la escotilla y se encontró con que estaba encendida la estufa de la cabina. Ahora me doy cuenta de que lo que quería era poner allí una bomba de relojería. El hombre no sabía cuándo abandonaríamos el yate y pensó que era una buena oportunidad para hacernos volar juntamente con el barco. Ese asunto de abrir la escotilla y empezar a bajar hacia la cabina y luego volverse para

escapar corriendo y remar frenéticamente en la oscuridad, era solamente una estratagema que usó para que no sospechásemos cuáles eran sus verdaderas intenciones. Probablemente había colocado la bomba unos segundos después de haber subido a bordo del yate.

—¿Qué aspecto tenía ese bote?

—No pudimos verlo.

—¿De qué clase era el bote?

—No lo vimos.

El policía sonrió con aire de superioridad.

—Tendrá que inventar algo mejor —dijo; y agregó en tono de reproche—: Y eso que es usted abogado.

—¡Por amor de Dios!, póngase en comunicación con la Jefatura por su radio. Dígales que vigilen toda la costa. Que traten de detener a cualquiera que ande merodeando. Que vean si pueden localizar a ese bote cuando su tripulante llegue a tierra..., si es que no ha llegado.

—¿Y pasar por tonto yo mismo creyendo una historia como ésa y poniendo en actividad al Departamento? No, Mason, lo siento; pero en cuanto a nosotros se refiere, usted es el elegido. Usted y esta señora fueron al yate. ¿Para qué fueron allí?

—Para estudiar la acción de las mareas.

—Bonito trabajo —dijo el policía con tono sarcástico—. Usted lleva una bomba de relojería, espera hasta el momento preciso, aprieta el botón y la hace funcionar. Calculó justamente el tiempo que necesitaba para ponerse a salvo.

—No sea tonto —dijo Mason—. ¿Para qué iba a querer yo que explotara el yate?

—¿Por qué iba a querer alguien que explotara el yate? Usted tiene más motivos que nadie para hacerlo.

El policía se volvió hacia Cameron.

—¿Volvió este hombre directamente o dio alguna excusa para quedarse por allí cerca del yate hasta que explotase?

Cameron vaciló.

—Vamos, conteste —dijo el oficial.

—No fue así —contestó Cameron al fin—. Estábamos dando vueltas en la niebla, buscando ese bote.

—¿Cerca del yate?

—Aproximadamente unos quinientos metros.

El oficial cambió unas miradas con su compañero, luego aspiró con fuerza y miró las tazas vacías.

—¿Qué tiene usted ahí? —preguntó—. ¿Ron?

—Teníamos —contestó secamente Cameron, llenando su pipa sin hacer ningún movimiento hacia la botella de ron.

El policía volvió la cabeza para mirar a Perry Mason.

—Muy bien —dijo—. Vamos. Usted y la dama.

Capítulo 19

La luz de la cornisa consistía en un solo globo eléctrico atornillado a un reflector de porcelana fijo en el cielo raso. Era una luz áspera y fastidiosa que caía sobre los ojos cansados; sin embargo iluminaba lo suficiente para mostrar con claridad los objetos que había en la habitación.

Perry Mason, mostrando en su cara las huellas de la tensión y del cansancio, inclinó su silla hacia atrás, puso los pies sobre el ángulo de la vieja mesa y dijo:

—¡Maldición! Yo puedo soportar esto, pero usted tiene que dormir, Della.

—Me parece que nada podemos hacer.

—Les daremos cinco minutos más y luego vamos a hacer mucho —manifestó Mason—. Yo...

Se abrió la puerta. El oficial que había detenido a Mason se hizo a un lado para que el teniente Tragg entrase en la habitación, y luego entró detrás de Tragg y cerró la puerta.

—Pues bien —dijo—, supongamos que usted le dice al teniente Tragg lo que sucedió. Usted...

—Yo hablaré, Medford —interrumpió el teniente Tragg y, volviéndose hacia Mason, preguntó—: ¿Qué sucedió?

Mason señaló hacia el oficial a quien Tragg había llamado Medford.

—Su escéptico amigo dejó que el criminal se le escapase de entre los dedos.

—Cuénteme lo que sucedió —invitó Tragg.

Mason explicó su visita al yate y lo referente al bote a remo y a la explosión.

—¿Qué necesitaba usted hacer a bordo del yate? —preguntó

Tragg.

Mason contestó roncamente:

—Necesitaba estudiar los efectos de la marea.

—¿Y cómo iba a hacerlo?

—Necesitaba acostarme en el suelo para saber exactamente cuánto tiempo después de la marea alta el barco se inclinaba lo suficiente para hacerme rodar hacia el lado más bajo de la cabina.

—¿Qué averiguó usted? —preguntó Tragg, demostrando su interés en el tono de la voz.

—Cuatro horas y un minuto después de la pleamar, el yate se inclinó lo suficiente, haciéndome rodar hacia la banda de estribor.

—¿Cuánto tiempo después de la marea alta? —preguntó Tragg con expresión incrédula.

—Exactamente cuatro horas y un minuto —repitió Mason bostezando—. Será necesario coordinar esa hora con las diferencias de marea en centímetros. Y ahora, mi querido teniente, Della Street y yo nos vamos a casa o alguien tendrá que sacarnos bajo fianza. Decídase.

Tragg dijo:

—Eso es todo, Medford. Ya puede retirarse.

El oficial vaciló.

—Podía advertirse que eran culpables por la forma en que actuaban, teniente. Quisiera que usted les hubiese visto las caras en el momento en que los detuve.

—Me habría gustado. Pero eso es todo, Medford.

Con expresión disgustada, Medford abandonó la habitación. Tragg se volvió hacia Mason y dijo con expresión pensativa:

—Eso significaría que la hora del crimen fue casi justamente a las nueve y treinta.

—Sujeta a ciertos ajustes —corrigió Mason—. Pero recuerde que la parte acusadora fija la hora a eso de las cinco y treinta y seis.

—No interesa —replicó rápidamente Tragg—, después de lo que usted ha averiguado acerca de la marea y de lo que declaró el doctor sobre la hemorragia.

—Temo que Hamilton Burger no esté de acuerdo con usted.

—No deseo discutir eso, pero puedo decirle a usted una cosa.

—¿Qué?

—Que el juez Newark está de acuerdo con usted. El juez hará unos cálculos matemáticos mañana en el Tribunal... No estoy traicionando ninguna confidencia cuando le digo que su amigo Hamilton Burger está muy intrigado. ¡Si usted le hubiese oído cuando entrevistaba a Douglas Burwell!

—¡Ah, usted le encontró!, ¿no? —preguntó Mason.

—Claro que le encontramos.

—¿Qué dijo Burwell?

—Era mentira esa historia de que vino aquí el viernes por la noche en el Lark. Vino en avión el viernes por la tarde. Mistress Milfield le dijo por teléfono que tuvo intención de fugarse con él, pero que luego de haber llegado al aeropuerto decidió que no le convenía hacerlo y que se volvía a casa. Burwell corrió al aeropuerto para anular los asientos reservados y vino en avión a Los Angeles para hablar con ella. Daphne Milfield estaba terriblemente nerviosa. Finalmente dijo que su esposo se hallaba a bordo del yate de Burbank y que ella hablaría con él, pues no quería fugarse a escondidas. Sugirió que Burwell fuese al «Yacht Club» para alquilar un bote y que ella le esperaría en el promontorio para embarcar con él en el bote.

—Continúe; vamos a oír el resto del asunto.

—Él fue remando hasta el promontorio. Mistress Milfield se hallaba en el embarcadero. Burwell no es muy práctico en el manejo de un bote, sin embargo, ella sí lo es. Ella remó hasta el yate, dejó a Burwell en el bote, fue a bordo, encendió una vela y permaneció allí durante unos veinte minutos, mientras su tembloroso amante esperaba en el bote. El yate estaba entonces bastante inclinado. Burwell no oyó voz alguna, ni tampoco ruido de lucha. Mistress Milfield regresó y le dijo que parecía que las cosas iban a salir bien; que su esposo iba a hacer una separación de bienes y que ella estaría en libertad de irse tan pronto como se terminasen de redactar los documentos. Burwell debía ir al hotel y esperar allí.

—¿Hizo Burwell algunas preguntas?

—No sea tonto, Burwell está enamorado. Se tragó todo lo que ella le contó. A eso de las once de la mañana siguiente, mistress Milfield le habló por teléfono diciendo que su esposo había muerto

y que él debía jurar que había llegado en el Lark aquella mañana; y que bajo ninguna circunstancia trataría de verla ni mencionar nada acerca del viaje que habían hecho hasta el yate.

—¿Qué dice mistress Milfield? —preguntó Mason.

—Mistress Milfield lo admite todo. Afirma que Burwell está diciendo la verdad; que ella fue al yate para ver a su esposo y que cuando llegó se encontró con que su esposo yacía muerto en el suelo.

—¿Dónde? —preguntó Mason.

—Ésa es la cuestión —contestó Tragg—. Ella dice que su esposo yacía sobre el lado de babor del yate, con la cabeza a dos o cuatro centímetros de distancia de ese umbral metálico. Asegura que la embarcación había comenzado a inclinarse, pero que no estaba escorada del todo y que se podía andar bien por el yate agarrándose a algo; que había una vela sobre la mesa y que se había extinguido, consumiéndose completamente. De esa vela sólo quedaba un montoncito de cera derretida y la cera estaba todavía caliente y blanda. Mistress Milfield encendió una vela nueva y la pegó en la cera. La puso de modo que estaba en posición vertical; ablandó la cera con la llama de la vela para poder colocarla en el montón de cera. Es lo suficientemente franca para admitir que su esposo no significaba absolutamente nada para ella, excepto que atendía a su subsistencia. Él tenía participación en ese asunto de los campos petrolíferos y ella decidió que no le convenía fugarse cuando estaba a punto de convertirse en millonario, por lo que resolvió que necesitaba una separación de bienes.

—¿Por qué dice mistress Milfield que cambió de idea en lo de irse a San Francisco?

—Un amigo de su esposo la alcanzó en el aeropuerto y le advirtió que su proyecto no cuajaría, comprendiendo que él tenía razón. Y habría desistido completamente del asunto entonces... si Burwell no hubiese tomado un avión para luego aparecer aquí.

—¿Cómo se siente Burger ante todo eso? —preguntó Mason.

—Como mil demonios —contestó Tragg—. No le gustaría si supiese que yo se lo he contado. Se lo digo a usted por una sola razón.

—¿Cuál es esa razón? —preguntó Mason.

—Para que me diga lo que tiene en la mente, y así podrá dormir mañana hasta tarde.

—De cualquier modo dormiré hasta tarde. Ni siquiera me acercaré al condenado Tribunal. Mandaré a Jackson. Sé que Burger chillará para que se le conceda un aplazamiento del juicio.

—Usted es un hueso duro de pelar, Mason.

—No lo soy por naturaleza. Pero he aprendido a serlo de tanto andar entre la Policía. No sé por qué de he darle nada, Tragg. Usted siempre está tratando de molestarme y esta vez ha tratado de molestar a Della Street.

—Porque usted empezó, al mezclar a Della en este asunto —repicó Tragg—. Usted y yo estamos en lados opuestos de la barrera, Mason. Sus métodos son bastante brillantes, pero no regulares. Mientras usted se conduzca en la forma en que lo hace, yo voy a caerle encima en todas las oportunidades que pueda hacerlo. Solamente que esta vez voy a ofrecerle una rama de olivo. Usted deme sus ideas y yo me olvidaré de Della Street y de aquellos zapatos con sangre.

Mason reflexionó sobre la proposición.

—Haré lo que me pida, Tragg, pero nada más que eso.

—¿Cuál es la pista principal?

—Una persona que sube por una escalera inclinada dejaría una pisada sangrienta sobre el lado bajo..., no en el centro.

—¿De qué demonios está hablando?

—Le estoy dando la pista principal, el hecho más significativo de todo el caso.

—Caramba, Mason, quizá está metiendo a Carol Burbank en el fuego al sacar de la sartén a Roger Burbank.

Mason dijo:

—Estoy dándole la pista principal: usted puede averiguar lo demás. Tome una escalera, inclínela en ángulo y haga un experimento con ella. Una persona que subiese por la escalerilla del yate solamente pondría el pie en medio del peldaño cuando el barco estuviese equilibrado. Si el yate estuviera escorado, la huella estaría cerca del lado bajo del peldaño. Pruébelo con una escalera. Nosotros lo hicimos.

—Creo que usted ha hablado demasiado, Mason. Retiro mi rama

de olivo.

—La razón por la cual no le digo todo lo que sé, Tragg, es que usted ha tratado de molestar a Della. No me gusta eso.

—Me importa un comino que le guste o no. A usted, joven, la utiliza para que le saque las castañas del fuego, y nosotros vamos a quemarle a usted los dedos. Y no esté muy seguro de que no sospechamos de que fue usted quien hizo volar ese barco para ocultar alguna prueba, muchacho «inteligente».

—¿Qué prueba? —preguntó Mason.

—La hora exacta en que el yate se inclinaría lo suficiente para hacer rodar un cuerpo hacia el lado de la cabina.

—Le he dicho lo que averigüé —manifestó Mason.

—Sí, lo ha dicho...; la palabra no corroborada del abogado que representa a la dueña del zapato manchado de sangre.

—¿No me cree usted?

—No lo sé. Pero le aseguro que un jurado no le creería.

—Creo que me creerían, teniente. Bueno, Della, vámonos.

El sorprendido Medford los contempló cuando salían de la habitación y se quedó mirándolos con hostilidad silenciosa mientras Mason conducía a Della Street por el corredor.

—Buenos días, oficial —le saludó Mason—. Me parece que Tragg necesita conversar con usted.

Capítulo 20

El juez Newark, al ocupar su sitio, miró con expresión interrogadora hacia el asiento que se hallaba vacante al lado de Jackson.

—¿No está aquí mister Mason? —preguntó.

—Mister Mason me ha pedido que continúe con la defensa —anunció Jackson con dignidad.

—Si el tribunal lo permite —comenzó a decir Linton—, la acusación desea hablar.

—Un momento —interrumpió el juez Newark—. El tribunal quisiera anunciar algo antes que hagan uso de la palabra los abogados de ambas partes. El tribunal tomará conocimiento de las tablas de mareas; pero es posible que haya cierta diferencia entre la hora de las mareas en el punto especial donde estaba anclado el yate. Me inclino a creer que la extensión del estuario..., la masa de agua que se encuentra detrás de cierto punto dado y que, según creo, tiene cierta inercia, produce una variación local. Al tribunal le agradaría recibir pruebas sobre la diferencia exacta del tiempo entre las tablas de hora publicadas y el punto donde el yate estaba anclado a la hora del crimen. ¿Será posible introducir esa prueba en este momento sin afectar seriamente su plan de representación, señor fiscal?

Hamilton Burger se levantó con lenta y pesada dignidad.

—Temo, si el tribunal me lo permite, que eso no sea posible. Los hechos ocurridos durante la noche anterior, y que tienen relación con este caso, son tales que la acusación desea pedir un aplazamiento del juicio. Creo no estar fuera de la cuestión al informar al tribunal que el yate ha sido destruido anoche, al parecer por una bomba de relojería.

El juez Newark se aclaró la garganta.

—¿Hizo la parte acusadora algunos experimentos antes de la destrucción de ese yate?

—Siento decir que no, señoría. Tengo entendido que mister Mason los hizo.

—¿Y no está aquí mister Mason?

—No, señoría.

El juez Newark tomó un lápiz.

—El tribunal ha puesto un profundo interés en la cuestión de las mareas. Quizá todo el caso se base en ellas. ¿Cuál es su actitud con respecto a un aplazamiento, mister Jackson?

—Tengo instrucciones de oponerme a él —anunció Jackson.

—Creo —observó el juez Newark— que hay un artículo del código que limita los aplazamientos a no más de dos días cada vez o más de seis días en total, debiendo hacerse las peticiones de aplazamiento bajo declaración jurada. ¿Tiene usted una declaración jurada, mister Burger?

—No, señoría. Creo que no significaría ningún perjuicio para los acusados si consintieran en un aplazamiento de la causa.

—El abogado de los acusados parece opinar lo contrario.

—Si la cuestión fuese aplazada hasta esta tarde —rogó desesperadamente Hamilton Burger—, creo que podría ponerme personalmente en contacto con mister Mason y...

—¿Cuál es su actitud con respecto a un aplazamiento hasta esta tarde? —preguntó el juez a Jackson.

—Tengo instrucciones en el sentido de oponerme a todo aplazamiento, señoría.

—Muy bien; la acusación debe proseguir con su exposición.

Hamilton Burger anunció con dignidad:

—Bajo estas circunstancias, señoría, la acusación pide que el caso sea suspendido.

La cara del juez Newark se oscureció.

—Por supuesto, el abogado tiene derecho a rechazar los deseos del tribunal. Y puesto que el riesgo no llega hasta... —El juez Newark vaciló como si se preguntase qué fuerza debía dar a su respuesta.

Jackson intervino:

—Tengo instrucciones en el sentido de no oponerme a una suspensión, señorita.

El juez Newark tomó su decisión:

—Muy bien; queda suspendida la vista. Los acusados serán puestos en libertad. Estimo justo, no obstante, declarar que, en el caso de que sean arrestados nuevamente, el tribunal tomará en consideración lo que ha sucedido en este asunto. Se levanta la sesión.

El juez Newark se levantó de su sitio y se dirigió a su despacho; luego se volvió y dijo:

—¿Puedo pedir a los abogados de ambas partes que comparezcan en mi despacho?

Jackson fue muy aprisa hasta una cabina de teléfono que había en el corredor, marcó el número de la oficina de Mason y preguntó con voz implorante:

—Gertie, ¿está el jefe ahí?

—No ha venido todavía.

—Aquí hay un desorden terrible. El juez ha pedido a los abogados que comparezcan en su despacho. No me gusta esto. Está muy preocupado por alguna teoría acerca de las mareas. Creo que mister Mason debería estar aquí.

—¿Qué hicieron con la vista de la causa?

—La suspendieron.

—Muy bien. Procuraré encontrar al jefe. Usted trate de ganar tiempo. Si viene mister Mason haré que hable al tribunal por teléfono. Quizás eso aplaque al viejo pájaro.

—No debiera usted referirse al juez Newark de ese modo — reprochó Jackson con altiva dignidad.

Jackson cruzó la sala del tribunal y abrió la puerta del despacho del juez Newark.

Hamilton Burger y Maurice Linton parecían algo intranquilos. El juez Newark escribía unas cifras en un bloc de papel borrador. Alzó la vista y dijo:

—Pase, mister Jackson. ¿Dónde está Mason?

—No ha llegado a la oficina todavía. He dejado dicho que llame por teléfono aquí.

—Muy bien —dijo el juez Newark—. Tomen asiento, caballeros.

Me doy perfecta cuenta de que, tal como reza ahora la ley, ustedes pueden trabar la labor de un magistrado confiado. Sin embargo, no me gusta esa táctica.

Burger manifestó con expresión de disculpa:

—Yo no quería hacer públicamente el anuncio, señor juez, pero mistress Milfield admite ahora que estaba a bordo del yate a eso de las nueve y treinta de la noche del viernes. Un joven, del que parece ser que está ella prendada, alquiló un bote a Cameron y la llevó al yate.

El juez Newark anotó la hora en una hoja de bloc, escribió algunas cifras más y apretó los labios.

—¿Afirma ella que su esposo estaba vivo entonces?

—Dice que estaba muerto. Sostiene que le encontró tirado en lo que el abogado defensor llama posición número uno: con la cabeza cerca del umbral metálico que conducía al camarote.

—¿Por qué no hizo ella la denuncia? —preguntó el juez Newark.

—Temió que se la acusara de haber asesinado a su esposo. Trató de ocultarlo.

—¡Hum!

—Por eso no quería yo anunciarlo en público —manifestó Burger.

El juez Newark comenzó a dibujar líneas sin objeto sobre el papel.

—La declaración del médico es que no pudo haber hemorragia fuerte en un período mayor de veinte minutos después de haber sido asestado el golpe fatal. Por tanto el crimen debe de haberse cometido cuando el yate ya había comenzado a escorarse, sin llegar todavía a estar inclinado del todo. Su inclinación, empero, debió de aumentar durante un período de veinte minutos después del hecho, de modo que el cuerpo rodó hacia el lado bajo del yate. Ahora bien: ¿cómo se produce esa inclinación? ¿Es una inclinación lenta, gradual, o el barco se inclina en parte, permanece en esa posición un momento y luego efectúa un último y súbito cambio de posición? Ésa es la pregunta importante en este caso. ¿Puede usted contestarla?

—No puedo —admitió Hamilton Burger.

—Es el punto más importante del caso —insistió el juez; su voz

tenía un tono de amonestación.

—Lo sé —admitió Burger, y luego añadió tristemente—: Ahora...

Se abrió la puerta del despacho y Perry Mason, acicalado y jovial, saludó y dijo:

—Buenos días, caballeros.

La cara del juez Newark se mostró aliviada.

—Mister Mason —dijo—, he llegado a interesarme mucho en la cuestión de las mareas. Creo que, tomándolas en consideración, podremos llegar a resolver el caso. ¿Quiere decirme lo que descubrió anoche? Usted parece ser el único que advirtió la importancia de conseguir esa información.

Mason sonrió.

—El barco parece tocar fondo alrededor de dos horas y quince o veinte minutos después de la pleamar. Se inclina más o menos gradualmente hasta que alcanza un ángulo de unos diecisiete grados. Luego sigue un período de quietud, después del cual el barco se tumba con una sacudida.

—¿Y a qué hora se produce esa sacudida?

—Anoche ocurrió unas cuatro horas después de la marea alta.

Los ojos del juez Newark centellearon con expresión de interés. Mason continuó:

—A muchos abogados no les agradan las pruebas circunstanciales. A mí, sí. Nunca he luchado contra ellas. Yo lucho contra el hábito de dar a los hechos una interpretación descuidada. Me disgusta pensar a medias. Tome, por ejemplo, el presente caso. Sabemos que mistress Milfield estaba a bordo del yate a eso de las nueve y treinta de la noche, así como que el barco estaba bastante inclinado a esa hora. Sabemos que la fuerza del agua haría que el barco se inclinase de manera que el lado derecho o de estribor estaría bajo. Tenemos conocimiento de que alguien encendió una vela nueva, más o menos, a la hora en que el yate estaba inclinado en un ángulo de diecisiete grados de la perpendicular. Sabemos que esa vela fue pegada en un montoncito de cera que quedaba de una vela anterior, colocada en la misma posición.

—¿Cree usted entonces que mistress Milfield cometió el crimen? —preguntó el juez Newark—. Si es así, ¿cómo lo hizo? Tenga en

cuenta que el médico declaró que debió de tratarse de un golpe muy violento.

—Así que —dijo Mason jovialmente— nos encontramos con una contradicción aparente. El crimen debió de cometerse cuando el yate estaba en un nivel equilibrado, de otro modo esa pisada sangrienta no habría estado en el centro exacto del peldaño de la escalerilla; sin embargo, si el cuerpo rodó hacia abajo, hasta lo que yo llamo en mi gráfico posición número dos, la muerte debió ocurrir dentro de un período de unos veinte minutos, antes que el barco diera su última sacudida y se inclinara a la banda de estribor.

—Usted no puede hacer concordar esos hechos —manifestó Burger—. Tendrá que adaptar su solución en uno u otro sentido. No puede usar ambos.

Mason sonrió.

—La cosa es tan sencilla que se le desliza a uno por entre los dedos.

—Temo no entenderle —dijo Burger con tono de ofendida dignidad.

Mason repuso:

—El hombre fue asesinado y el cuerpo cayó en la posición número dos. El criminal le hizo rodar a la posición número uno, y después de un rato, la marea le hizo rodar de nuevo a la posición número dos. Para esa hora la hemorragia había cesado. Simplemente, porque encontramos la alfombra manchada con sangre debajo de la cabeza, cuando el cuerpo descansaba en la posición número dos, llegamos a la conclusión de que debió de haber una hemorragia cuando la marea hizo rodar el cuerpo a esa posición. La otra explicación es tan sencilla y evidente que irrita el no haberla pensado desde el principio.

—¡Que me condenen! —dijo Burger en voz baja.

—Pero si el cuerpo cayó en la posición número dos —observó el juez—, entonces el hombre no encontró la muerte al golpearse contra el borde del umbral. ¿Qué fue lo que le causó la muerte?

—El pesado atizador de hierro que se usa para la estufa de leña del yate.

—Entonces, si el hombre fue golpeado desde atrás con un atizador —dijo el juez Newark—, eso elimina la teoría del hombre

fuerte y corpulento. Hasta una mujer pudo golpear a Milfield en la cabeza con el atizador con suficiente fuerza como para romperle el cráneo... si lo hiciera desde detrás y le cogiese desprevenido.

—Exactamente —dijo Mason—. Pero el asesino pasó por alto un detalle. ¿Por qué fue movido el cuerpo a la posición número uno? Evidentemente, porque el asesino quería complicar a Burbank. Una vez que saliera a relucir el asunto de Nueva Orleáns, Burbank habría sido condenado por ese antecedente. Así que —continuó Mason— el hecho de que el criminal trató de poner a Burbank en esta situación demuestra que debió de ser alguien que conocía el pasado de Burbank —Mason tomó el gráfico, lo dobló, guardándolo en el bolsillo, y dijo—: Por supuesto, no me corresponde a mí decir al fiscal de distrito lo que debe hacer; pero si yo fuese mister Burger empezaría a aplicar un poco el interrogatorio de tercer grado. Cuando el asesino movió aquel cuerpo se vendió. Y eso, caballeros, es todo lo que yo sé acerca del caso de la vela torcida. Es suficiente para encontrar una solución..., si trabajan rápidamente.

Capítulo 21

Mason, Della Street, Carol y Roger Burbank se hallaban en la oficina del primero. Roger Burbank fumaba nerviosamente un cigarrillo. Mason tamborileaba sobre el escritorio. Della Street estaba sentada en el filo de su silla. Únicamente Carol Burbank no daba señales de excitación nerviosa.

Mason dijo:

—Paul Drake viene hacia aquí. Acaba de telefonear.

Carol preguntó:

—¿Cree usted que el juez Newark ha resuelto completamente el asunto?

—No en todos los detalles —contestó Mason—. Tenía una teoría sobre la hora del crimen, basada en el estudio de las mareas, pero no se le ocurrió que el asesino se había delatado al mover el cuerpo. Él... Aquí está Paul.

Drake apenas había golpeado la puerta de la oficina de Mason cuando ya Della Street le abrió.

Debido al ímpetu de su excitación, Drake había perdido su balbuceo habitual.

—Usted dio en el clavo, Perry —dijo, sin perder tiempo en saludos—. Ellos ya lo saben todo.

—¿Consiguieron una confesión? —preguntó Mason.

—No del autor principal. Mistress Milfield fue la que confesó todo.

—¿Qué dijo ella?

—Lo suficiente para que Burger formule una acusación. Perry, dígame cómo averiguó usted quién había cometido el crimen.

—La clave del asunto estaba en que el cadáver fue movido de la posición número dos a la posición número uno. Eso indicaba que la

persona que lo movió conocía el pasado de Burbank, y advirtió que si podía simular que el crimen había sido cometido por Burbank y que se había hecho una burda intentona para encubrirlo, éste tendría muy escasas probabilidades de escapar de una condena. Había tres personas extrañas que conocían el secreto del pasado de Burbank. Al principio era solamente mistress Milfield, luego ella se lo contó a su esposo y a Van Nuys. Todas las ganancias de Van Nuys se basaban sobre la habilidad de Milfield para cobrarle a Burbank. Ellos no recibirían ni un níquel si Burbank podía probar que había sido estafado. Como yo lo veo, debido a que se había hecho una tentativa de capitalizar sobre el pasado de Burbank, el criminal tenía que ser mistress Milfield o Van Nuys. Me inclino a creer que Van Nuys es el culpable, pues debió de ser el criminal quien colocó la bomba, porque después de colocarla hizo bastante ruido con los remos. No tanto como podría haberlo hecho un aficionado como Burwell, pero seguramente mucho más de lo que haría una experta en botes como es mistress Milfield. No obstante, es evidente que mistress Milfield debió de enterarse de la muerte de su esposo poco después de ocurrir y debió de cooperar con el asesino para inventar una coartada. Por tanto, presentí que mistress Milfield sería el eslabón débil de la cadena.

—Bueno; usted tiene razón, Perry —manifestó Drake—. Cuando Burbank advirtió que Milfield le había estado estafando, le ordenó que fuese a conferenciar con él a bordo del yate. Milfield, muy asustado, se puso en contacto con Van Nuys, pues no sabía qué hacer. De algún modo, tendría que ganar tiempo si le era posible; pero en caso de que no pudiese conseguirlo, Burbank debía ser eliminado antes que pudiese hablar, dijo a Van Nuys. Entre los dos diseñaron un bonito bosquejo de asesinato. Milfield alquilaría un bote a Cameron, remaría hasta el yate y hablaría con Burbank, tratando de convencerle de que todo era mentira, averiguando todo cuanto sabía. Poco antes de ir a entrevistarse con Burbank, Milfield había hablado por teléfono con Palermo. Esto debió de ser poco después que Burbank se retirase de la cabaña de aquél. Milfield reconoció la descripción que Palermo le hizo del «competidor» que le ofreciera los cinco mil dólares. Desesperado, ofreció a Palermo una gran suma de dinero para que fuese al yate de Burbank y dijese

a éste que, al reconocerle, inventó la historia para tratar de conseguir una cantidad mayor de dinero para sí mismo. Van Nuys debía conseguir un bote plegable (una idea que concibiera al ver el bote de Palermo), llevarlo al estuario, botarlo en un punto donde no pudiera ser visto y luego quedarse por allí cerca, a una distancia prudencial, pero a la vista del yate. Cuando Milfield abandonase el yate, haría una señal a Van Nuys. Si había logrado pacificar a Burbank no habría necesidad de hacer nada, pero si no le hubiera sido posible salvar la situación con una cantidad de mentiras convincentes respaldado por el repudio de Palermo hacia su declaración anterior, entonces Van Nuys tendría que deslizarse silenciosamente por el estuario, dejándose llevar por el reflujo de la marea, colocar una bomba sobre la cubierta del yate, abandonarse luego a la deriva canal abajo, unos cien metros, poco más o menos, virar luego y remar hacia el sitio en el que dejara su coche, hundiendo entonces el bote antes de regresar. Van Nuys necesitaría una coartada para la hora de la explosión. Van Nuys, de quien realmente estaba enamorada mistress Milfield, preparó este bosquejo de coartada. Mistress Milfield debía ir al aeropuerto a la hora aproximada en que ocurriría la explosión. Ella telefonaría a Burwell a San Francisco, diciéndole que había decidido reunirse con él, pero que ciertas circunstancias que estaban fuera de su dominio la obligaron a cambiar de idea. Burwell, un joven engreído y sin experiencia, estaba locamente enamorado de mistress Milfield. Ella le había dado ciertas esperanzas en un flirteo casual y el joven le escribió unas cuantas cartas apasionadas pidiéndole que se fugase con él. De modo, pues, que mistress Milfield escribió esa nota preparada, la cual simularía dejar para su esposo, dando después a Van Nuys la nota y las cartas que Burwell le escribiera. Van Nuys, bajo presión debía decir con mucho disgusto que mistress Milfield, la gitana emocional, estuvo en el aeropuerto y que él se había reunido con ella. Debía corroborar su relato representando dramáticamente la misma nota que se suponía que ella había dejado a su esposo, juntamente con el paquete de cartas de Burwell. Pero Burbank perdió el control, golpeó a Milfield y decidió que le haría arrestar. Salió a cubierta, desató el bote de aquél y lo dejó a la deriva. Luego subió a su propio bote, puso en marcha el motor y

desapareció en dirección al «Yacht Club». Como es natural, Van Nuys estaba completamente desconcertado. Remó rápidamente hacia el yate y se encontró con que Milfield estaba algo atontado a consecuencia de un puñetazo en la mandíbula. Y Van Nuys estaba tan enfadado con Milfield que perdió el dominio de sí mismo, ocurriéndole lo mismo a Milfield, quien acusó a Van Nuys de intimar con su esposa, y le golpeó. Van Nuys no podía competir con los puños de su contendiente. Cayó al suelo al primer puñetazo, pero vio el pesado atizador de hierro que estaba cerca de donde él cayera. Lo tomó y golpeó en la cabeza a Milfield. Éste cayó en lo que llama usted posición número dos. Cuando Van Nuys vio que Milfield estaba muerto, se apoderó de él un terrible pánico. Luego se le ocurrió que, al haber peleado Burbank con Milfield, él podría hacer aparecer como si Milfield hubiera muerto de un golpe aplicado por Burbank y, de paso, hacer creer que este último trataba de aprovechar la misma excusa que utilizara años atrás cuando mató a un hombre en Nueva Orleans. De modo que Van Nuys hizo rodar el cuerpo a la posición que está frente al umbral metálico que separaba la cabina grande de la pequeña, cuya puerta abrió, arreglando las cosas de tal manera que el crimen quedó preparado contra Burbank; luego, subió al bote y regresó remando...; pero tenía que informar a mistress Milfield de lo ocurrido. Eso no fue muy difícil. Le puso al corriente de todo el asunto y le dijo que si ella guardaba silencio, él estaba seguro de poder llegar a un arreglo con Burbank acerca de los derechos de Milfield sobre los terrenos petrolíferos y que entonces mistress Milfield se convertiría en una viuda rica. Ella fue al aeropuerto y telefonó a Burwell, tal como lo planearon ambos, dejando las cosas de modo que la Policía pudiese descubrir la llamada a larga distancia y establecer que fue efectuada desde una de las cabinas telefónicas del aeropuerto. De este modo la coartada que proyectaron para encubrir la culpabilidad de Van Nuys, en caso de que éste matara a Burbank, les sirvió muy bien para salvarle de toda responsabilidad en el asesinato de Milfield.

Mason dijo entonces:

—A mí me parecía que esa coartada fue inventada para encubrir otra cuestión..., y supongo que cuando mistress Milfield se enteró

de lo sucedido, indicó que Van Nuys había pasado por alto algo, ¿eh?

—Así es —repuso Drake.

—¿Qué era?

—Una pequeña libreta de bolsillo en la que Milfield anotaba sus cuentas en código. Su negocio con Palermo no fue el único. Milfield había estado estafando a Burbank en forma sistemática y, para su mejor gobierno, anotaba sus transacciones en una libreta de bolsillo.

—¿Y ellos decidieron que tenían que conseguir esa libreta para obtener lo que pretendían de Burbank?

—Ése fue, poco más o menos, su objetivo. Sabían que la Policía trataría de achacar el crimen a Burbank, y advirtieron que, una vez que la libreta fuese descubierta, las autoridades no tardarían mucho en descifrar el código, obteniendo así un resumen completo de las estafas del muerto. Eso no convenía a Van Nuys ni a mistress Milfield, porque luego Burbank estaría en condiciones de rescindir todos los contratos de Milfield acusándole de fraude.

—Por ello, mistress Milfield se ofreció voluntariamente para conseguirla, ¿no es así?

—Es verdad: Burwell ya había llegado, por lo que decidieron que Daphne utilizara a su enamorado amigo para que la llevase al yate. Ella confiaba en poder obligarle a hacer lo que quisiera. Nadie conocía a Burwell en el «Yacht Club» y él podía alquilar un bote, remar hasta el pequeño embarcadero desvencijado y allí recoger a mistress Milfield. Ella remaría hasta el yate. La mujer se creía absolutamente segura porque podía probar que estuvo en el aeropuerto mientras era cometido el crimen. Éstos son los detalles más importantes del caso. Ustedes pueden ver que...

Le interrumpió el timbre del teléfono.

Mason hizo una seña a Della. La joven levantó el receptor, escuchó un momento y tapó luego el transmisor con la mano.

—Jefe, ahí fuera hay una rubia con un ojo amoratado, y desea verle enseguida. Gertie dice que está terriblemente trastornada y que teme que le dé un ataque de histerismo si...

—Hágala pasar a la biblioteca jurídica —repuso Mason—. Hablaré allí con ella. Mientras lo hago mister Burbank le dará un

cheque a la orden de Adelaide Kingman por la cantidad de cien mil dólares. Sé que me disculparán ustedes. Una rubia histérica, con un ojo amoratado, parece ser algo de urgencia, al menos promete ser un caso interesante...



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.